
mensual/octubre 1982
nueva serie/número 30
inprecor
correspondencia de prensa internacional / intercontinental press
SOLIDARNOŚĆ

Sumario



Después de Beirut...

Los trágicos acontecimientos iniciados en el Líbano con la invasión del ejército israelí, hace ya más de tres meses, comportan un cambio importante de la situación política en la región. La derrota de la Resistencia Palestina —porque de derrota se trata, pese a la heróica lucha que han protagonizado el pueblo palestino y la izquierda libanesa— inaugurará sin duda una amplia reflexión sobre los objetivos y métodos de lucha que debe asumir la Resistencia en las actuales condiciones, así como una reconsideración de sus lazos tradicionales con los gobiernos árabes.

página 4

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria
(IV Internacional)

apdo. de Correos, 50.370
(Cibeles) Madrid
Imprime Ratlles. Mallorca, 206
Barcelona Dep. Leg. 40029/79

La amenaza de guerra y la lucha por el socialismo

¿Estamos en el umbral de la III Guerra Mundial, del holocausto nuclear? Lo cierto es que en los últimos tiempos proliferan las guerras "localizadas", lanzadas en particular por el imperialismo para frenar y hacer retroceder a la revolución colonial. En este contexto, y ante la feroz carrera de armamentos emprendida por los EE.UU. bajo la Administración Reagan, las luchas por la paz y contra el rearme y la militarización están llamadas a desempeñar un papel decisivo para el futuro de la humanidad entera. Y estas luchas están vinculadas indisolublemente con la lucha por el socialismo.

página 10



Revolución política y contrarrevolución en Polonia

Este documento, discutido y votado por el Comité Ejecutivo de la IV Internacional en su última sesión, es un intento de sacar las lecciones teóricas y políticas más importantes del proceso revolucionario polaco iniciado en agosto de 1980, proceso que hasta ahora es la punta de lanza de la revolución antiburocrática en los países llamados "socialistas". En el documento se trazan también las principales tareas de los revolucionarios a escala internacional, con respecto a la lucha de los trabajadores polacos.

página 22

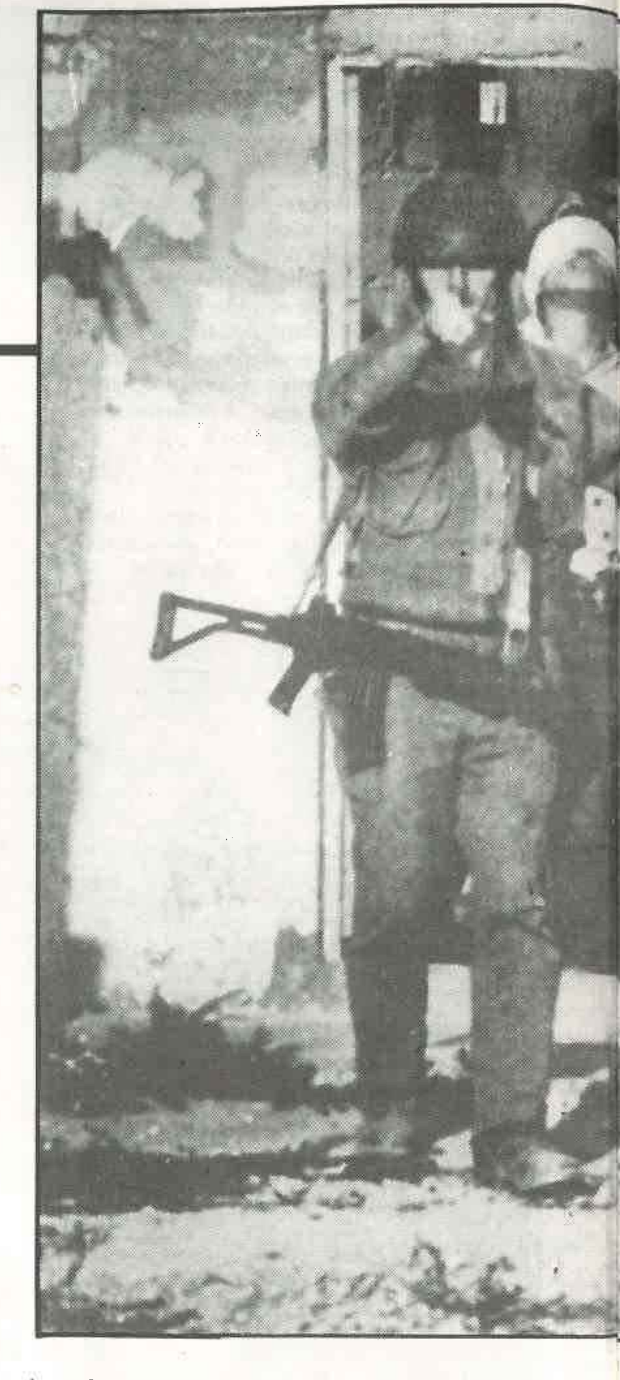


El proyecto de revisión de la Constitución en la R.P. China

Una vez celebrado el Congreso del Partido Comunista de China, en el mes de setiembre, la dirección china va a proceder a una importante revisión de la Constitución, para adecuarla a la nueva orientación seguida después de la muerte de Mao Zedong. Pese a los aires de democratización que pretende darse la burocracia, el PCCh, más exactamente su dirección, sigue teniendo todo el poder en sus manos.

página 18

Después de



LA batalla de Beirut ha concluido con el resultado que esperaban todas las fuerzas burguesas e imperialistas: la salida del Líbano de los contingentes militares de la Organización de Liberación de Palestina (OLP). La calurosa despedida que brindó la ciudad mártir a los combatientes y el sentimiento de éstos de haber salvado su honor librando durante semanas un combate encarnizado, no pueden ocultar la realidad: la resistencia palestina acaba de sufrir una derrota importante, la más grave de toda su historia. Ha perdido lo fundamental de sus posiciones militares, sus militantes están dispersados en una serie de países, desarmados, condenados a vivir en guetos, sometidos a un control riguroso por regímenes que tienen tanto interés como voluntad de neutralizarlos al máximo. Centenares de miles de refugiados permanecen en el Líbano sin defensa alguna, entregados al libre albedrío de los sionistas, de los falangistas de Bechir Gemayel, de las fuerzas árabes más reaccionarias, es decir, en última instancia, del imperialismo.

De este modo, los imperialistas han alcanzado su objetivo. Menájem Begin y Ariel Sharón habían preparado la guerra desde hacía tiempo. Nadie ignoraba que iba a desencadenarse. Nadie hizo nada por evitarlo, precisamente porque todo el mundo estaba de acuerdo en que había que privar a la resistencia palestina de su fuerza militar y obligar a la OLP a capitular. Las divergencias surgidas en repetidas ocasiones entre Israel y determinadas potencias imperialistas que querían incidir en la opinión pública árabe, no han ido nunca más allá de los aspectos tácticos.

Ni que decir tiene que la derrota de la OLP es un hito en la evolución de la relación de fuerzas en la región a favor de los imperialistas y de todas las fuerzas conservadoras. Ronald Reagan se ha apresurado inmediatamente a explotar esta situación para relanzar la lógica de los acuerdos de Camp David. Es significativo que su maniobra, concertada con determinados gobiernos árabes reaccionarios, haya encontrado un eco favorable en las filas de la OLP. Desde hace cierto tiempo, la mayoría de su dirección viene echando agua a su vino, por ejemplo al declararse dispuesta a discutir sobre la base del Plan Fahd (Arabía Saudí) y planteando incluso una solución que no implique la creación de un miniestado palestino. Si la resistencia emprende este camino, después de la derrota militar vendrá inevitablemente una catástrofe política.

Finalmente, la situación interior en el Líbano también ha evolucionado a favor de las fuerzas más reaccionarias. La elección de Bechir Gemayel (y tras su muerte, de Amin Gemayel) a la presidencia de la República es todo un símbolo. Los dirigentes falangistas, que se han afirmado en su propio terreno mediante la masacre de sus rivales y competidores, y que ya han impuesto un régimen autoritario fascistoide en las zonas que controlan, pueden esperar hoy en convertirse en los amos del país entero con la ayuda del sionismo y del imperialismo, y con la luz verde de una serie de regímenes árabes. Pueden entregarse a la tarea de reestructurar el Estado libanés basándose en el aparato militar, político y administrativo falangista. Después de sufrir los mortíferos bombardeos de Beguin-Sharón, Beirut oeste se ve amenazado ahora por la instauración de un régimen "fuerte" que no vacilará en desencadenar una represión sistemática contra el movimiento de masas, sus organizaciones y sus dirigentes.

Gemayel, por supuesto, chocará con serios obstáculos en la realización de su misión. Las fuerzas centrífugas siguen siendo poderosas. No le resultará fácil imponer su autoridad en el propio campo reaccionario (basta con pensar en el problema que constituye el coronel Haddad, cuya zona de influencia a lo largo de la frontera con Israel se ha ampliado considerablemente). Y le resultará aún más difícil llevar a cabo esta estabilización global que necesitan la burguesía comercial y financiera que le apoya, y el imperialismo. Por lo demás, la evolución de la relación de fuerzas en la región no implica en modo alguno que el imperialismo podrá controlar a partir de ahora la situación y evitar nuevas crisis. En Oriente Medio siguen existiendo focos explosivos, aunque sólo fuera a causa de la inestabilidad sustancial de todos los regímenes árabes.

En cuanto a Israel, el régimen sionista no dejará de verse confrontado



Beirut.

con problemas muy agudos, que van de la crisis económica a la situación en los territorios ocupados. Las grandes manifestaciones que tuvieron lugar en el transcurso mismo de la guerra, indican sin ninguna duda que el tiempo de la unanimidad ha pasado para siempre y que el edificio sionista muestra fisuras hasta en sus propios cimientos.

De todas maneras esto no debe ocultar en modo alguno el balance fundamental. La resistencia palestina ha sufrido una derrota importante, y ha concluido toda una fase de su lucha.

De ahí se deriva que actualmente es una necesidad vital establecer un balance global de la estrategia que ha seguido hasta ahora la resistencia palestina. Numerosos militantes han empezado ya a abordar de forma crítica las concepciones y orientaciones de la OLP en el transcurso de las dramáticas semanas de la batalla de Beirut, estimulados por la dura realidad de su aislamiento, y otros están a punto de hacerlo en su nuevo exilio.

Toda una campaña propagandística inspirada por los imperialistas y los oportunistas de todo pelaje, está destinada a avalar la interpretación según la cual el error de la OLP estriba en el hecho de haber escogido el terreno militar en detrimento del terreno político propiamente dicho. Se trata de una tesis perfectamente ilógica y que no se tiene en pie. La OLP se situó efectivamente en el terreno militar y no podría haberlo hecho de otra manera frente al enemigo sionista, poderosamente armado y apoyado sin reservas por el imperialismo. Pero su orientación militar venía dictada en última instancia por una estrategia política. Está estrategia se proponía llevar a cabo una conciliación extremamente difícil, por no decir imposible, entre los intereses más elementales de las masas desprovistas de todo y las capas palestinas privilegiadas, instaladas en los distintos países de la región. La construcción de un aparato estatal político-militar embrionario, tenía que venir condicionada de forma decisiva por sus fuentes de financiación, los regímenes árabes establecidos, que nunca han tenido voluntad de luchar contra el sionismo, ni por la independencia de Palestina, y mucho menos arreglar las cuentas al imperialismo, principal apoyo del sionismo. Los acontecimientos de Beirut han demostrado sin ningún género de dudas que esta estrategia ha desembocado en un callejón sin salida trágico. Toda ilusión se ha desvanecido, incluso para los ojos más ingenuos, y los palestinos se encuentran dramáticamente aislados en el momento decisivo.

Es esta estrategia la que debe ponerse en tela de juicio. De lo contrario, los palestinos dependerán de sus "amigos" y "aliados" aún más que en el pasado, en la medida en que ya no disponen ni siquiera de un instrumento militar mínimamente autónomo.

La cuestión consiste en saber con qué orientaciones y métodos podrá reestructurarse la resistencia palestina, apoyándose básicamente en los movimientos de masas, en su construcción y su movilización en todos los países o territorios donde viven más de cuatro millones de palestinos. El impacto que tuvieron las luchas de masas en los territorios ocupados por Israel, y el golpe que asestaron al sionismo, dan una idea del enorme potencial que puede ser aprovechado. Esta orientación permitirá hacer frente al mismo tiempo al problema que en última instancia es decisivo: la manera de vincular de forma indisoluble la lucha de liberación de Palestina con la lucha más general de las masas árabes por la emancipación de sus países con respecto al imperialismo, por el derrocamiento de estos regímenes neocoloniales, que por mucho que se pongan una máscara progresista o que aparezcan con los rasgos más vergonzosos de la reacción más cínica, no dejan de explotar a las clases oprimidas y de negarles a las masas los derechos democráticos más elementales. □

Los crímenes sionistas y la soledad de los palestinos

D. Bensaid



El sitio de Beirut oeste habrá durado 79 días. Durante más de dos meses, el ejércitó sionista se ha ensañado con la población palestina y libanesa. Para romper la resistencia ha recurrido a los métodos más bárbaros: desde la privación de agua y electricidad hasta la proliferación de las incursiones de terror aéreo, pasando por las bombas de fragmentación y el bombardeo de hospitales.

Aún es imposible cifrar con exactitud el número de víctimas (según fuentes oficiales libanesas hubo 17.825 muertos y 30.103 heridos, según los palestinos las cifras son mayores). Una masacre de dimensiones parecidas a la de la Comuna de París de 1871, perpetrada día tras día bajo las cámaras de todas las televisiones del mundo.

Y sin embargo, el mundo no ha movido ni un dedo.

EL plan Habib, impuesto por el imperialismo y garantizado por la presencia de las tropas norteamericanas, francesas e italianas, sanciona este aislamiento: da carácter definitivo a la presencia de las tropas isralíes y cubre la instauración de un régimen ultrarreaccionario en el Líbano. Para todos los que se movilizaron junto a la resistencia palestina, el combate continúa, por la retirada de las tropas sionistas y de todas las tropas imperialistas del Líbano, así como por la defensa de los derechos democráticos amenazados directamente por las falanges cristianas.

Pero la movilización sólo será posible dentro de la claridad más total en torno a las lecciones de estos últimos meses.

El sionismo ha puesto de manifiesto sin lugar a dudas su naturaleza profunda y su misión junto al imperialismo norteamericano en la región. Desde el principio hasta el final, sólo pudo desarrollar su expedición guerrera en la región bajo la protección diplomática (expresada por los sucesivos votos de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de la ONU), y gracias a la ayuda militar y económica de los Estados Unidos. La existencia del Estado de Israel, con sus estructuras actuales, aparece indisolublemente vinculada al gran hermano imperialista.

El Estado sionista también ha puesto de manifiesto su estructura colonial. Desde su origen se basa en la expulsión de los trabajadores y campesinos árabes del proceso de producción, en la expropiación de sus tierras y en la discriminación racial. Con la brutal franqueza de sus escaramuzas con el presidente francés François Mitterrand, Menájem Beguin, el primer ministro israelí, expresó el fondo de esta mentalidad: incluso explicó que las críticas francesas hacia Israel revelaban únicamente el despecho de una nación humillada por su derrota en la guerra de Argelia (1954-1962) y ante los éxitos militares israelíes frente a las naciones árabes.

Resulta difícil imaginar un colonialismo y racismo más groseros.

Finalmente, Menájem Beguin también ha expresado, en relación con la masacre del 9 de agosto en París, el carácter racial del Estado sionista. La prensa francesa, por una vez casi unánime, se indignó al escucharle proponiéndole a los jóvenes judíos franceses que se armen para asegurar su autodefensa. Esta indignación unilateral lleva el sello de una profunda inconsciencia y de una profunda hipocresía. Menájem Beguin tiene el mérito de ser lógico. La Ley de Retorno establece en Israel una discriminación en beneficio de los judíos frente a los palestinos: todo judío, de donde quiera que venga, puede obtener la nacionalidad israelí de la noche a la mañana.

Menájem Beguin no hizo otra cosa que enunciar el recíproco de este principio. Si todo judio es un ciudadano israelí en poten-

cia, el Estado sionista se siente responsable de la seguridad de sus "ciudadanos", donde quieran que se encuentren...

A su vez, "la izquierda laborista" israelí ha demostrado, en su gran mayoría, que sigue fiel a las iniciativas imperialistas del Estado sionista, antes de ser de izquierdas. El Partido Laborista aprobó la operación "paz en Galilea" (invasión del Líbano).

Finalmente, el jefe del Partido Laborista, Shimon Peres, aceptó una misión oficial del gobierno Beguin para presentar a los ojos del mundo, desde Nueva York a París, las razones del Estado sionista.

Traidores y cómplices

La actitud de los demás grandes protagonistas del conflicto aparece también bajo una cruda luz.

En primer lugar, la del imperialismo norteamericano. El ministro de Defensa israelí, el general Ariel Sharón, repitió varias veces públicamente que había anunciado a los norteamericanos los proyectos militares israelíes, mucho antes de que se lanzaran las operaciones. En estas revelaciones no hay ninguna ingenuidad, sino la firme voluntad de implicar púbicamente al aliado norteamericano.

A su vez, la Unión Soviética no ha ido más allá de las protestas normales. Su pasividad fue explícitamente enunciada por los propios dirigentes palestinos. Así, el dirigente de la OLP, Abou Ayad, declaró: *"Hemos resistido al ajército israelí más que todos los ejércitos árabes (...). La actitud soviética es aún más inexplicable. Hemos preguntado a Moscú públicamente y en secreto. Sólo hemos recibido estímulos simbólicos. ¿Cómo puede permitirse la Unión Soviética semejante pasividad cuando los Estados Unidos están implicados en la batalla de forma tan flagrante? No lo comprendo".*

Para encubrir su discreción, los soviéticos devolvieron la pelota al campo de los países árabes. Explicaron, no sin cinismo, que no tenían por qué aparecer "más árabes que los árabes". Pero ello no quita que su abstención señala los límites de su intervención en Oriente Medio y muestra los resortes de su motivación. Así, para ellos el apoyo a la OLP está subordinado a la preservación de las alianzas diplomáticas más estables y ventajosas, no desde el punto de vista de la movilización revolucionaria antiimperialista, sino desde el punto de vista de los intereses del Estado soviético. Así se observa que la protección del régimen sirio, último aliado de peso en la región, constituye el límite implícito de la intervención soviética. En cambio, la supervivencia de la OLP no forma parte de la defensa de sus intereses vitales.

La actitud de la diplomacia soviética en este conflicto no dejará de ser una lección para otros aliados en America Latina y América Central: la "solidaridad" soviética no irá nunca más allá de sus intereses de Estado bien entendidos, y quién se vea tentado de confundirlos con un internacionalismo desinteresado, se llevará un enorme chasco.

La pasividad soviética sólo tiene un equivalente en la traición abierta de los Estados árabes. No han movido literalmente ni el dedo meñique en solidaridad con los pueblos palestino y libanés. La OLP se presentó en la cumbre de la Liga Arabe, el 26 y 27 de junio en Túnez, es decir, 15 días después del comienzo de la agresión sionista, con un plan de solidaridad de 14 puntos. Dicho plan reclamaba en particular una participación efectiva de los Estados árabes en la lucha armada en el Líbano; una condena de los Estados Unidos, "primer enemigo de la nación árabe", por su apoyo prestado a Israel; la retirada inmediata de los embajadores árabes acreditados en Washington; el boicot de las instituciones norteamericanas y la congelación de los contratos norteamericanos en los países árabes; la retirada de los fondos árabes depositados en los bancos norteamericanos, etc. No se decidió ni uno sólo de estos puntos, y la cumbre de la Liga Arabe no adoptó ninguna iniciativa.

Egipto ha mantenido a su embajador en Israel y Arabia Saudí recibió oficialmente a Bechir Gemayel, jefe de las falanges cristianas de extrema derecha, otorgándole así una necesaria legitimidad a los ojos de la comunidad mulsumana, para convertirlo en un posible presidente del Líbano.

Esta traición de los Estados árabes, resentida y expresada con vigor por los combatientes palestinos de Beirut Oeste, no es nueva. Se inscribe en la continuidad de la masacre de septiembre de 1970 (Setiembre Negro), organizada por el rey Hussein de Jordania, de la contraofensiva apoyada por Siria a partir de abril de 1976 en el Líbano, de los acuerdos de Camp David, con los cuales el presidente egipcio Sadat dejó las manos libres a Ménajem Beguin para atacar a los palestinos en el Líbano. Pero jamás esta traición había sido tan flagrante, y a corto o medio plazo desembocará en inevitables diferenciaciones políticas en las filas del nacionalismo árabe.

Finalmente, las potencias imperialistas europeas se desmarcaron de los Estados Unidos mediante algunas votaciones sin consecuencias prácticas en la ONU, pero no adoptaron ninguna medida de fuerza significativa contra la agresión israelí: ni un boicot, ni siquiera un embargo de la entrega de armas.

El colmo de todo este asunto es que François Mitterrand haya podido aparecer, en comparación con la dimisión de la URSS y de los Estados árabes, y gracias a los ultrajes verbales de Ménajem Beguin, como el más firme apoyo de los pueblos palestinos y libanés. Los dirigentes de la OLP y del Movimiento Nacional Libanés, acorralados en su aislamiento, han contribuido a dar crédito a esta imagen. Sin embargo, François Mitterrand había realizado a comienzos de año un viaje a Israel, apenas algunos días después de que Ménajem Beguin hubiera decretado friamente la anexión de los Altos del Golán. Es más, en su discurso ante el parlamento israelí, el presidente francés había "olvidado" pura y simplemente mencionar este acto de piratería colonial.

En Junio, tras el comienzo de la invasión israelí en el Líbano, François Mitterrand se pronunciaba, durante su viaje a Viena, en Austria, por una retirada "de los tres ejércitos extranjeros" del Líbano. De este modo colocaba en pie de igualdad al ejército sirio, a la resistencia palestina y al ejército sionista, "olvidando" otra vez que a diferencia de los otros dos, la resistencia palestina sigue careciendo de patria o de un Estado a donde retirarse. De hecho, esta falsa simetría y esta falsa imparcialidad venían a justificar el mantenimiento de la presencia militar israelí mientras durara la presencia militar palestina.

A fin de cuentas, François Mitterrand presta su apoyo a un plan que lleva prácticamente a la evacuación y dispersión de los palestinos y al mantenimiento *sine die* del ejército de ocupación sionista. La presencia del contingente francés de la fuerza de interposición presta su concurso a la expulsión de los palestinos y avala la elección, en

un cuartel y bajo la presión de los tanques israelíes, de Bechir Gemayel a la cabeza del Estado libanés.

Al invadir el Líbano, Ariel Sharon y Menájem Beguin se habían propuesto tres objetivos explícitos:

•en primer lugar, quebrar la infraestructura y la columna vertebral militar de la resistencia palestina, en un momento en que su actividad amenazaba con combinarse con el ascenso de la movilización en los territorios ocupados;

•en segundo lugar, poner fin a la presencia siria en el Líbano y debilitar a Siria;

•finalmente, contribuir a la creación de un régimen aliado en el Líbano, susceptible de firmar en caliente con Israel un acuerdo que completaría así el de Camp David con Egipto.

Además de estos objetivos declarados, existían por lo menos otros dos: por un lado, afirmar el papel insustituible de Israel como aliado privilegiado del imperialismo en la región; por otro, restaurar la unión sagrada y volver a movilizar a la opinión pública israelí para superar los efectos de las dificultades económicas y sociales crecientes.

Si estos eran los objetivos, la ofensiva israelí se hizo posible gracias a una coyuntura internacional particularmente favorable para el proyecto sionista.

Se inscribía en el marco de la contraofensiva imperialista y apenas corría el riesgo de verse desautorizada por los países imperialistas, después del apoyo unánime que dieron a la expedición colonial británica en las Malvinas. Al insertarse en esta dinámica, podía gozar de un margen de autonomía relativa gracias a la crisis de dirección imperialista y a las vacilaciones de la diplomacia norteamericana (sustitución del Secretario de Estado Alexander Haig por George Shultz). Se beneficiaba de la parálisis de la Unión Soviética, empantanada en sus propias dificultades en Polonia y Afganistán. Se beneficiaba también de las divisiones y de la impotencia de todos los organismos pretendidamente "no alineados", cada vez más desgarrados por la polarización internacional.

Así, durante los dos meses que duró el sitio de Beirut, la Liga Arabe resultó incapaz de tomar la menor iniciativa. La cumbre de Trípoli de la Organización para la Unidad Africana (OUA) tuvo que ser aplazada por falta de quórum. La conferencia de Bagdad del Movimiento de los No Alineados tuvo que ser aplazada a causa de la guerra entre Irán e Irak, y se trasladó a Nueva Delhi...

En estas condiciones, la operación sionista pudo lograr parcialmente cada uno de sus objetivos sin llevar a cabo totalmente ninguno.

En primer lugar, la OLP ha sufrido una grave derrota militar que se ha saldado con la eliminación de sus posiciones en el Líbano, la expulsión y la dispersión de su punta de lanza militar. Pero no se trata de una derrota sin combate. Los setenta y nueve días de resistencia heróica, comparados con la pasividad de los regímenes árabes, habrá reforzado la legitimidad de las reivindicaciones nacionales y democráticas del pueblo palestino.

Sin embargo, esto no basta para hacer de la derrota militar una victoria política. La dirección y las tropas de choque de la OLP, dispersadas en ocho Estados árabes distintos (Irak, Siria, Arabia Saudí, Yemen del Norte, Yemen del Sur, Sudán, Argelia, Túnez) y hostiles en diversos grados (los hipócritas abrazos de Hussein de Jordania no pueden hacer olvidarlo), se encontrarán bajo una estrecha vigilancia. Los regímenes árabes sabrá más que nunca que la resistencia palestina puede gozar ante las masas árabes de una autoridad frente al imperialismo que ellos mismos han perdido o que ni siquiera han tenido jamás. Para ellos será una razón más para reforzar su vigilancia.

No faltarán las presiones tendentes a imponer a la OLP un cambio de línea y transformarla en una fuerza diplomática de apoyo en las grandes maniobras de los Estados árabes. Esto es lo que anunciaba a su manera, a partir del sábado 26 de junio, el dirigente del Movimiento Nacional Libanés (MNL), Walid Joumblatt: *«La OLP necesita una nueva dirección que aborde la salvaguardia de los derechos palestinos desde un ángulo distinto. (...) Lo fundamental está en una nueva legalidad palestina, una nueva estrategia, una nueva dirección. (...) Soy consciente de que la OLP corre el riesgo de escindirse y de que no es imposible una guerra civil entre palestinos».*

En lo que se refiere a la retirada de las fuerzas sirias de la Fuerza Arabe de Disuación (FAD) del Líbano, Israel no ha logrado su objetivo. Sin embargo, parece encontrarse dispuesto a imponer este resultado por la fuerza. Sus ejércitos se encuentran frente a los ejércitos sirios en el valle de la Bekaa, y Damasco está prácticamente al alcance de los cañones israelíes. Pero una prueba de fuerzas de este tipo podría obligar esta vez a reaccionar a la URSS, pues pondría en tela de juicio a su último aliado diplomático en la región. Por tanto, Israel puede intentar negociar previamente una retirada paralela de sus propias tropas y de las tropas sirias. Pero evidentemente, este proceso está subordinado a la consolidación en el Líbano de un régimen aliado de Israel y a la fiabilidad de esta alianza.

Por el momento, sin comprometerse abiertamente en las operaciones militares contra la resistencia palestina, las falanges cristianas de Gemayel han empezado a implantar el embrión de su policía y de su administración sobre las huellas del ejército israelí en la montaña de Chuf, así como en la región de Saida. Han podido recuperar las armas palestinas y sirias, generosamente cedidas por el ocupante sionista. Finalmente, Gemayel ha recibido la investidura en la presidencia de la República en un cuartel y bajo la sombra de las bayonetas sionistas. Aún ha pasado poco tiempo para establecer una legitimidad y para apartar el riesgo de guerra civil, al igual que el riesgo de secesión del norte del país.

En lo que se refiere al cuarto objetivo, no cabe duda que Israel ha logrado afirmarse como el aliado más celoso del imperialismo en la región. Ha demostrado que en caso necesario puede actuar militarmente, so pretexto de legítima defensa, donde difícilmente podría hacerlo un cuerpo expedicionario norteamericano, en un momento en que el imperialismo yanki tiene tantas dificultades para superar el "síndrome vietnamita" y para actuar en su propio coto de caza de América Central y del Caribe. En este sentido hay que entender las declaraciones ruidosas de Ariel Sharon, según las cuales la zona de interés militar de Israel se extiende ahora del Sudán a Turquía...

Finalmente, el resultado más problemático de la empresa sionista se refiere a la situación interior en Israel. Aparentemente, Menájem Beguin ha logrado su objetivo y ha galvanizado a su opinión pública. Los sondeos, a finales de agosto, daban un 82% de apoyo a la operación "Paz en Galilea". Sin embargo, en el bloque sionista han aparecido fisuras sin precedentes en una situación bélica. Desde hace varios años, la situación económica viene degradándose. Ha aparecido el paro crónico. La tasa de inflación oscila entre el 100 y el 130% anual. La política económica neoliberal pone el acento en la reprivatización de determinados sectores, en las reconversiones y en la supresión de puestos de trabajo. A esta tendencia general se añadirá el coste de la guerra. En Agosto se estimaba oficialmente que ya había costado 1.200 millones de dólares, es decir, el 10% del presupuesto nacional. Tan sólo en el mes de julio, la inflación alcanzó una tasa record del 9,2%. El gobierno tomó medidas para disminuir las subvenciones del Estado a los productos de consumo corriente y aumentar las tarifas de los servicios públicos. El precio del carburante, de la leche, de los transportes, de las telecomunicaciones y de la electricidad han conocido brutales aumentos. El IVA (impuesto sobre el valor añadido) ha aumentado, y se han establecido impuestos extraordinarios sobre los viajes al extranjero. Se ha lanzado un préstamo, imponiendo una suscripción obligatoria durante nueve meses sobre los salarios brutos de la mayoría de israelitas.

Un día u otro habrá que rendir cuentas. Pueden resultar muy dolorosas, máxime cuando no Israel ha tenido que llevar a cabo por primera vez una guerra sucia, sin excusas y sin disimulos. En el pasado, sus dirigentes han podido presentar siempre sus empresas bélicas como las de un valiente David enfrentado a una conjura de los Goliats encarnados por los Estados árabes. Esta vez, han lanzado una operación agresiva, pisoteando las fronteras y las institu-

ciones de un Estado vecino, sin ni siquiera haberle declarado la guerra, para ir a aplastar a un pueblo sin tierra y sin Estado, abandonado por todos, cuya nueva *diáspora* no puede dejar de recordarle a la comunidad nacional judía de Palestina la imagen de su propio pasado.

Las protestas que han surgido en el propio Israel, al igual que en la comunidad judía de Francia e incluso en las de los Estados Unidos, anuncian el comienzo de estas dudas.

La OLP en la encrucijada

La guerra del Líbano y el asedio de Beirut han ilustrado una vez más las especificidades de la lucha de liberación Palestina. Hasta ahora, esta lucha ha sido protagonizada principalmente por un pueblo disperso, sin base territorial ni social estable. La resistencia palestina extrae sus fuerzas de la población de los campos de refugiados y de la emigración, que desde 1948 se ha dispersado por la región y en los emiratos. Materialmente depende en gran medida de los subsidios de esta emigración y más aún de la ayuda financiera y militar de los regímenes árabes.

En estas condiciones, no es sorprendente que para un pueblo humillado, disperso, marginado del proceso productivo, la lucha armada haya sido un punto de referencia y la principal expresión de una dignidad defendida a cualquier precio.

Sin embargo, la lucha de liberación palestina choca con cuestiones más complejas que cualquier otra lucha de liberación nacional.

No se enfrenta a una simple ocupación colonial sino a otra comunidad nacional, que ayer aún estaba oprimida, que se constituyó en Estado con el proyecto de expulsar a los trabajadores árabes, en lugar de explotarlos. Por lo demás, esto es lo que proporciona fuerza al Estado de Israel, más allá de la ayuda tecnológica imperialista de que se beneficia: aún logra despertar un sentimiento de autodefensa nacional, alimentado por el trauma del genocidio nazi.

De ahí que la eficacia de la lucha contra el sionismo pase por el desarrollo de los antagonismos de clase en el seno de la propia sociedad israelí, y por la unión internacionalista entre el movimiento de liberación nacional palestino y el proletariado judío.

Asímismo, la resistencia palestina debe encontrar su apoyo principal en la movilización antiimperialista de las masas árabes. No podrá obtenerlo sin chocar con la política proimperialista de la mayoría de los regímenes árabes. La OLP ha pretendido siempre mantenerse en una línea de "no injerencia" en la política interior de los Estados árabes. Sin embargo, no ha podido evitar la injerencia más brutal de estos Estados en la vida de la resistencia palestina. Jordania, Siria, el Líbano no han dejado de intervenir con las armas frente a la resistencia palestina, en 1970, 1976, 1982... Los regimenes árabes no pueden tolerar en su territorio la existencia de una fuerza política y militar que escape a su autoridad, y susceptible de favorecer, con su mera presencia, la movilización autónoma de los explotados y oprimidos en sus propios países.

Mañana, en los ocho países de acogida, tras la evacuación del Líbano, los combatientes palestinos, una vez terminados los abrazos oficiales, serán severamente vigilados.

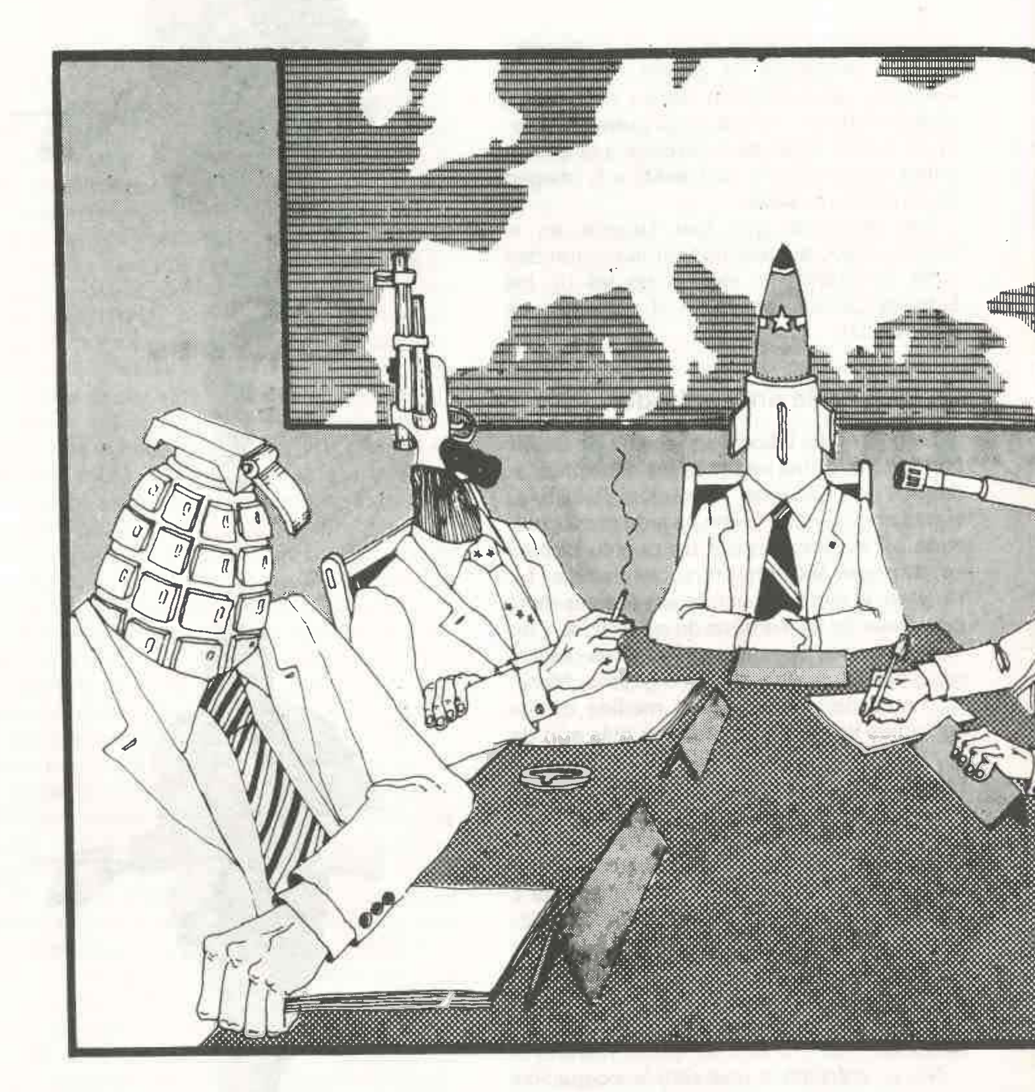
En resumen, para defender con eficacia los derechos nacionales y democráticos de su pueblo, la resistencia palestina necesita una dirección que adopte posiciones de clase frente a la política de los regímenes árabes, y posiciones internacionalistas para poder atizar las contradicciones de la sociedad israelí. Es fácil comprender que esta dirección difícilmente se forjará a partir de los campos de refugiados sin raíces en una experiencia de lucha proletaria.

Sin embargo, los terribles golpes recibidos en los últimos 15 años imponen un balance crítico y una clarificación. La respuesta de Yasser Arafat a un periodista de *Le Monde*, que le preguntaba cuáles eran en su opinión los errores cometidos a lo largo de este conflicto interminable, es significativa: *«No hemos sabido explicar nuestra causa a los israelitas, no hemos comprendido la mentalidad israelí».*

Yasser Arafat reduce a un problema pedagógica una cuestión que es fundamentalmente política. No plantea en absoluto un punto decisivo, a saber: cómo quebrar las bases del sionismo. Y plantea un comienzo de respuesta positiva: *«Nuestro Consejo nacional ha adoptado varias resoluciones sobre la apertura de un debate con las fuerzas democráticas en Israel, y estamos dispuestos a establecer relaciones con todos los que reconozcan nuestro derecho a la autodeterminación».* El peligro consiste en que este realismo abra la vía a arreglos diplomáticos en el momento de los acuerdos de Camp David, en lugar de una estrategia revolucionaria.

En lo que refiere a las relaciones con los Estados árabes, las lecciones no se han extraído públicamente. Es cierto que implicarían una dolorosa renuncia crítica a la política desarrollada por la dirección de la OLP en la guerra civil libanesa de 1975-1976, y particularmente a los acuerdos que permitieron que Siria organizara la elección del presidente Elías Seakis, el 18 de octubre de 1976, y preparara la contraofensiva falangista, en el momento en que las fuerzas palestinas y el MNL estaban a dos pasos de la victoria militar. Pero la traición de los regímenes árabes, esta vez, es tan flagrante, y tan profundamente resentida, que a la dirección de la OLP le resultará difícil evitar un nuevo examen de la cuestión, tanto si evoluciona globalmente como si tiene que sufrir nuevas diferenciaciones en su seno, después del asedio de Beirut se encuentra ante un nuevo giro de su historia, tan importante como el que le había impulsado, tras el fracaso de los Estados árabes, al primer plano del movimiento antiimperialista árabe, a finales de los años 60.

La formación de un proletariado palestino en Israel y la consolidación de un movimiento de resistencia en los territorios ocupados, pueden desempeñar un papel decisivo en esta evolución. □



La amenaza de guerr
y la lucha por el soci

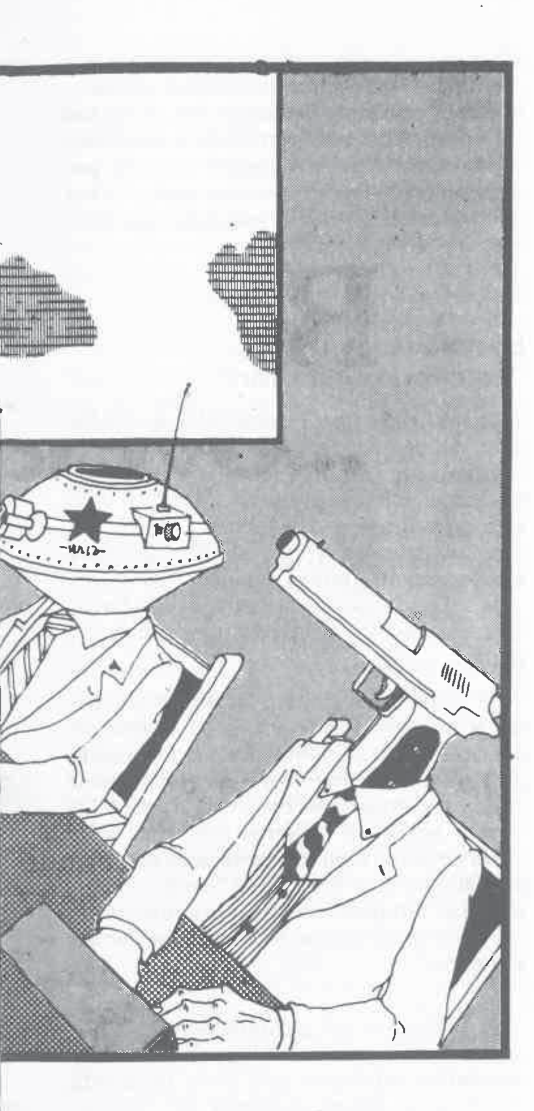
En los dos últimos años se ha creado la impresión, en repetidas ocasiones, de que está a punto de materializarse la amenaza de que estalle a corto plazo la tercera guerra mundial. Ciertos comentaristas impresionistas no han dejado de sacar esta conclusión. Incluso se ha levantado un viento de pánico, ante todo en determinados círculos intelectuales. El movimiento anti-guerra, fuerte y lleno de promesas, que se desarrolla actualmente en los países imperialistas, se ha visto afectado, a su vez, al menos parcialmente, por dicha impresión. El número de obras consagradas a la tercera guerra mundial, que según dicen ya ha comenzado, que ya está produciéndose o incluso que está a punto de terminar, es incontable (1).

HAY que reconocer que los propios acontecimientos favorecen en cierto modo esta oleada de pánico. ¿Acaso no hemos visto, en el mes de junio de 1982, cómo coincidían el relanzamiento de la guerra entre Irán e Irak con la guerra de las Malvinas, los preparativos de la invasión el Líbano por Israel, el incremento de la intervención extranjera en la guerra civil salvadoreña, sin hablar ya de las "pequeñas guerras" más o menos olvidadas, como las del Chad, de Eritrea, de Namibia, del Sáhara Occidental, sin contar la guerra civil en Yemen, la guerra civil jamás extinguida en Angola y Mozambique, sin ánimo de agotar la lista...? De ahí a concluir que la guerra está a punto de estallar a escala mundial sólo había un paso, que algunos han franqueado sin darse cuenta lo que implicaba esta conclusión injustificada. Como se trata de una cuestión de importancia capital, tenemos interés en no dejarnos arrastrar por el pánico o la euforia, ambos profundamente irresponsables a la vista de lo que está en juego, a saber, literalmente, la supervivencia física del género humano.

Avances de la revolución mundial y guerras contrarrevolucionarias

Más que nunca, el imperialismo está resuelto a oponer su violencia contrarrevolucionaria a cualquier avance de la revolución en el mundo. Esta violencia contrarrevolucionaria adquiere la forma de intervenciones armadas sistemáticas, disfrazadas a veces en forma de "apoyo" a uno de los bandos en una guerra civil, y adoptando en otras ocasiones la forma de una intervención extranjera masiva sin mayores escrúpulos. Como el sistema capitalista mundial está abocado a una profunda crisis de descomposición, como los focos revolucionarios no han dejado ni dejan de proliferar desde hace más de medio siglo, el principal peligro de guerra procede de la multiplicación de estas intervenciones extranjeras contra las revoluciones en curso. A lo largo de estos últimos decenios, la gran mayoría de guerras han sido de este género. Hoy en día sucede lo mismo; y mañana también.

Por consiguiente, no se trata en absoluto de un fenómeno nuevo. De hecho, desde la intervención contra la Rusia soviética en 1918-1922, **cada revolución** triunfante, o que alcanzaba importantes victorias, ha tenido que hacer frente a una guerra extranjera contrarrevolucionaria. Enumeremos a este respecto, para mencionar tan sólo las más importantes, la intervención del imperialismo alemán contra la revolución finlandesa de 1918; la intervención de la *Entente* (Francia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania), utilizando como punta de lanza a Rumania, contra la República soviética húngara de Bela Kun en 1919; la inter-



a
alismo

Ernest Mandel

vención de Hitler y Mussolini contra la revolución española en 1936-1937; la intervención británica y norteamericana contra la revolución griega de 1944-1949; la intervención imperialista contra la tercera revolución china de 1946-1949; la primera guerra de Indochina en 1945-1954; la intervención imperialista contra la revolución coreana y china en 1950-1953; la guerra imperialista contra la revolución argelina en 1954-1962; la intervención imperialista contra la guerrilla en Malasia (1948-1960) y en Kenia (1952); la segunda guerra de Indochina en 1961-1975; la intervención imperialista con tra la revolución en Angola (1961), en Mozambique (1964) y en Guinea Bissau (1971); las intervenciones imperialistas y sionistas contra Egipto (1956, 1967); las repetidas intervenciones imperialistas contra la revolución palestina (1969, 1970, 1975, 1976, 1978, 1981, 1982).

Algunas de estas guerras han tenido una amplitud que no pueden compararse con la guerra de las Malvinas o la intervención imperialista actualmente en curso en América Central. Mencionemos tan sólo la primera guerra de Indochina, el ataque israelí, junto a la intervención franco-británica de 1956 en torno al Canal de Suez, la guerra de Argelia y finalmente la segunda guerra de Indochina, en la que participaron centenares de soldados de los países imperialistas.

El hecho nuevo no son estas guerras contrarrevolucionarias "localizadas": estas son más bien la regla. El hecho nuevo ha sido la excepción que representan las revoluciones nicaragüense e iraní, contra las que al menos hasta el momento de la caída de Somoza y del Sha, el imperialismo se encontraba incapaz *políticamente* (y no material o militarmente) para intervenir, como consecuencia de los efectos de la derrota sufrida en Indochina en 1975.

En aquel entonces la IV Internacional había analizado esta parálisis como una situación de corta duración. Tanto la resolución política votada en el II Congreso Mundial de 1979, y la adoptada por el Comité Ejecutivo Internacional de mayo de 1981, indicaron correctamente que el imperialismo estaba dotándose de los medios para relanzar las intervenciones contrarrevolucionarias frente a las revoluciones en curso, o contra las nuevas iniciativas antiimperialistas, estableciendo, entre otras cosas, la fuerza de despliegue rápido norteamericana. Este análisis se ha confirmado posteriormente.

Lejos de constituir una "nueva situación internacional", o de llevarnos al umbral de la tercera guerra mundial, la guerra de las Malvinas, la invasión del Líbano, la intervención imperialista en América Central, y de forma más ambigua, la guerra Irán-Irak, representan una "vuelta a la norma", a saber, el intento sistemático, obstinado, del imperialismo de oponer su violencia contrarrevolucionaria a todo nuevo avance de la revolución, norma que se afirma desde hace casi 65 años.

Guerras contrarrevolucionarias y guerra mundial

Distintas de esta cadena casi ininterrumpida de guerras localizadas que jalonan todo el periodo histórico abierto por la revolución rusa —y que muestran la incapacidad del imperialismo para asegurar la paz de la humanidad, que es una de las razones más importantes para desembarazarse de este sistema que rezuma la violencia más bárbara por todos sus poros— son las dos guerras mundiales que estallaron en 1914 y 1939. Aún más distinta de esta cadena sería forzosamente la tercera guerra mundial.

Estas diferencias no son únicamente cuantitativas. Son cualitativas. A diferencia de las guerras contrarrevolucionarias "localizadas", las guerras mundiales han implicado a decenas, e incluso centenares de millones de personas, causando un número proporcional de víctimas y destrucciones materiales, alterando así a fondo el funcionamiento de la economía mundial, comportando un profundo retroceso en las fuerzas productivas, de la riqueza material acumulada por el conjunto de la humanidad, y reduciendo por tanto las bases de partida para la reconstrucción socialista del mundo. No es en absoluto dar muestras de "pacifismo" el reconocer estos efectos desastrosos de las guerras mundiales. Recordemos a este respecto el juicio que hizo la Internacional Comunista en marzo de 1919:

"Europa está cubiera de residuos y ruinas humeantes... Las contradicciones del régimen capitalista han aparecido a los ojos de la humanidad como consecuencia de la guerra, en forma de sufrimientos físicos: el hambre, el frío, las epidemias y un recrudecimiento de la barbarie... Ahora, no es únicamente la depauperación social, sino un empobrecimiento fisiológico, biológico, que se presenta ante nosotros con toda su vergonzosa realidad". (Manifiesto del Primer Congreso de la Internacional Comunista a los proletarios del mundo entero).

Es cierto que las guerras contrarrevolucionarias "localizadas" pueden tener efectos similares en *un* país. Basta pensar en las terribles consecuencias de las destrucciones causadas con el imperialismo en Camboya (marzo-agosto 1973, seis meses de bombardeos de todas las zonas de población densa por la flota aérea estadounidense de toda Indochina). Pero desde un punto de vista materialista, la diferencia estriba precisamente en saber si es un país (o un escaso número de países) el que se ve empujado así al borde de la barbarie, con la posibilidad de ver compensada rápidamente su falta de producción por el resto del mundo, o si es la humanidad entera (o su gran mayoría) la que se ve empujada al desastre, sin que existan reservas para sacarla rápidamente del marasmo.

Esta diferencia entre guerras contrarrevolucionarias "localizadas" y una guerra mundial tiene sus raíces en las distintas causas objetivas de ambos fenómenos.Las guerras contrarrevolucionarias "localizadas" son *respuestas coyunturales a avances parciales de la revolución.* La guerra mundial surge de la crisis estructural del sistema, contra la que constituye en cierto modo un último recurso.

Evidentemente hay que matizar esta distinción. Los avances sucesivos, aunque parciales, de la revolución, son por sí mismos la expresión de la misma crisis estructural del sistema que termina generando la guerra mundial. Pero si hay que

matizar la diferencia cualitativa, no por ello deja de ser importante. Las guerras contrarrevolucionarias "localizadas" pueden coincidir, y en varias ocasiones han coincidido, con fases de ascenso "pacífico" de la economía capitalista. La guerra mundial sólo se produce cuando una grave depresión económica parece impedir durante un largo periodo toda posibilidad de que se produzca un nuevo auge pacífico de la economía capitalista internacional. Y sobre todo, las guerras contrarrevolucionarias "localizadas", que son respuestas a avances fragmentarios de la revolución, pueden coincidir, y coinciden generalmente, con un ascenso del movimiento de masas, que frena, o incluso paraliza, la marcha general del imperialismo hacia la guerra.

En cambio, el estallido de la 2ª Guerra Mundial expresó de forma sintética una derrota, o una serie de derrotas tan graves del movimiento de masas de países clave de la lucha de clases, que fué la parálisis temporal del proletariado la que respondió a la iniciativa belicista de la burguesía. En otras palabras, las guerras contrarrevolucionarias "localizadas" acompañan a los avances o a las victorias parciales de la revolución mundial. En cambio, el estallido de la 2ª Guerra Mundial expresó una derrota histórica profunda de esta misma revolución.

Armas nucleares y guerra mundial

El hecho de que la tercera guerra mundial sería muy probablemente una guerra nuclear, sólo puede subrayar aún más la importancia de dicha distinción. Le proporciona un peso aún mayor.

Sería absurdo, y contrario a los principios elementales del materialismo histórico, argumentar que la acumulación de un arsenal capaz de destruir al menos 20 veces (2) a todo el género humano, no cambia "nada fundamental" en la "naturaleza de la guerra mundial", y que esta le plantearía al proletariado mundial y a los revolucionarios "problemas estratégicos y tácticos idénticos" a los que se plantearon en la primera y en la segunda guerra mundial.

Para construir la sociedad sin clases hacen falta fuerzas productivas humanas y técnicas considerables. De las cenizas nucleares no surgirá el socialismo, sino un planeta dominado por las hierbas y los insectos (3) o, en la "mejor" de las hipótesis, una sociedad humana bárbara, a partir de la cual los supervivientes del holocausto reanudarían un penoso ascenso secular. El proyecto comunista se vería aplazado en cualquier caso de la actualidad a un futuro lejano. Evidentemente cabe pensar —equivocadamente en nuestra opinión— que todo esto ya es inevitable. Pero resulta difícil percibir qué hay de particularmente "revolucionario" en la sustitución del comunismo por otro proyecto social partiendo de la hipótesis de que las bases materiales del comunismo están condenadas a desaparecer, es decir, sin partir de la inevitabilidad del holocausto nuclear.

De ahí se deriva que el objetivo estratégico del movimiento obrero y revolucionario mundial debe ser el de impedir la guerra nuclear mundial y no el de "ganarla" » (independientemente del contenido aberrante que tenga esta última fórmula). Pero para expresar este objetivo de manera aún más precisa, hay que hacerlo todo por que el progreso de la revolución mundial —aunque no pueda impedir intervenciones contrarrevolucionarias "localizadas" del imperialismo (esto es utópico mientras el imperialismo conserve el poder político y el potencial militar y material de los países clave)— paralice de forma creciente su capacidad para intervenir con armas nucleares y conduzca progresivamente a su desarme nuclear mediante el derrocamiento de su poder político.

Como han precisado numerosos documentos de la IV Internacional, *este desarme sólo es posible desde el interior de las fortalezas imperialistas* que disponen de armas nucleares, y no desde el exterior (4). Sólo el proletariado norteamericano, francés, británico, alemán y japonés, pueden desarmar las bombas nucleares, prohibir su utilización para siempre jamás, suprimirlas radicalmente y borrarlas de una vez por todas de la Tierra (apoyados en este sentido por el proletariado soviético y chino). Todo lo demás equivale a pensar en un milagro que no tendrá lugar, a saber, que los imperialistas será siempre suficientemente prudentes, o suficientemente temerosos, o estarán suficientemente desmoralizados como para no utilizar el arma del desespero, aunque conserven el poder para hacerlo.

A primera vista se podría detectar una contradicción entre el hecho de que subrayemos la inevitabilidad de las guerras contrarrevolucionarias "localizadas" y que afirmemos al mismo tiempo la necesidad y la posibilidad de impedir la guerra nuclear mundial. ¿Acaso no pueden desembocar las primeras gradualmente, de forma casi imperceptible, en la segunda? ¿No existe acaso un riesgo real de que se utilicen armas nucleares "tácticas" algún día, contra los avances de la revolución, ya sea directamente por parte del imperialismo, ya sea por alguno de sus representantes particularmente "motivado" (sionistas extremistas en Oriente Medio, partidarios extremistas del apartheid en Africa del Sur)? ¿Acaso no amenaza toda escalada de las guerras "localizadas" que se extienden con desencadenar una conflagración generalizada, desembocando en la guerra nuclear mundial?

Hay un elemento de verdad en esta objeción, pero solamente un *elemento*. Implica que el *peligro* de guerra nuclear aumentará a medida que aumente el arsenal nuclear y que se multipliquen los conflictos "locales". Pero pasaríamos de la dialéctica al sofisma si de la constatación de que este peligro de guerra nuclear crece saca la conclusión de que es inevitable que ésta estalle.

La realidad del "equilibrio del terror"

Es un hecho que a pesar de la acumulación, desde hace treinta años y más, de un arsenal cada vez más terrorífico de armas nucleares, hasta ahora éstas no se han utilizado, mientras que las guerras "locales" se han multiplicado y que se han utilizado efectivamente "armas clásicas" cada vez más sofisticadas y cada vez más mortíferas. La razón de esta diferencia nos parece evidente.

Los que detentan las armas nucleares y pueden decidir sobre su utilización conocen perfectamente su carácter suicida para el género humano. El gran público puede ser engañado con monstruosos informes sobre las "guerras nucleares" que "sólo costarán algunos centenares de millones (sic) de muertos" y que "los que cuenten con refugios nucleares sobrevivirán", los poderosos de este mundo no se llaman a engaño.

Es cierto que uno de los objetivos parcialmente "racionales" de la loca carrera de armamentos nucleares está en la búsqueda frenética de armas nucleares tan "pequeñas" y "limpias" que sea posible utilizarlas como armas "tácticas" en guerras "localizadas" sin desencadenar automáticamente la guerra nuclear mundial. Sin poder excluir totalmente esta hipótesis, digamos que es muy improbable, y que de todos modos comportará un coste terrible en vidas humanas y en destrucciones.

Esto significa, en claro, que es la fabricación y la posesión de armas nucleares por parte de la Unión Soviética la que ha salvado hasta ahora a la humanidad del holocausto nuclear. Sin este "equilibrio del terror", es prácticamente cierto que el imperialismo ya habría utilizado el arma nuclear contra los "voluntarios chinos" durante la guerra de Corea, contra las revoluciones vietnamita y china durante la segunda guerra de Indochina (5), o contra otras revoluciones.

Más allá de la dictadura totalitaria y contrarrevolucionaria de la burocracia soviética, responsable en gran parte de la supervivencia del imperialismo a escala mundial (y por consiguiente, indirectamente, de la existencia misma del peligro nuclear), la existencia del Estado obrero sovié-

tico como Estado de naturaleza socialmente distinta a los Estados imperialistas, como Estado de una sociedad que ninguna lógica infernal empuja en la vía del holocausto nuclear, adquiere una vez más todo su significado contradictorio para la realidad mundial de hoy, y confirma la justeza de su definición marxista, por poco que plazca a todos sus detractores superficiales e inconstantes que la definen como un Estado de naturaleza igual a la de los Estados Unidos.

Cuando afirmamos que hasta ahora el "equilibrio del terror" ha impedido efectivamente el estallido de la guerra nuclear mundial, no expresamos una opinión basada en una fe ingenua en la "racionalidad humana". Ya hemos denunciado suficientemente el carácter profundamente irracional de la "tercera edad del capitalismo" para que puedan hacernos este reproche (6). Nos basamos en algo mucho más fundamental que la razón: en el instinto de conservación, en el sentido físico del término, de las clases poseedoras, y particularmente de sus representantes más poderosos en el seno del capital financiero, del complejo militar-industrial y de sus dirigentes políticos. Esta gente forma la clase dominante más rica que haya conocido jamás el mundo. Imaginarse que estan dispuestos a sacrificar toda esta riqueza, todo este goce, todo este poder, en cualquier momento y en cualquier circunstancia, en aras de ideas abstractas o principios "absolutos" como el "anticomunismo", la "defensa de la economía de mercado" (denominada "defensa de la libertad"), "el odio a la revolución", es equivocarse de pies a cabeza en lo que se refiere a las motivaciones y al comportamiento de esta clase.

A lo que asistimos periódicamente es a un chantaje nuclear que tiende a *modificar marginalmente la relación de fuerzas dentro del "equilibrio del terror"*, no a un intento suicida de utilizar las armas nucleares para reintroducir el capitalismo en el Este o para modificar a escala mundial la relación de fuerzas entre todas las fuerzas imperialistas por un lado, y el conjunto de las fuerzas no capitalistas (incluidas la Unión Soviética y China) por otro. Por lo demás, actualmente es la tercera vez, desde la 2ª Guerra Mundial, que el imperialismo desencadena un relanzamiento acelerado de la carrera de armamentos nucleares. Lo hizo por primera vez durante la guerra de Corea (1950-1953). Lo volvió a hacer a comienzos de los años sesenta. Y lo vuelve a hacer por tercera vez a partir de finales de los años setenta. Cada uno de estos relanzamientos ha desembocado en un nuevo intento de "distensión", es decir, en una confirmación del "equilibrio del terror".



Los límites del "equilibrio del terror"

Pero si creemos que el "equilibrio del terror" ha permitido evitar hasta ahora la utilización de armas nucleares —y por consiguiente, a través de las sucesivas represalias y escaladas, el estallido de la 3ª Guerra Mundial— durante todo un periodo histórico, al mismo tiempo estamos convencidos que no sucederá así para siempre. La razón del posible cambio nos parece estar vinculada de nuevo a la ampliación de la crisis estructural que golpea al sistema capitalista a escala mundial.

Lo que diferencia el actual relanzamiento de la carrera de armamentos nucleares de los años cincuenta y sesenta, es que corresponde más a una *necesidad económica intrínseca* de la economía imperialista, vinculada a la degradación a largo plazo de la situación económica del capitalismo. En condiciones de descenso de la tasa de beneficio y de estancamiento de los mercados "normales", la producción de armas se convierte cada vez más en el "mercado de sustitución" por excelencia que relanza la acumulación del capital. Cuanto mayor sea el peso de los gastos militares en la economía imperialista, tanto mayor será la presión para acentuar la austeridad y acabar con el estado de bienestar en todas sus formas, y tanto más se exacerbará la lucha de clases, incluso por objetivos inmediatos y defensivos, y tanto más se verá impulsada la burguesía imperialista a buscar también un cambio de régimen político en sus principales ciudadelas (7).

Cuando decimos que las clases dominantes norteamericana, europea y japonesa han estado y siguen estando motivadas, en los últimos treinta años, por todo lo que

implican concretamente sus riquezas, y particularmente por las posibilidades de maniobra que se derivan de las inmensas reservas de que aún disponen, queremos expresar con ello una cosa muy concreta: un "clima" político, social, militar e ideológico global derivado de un largo periodo de crecimiento acelerado, y que ha impregnado profundamente al personal político dirigente del imperialismo, sobre el transfondo de una relación de fuerzas determinada, tanto con la clase obrera como las burocracias soviética y china. No cabe duda que es un personal capaz de tomar mil iniciativas bárbaras contra la revolución colonial (torturas en Argelia, defoliantes en Vietnam, masacres en América Latina, armas "anti-personal" utilizadas contra el pueblo palestino, etc.). Pero no es un personal político dispuesto a la barbarie suicida de un Adolfo Hitler en 1944-45 ó de un general Hideki Tojo en la misma época, en Japón.

Para que llegue a la cabeza de las principales potencias imperialistas un personal política dispuestos a la "solución final" para toda la humanidad, es necesario que haya un clima económico totalmente distinto, que las principales fuerzas del gran capital se vean literalmente acorraladas, se requieren otras dominantes ideológicas, otras relaciones de fuerzas entre las clases en estos países. Precisamente, con la prolongación de una "onda depresiva" de la economía capitalista internacional, con la acentuación de la ofensiva de austeridad y de militarización del capital internacional, aparecen progresivamente, entre bastidores y al borde del escenario, los personajes, las tendencias e incluso las fuerzas políticas que encarnan la resolución de luchar hasta la muerte, incluso hasta el suicidio colectivo, para gloria de la propiedad privada, de la nación o de la raza, como lo hicieron Adolfo Hitler e Hideki Tojo (pero esta vez se tratará de la muerte nuclear).

Sería profundamente irresponsable descartar simplemente la posibilidad de semejante "giro suicida" del personal dirigente del gran capital, una vez rebasado determinado umbral de la crisis estructural del capitalismo declinante (como el umbral rebasado en Alemania hacia 1932). Los que creen que el "equilibrio del terror" o la propaganda antinuclear pueden salvarnos *para siempre* del holocausto nuclear son como los que dan crédito a la pequeña voz que susurra: "tú, tú no vas a morir". Pero el destino nuestro, de los seres humanos, no sólo es que los individuos mueren inevitablemente, sino que incluso puede desaparecer la especie si no domina a tiempo su destino social, si no lo somete a reglas rígidas frente a la amezana nuclear, *mediante la creación de un orden social mundial que haga imposible la guerra.* Lo que significa, en pocas palabras, la abolición de la propiedad privada y del Estado nacional



soberano, la constitución de un poder mundial de los productores (la Federación Socialista Mundial) que prohiba la fabricación de todo arma importante y que tenga los medios para imponer el respeto de esta prohibición.

El "equilibrio del terror" pierde progresivamente su eficacia, a medida que se agravan tanto la depresión como la crisis capitalista de larga duración, a medida que se altera la relación de fuerzas *en el interior de las sociedades burguesas imperialistas,* a medida que se amplían la austeridad y la remilitarización. Estos fenómenos están vinculados entre sí estructuralmente.

De ahí se deriva una primera conclusión fundamental: la posibilidad o no de que lleguen al poder grupos de políticos burgueses dispuestos a desencadenar la guerra nuclear depende del resultado del conjunto de las luchas de clases políticas y económicas en los principales países capitalistas en los próximos años y decenios. En primer lugar tendrán que vencer al proletariado occidental (y al movimiento imperialista de los países dependientes más desarrollados) antes de poder pulsar el botón del holocausto. Esto es lo que debe guíar la orientación de los marxistas revolucionarios así como el rumbo político de todos y todas las que han comprendido la gravedad del peligro nuclear,

En este contexto recordamos un precedente. Hacia finales de los años veinte, la fracción estalinista motivó en gran parte el criminal rumbo ultraizquierdista, el llamado "tercer periodo" de la Internacional Comunista, esgrimiendo la inminencia del peligro de guerra. No cabe duda que había algunos elementos de verdad en aquel análisis. Pero hoy en día sabemos hasta qué punto tenía razón Trotsky cuando subrayó que no estaba nada decidido ni en 1928, ni en 1929, ni en 1931 (fecha del inicio de la agresión japonesa contra China, que fue en cierto modo tanto la prolongación de la agresión imperialista más general, como también más difusa contra la revolución china, como el comienzo de la marcha hacia la Segunda Guerra Mundial), ni siquiera en 1936.

No cabe duda que la marcha hacia la 2ª Guerra Mundial ya había comenzado. Pero la inevitabilidad de la 2ª Guerra Mundial pasó por la derrota del proletariado alemán en 1933, por la traición al ascenso revolucionario francés en 1936, y sobre todo por el aplastamiento y la posterior aniquilación de la revolución española en 1936-37. No había ningún fatalismo en todo ello, y mucho menos lo hubo en 1928-29.

En este sentido, y con todas las reservas que plantean las analogías históricas, la situación actual se parece más a la de 1928-1931 que a la situación posterior a 1938. Las batallas de clase decisivas están delante de nosotros, no detrás. Son ellas las que decidirán sobre la marcha hacia la guerra.

Podemos formular una segunda conclusión fundamental: la suerte de la humanidad se juega en una carrera de velocidad entre la capacidad del movimiento obrero internacional para derrocar el poder en las principales fortalezas imperialistas —todo debilitamiento exterior contribuye evidentemente a este derrocamiento, pero no puede sustituirlo—, para resolver la cuestión del avance hacia el socialismo, por un lado, y el intento del imperialismo de inflingir a este movimiento obrero internacional una serie de derrotas decisivas que dejarán el campo abierto para la guerra nuclear, por otro. La ofensiva de austeridad y de remilitarización desemboca además, pronto o tarde, en una ofensiva en que se pone en tela de juicio lo fundamental de las libertades democráticas del movimiento obrero, lo que a su vez abriría la puerta para un cambio fundamental del personal político imperialista (8).

El primer camino implica el transcrecimiento de la revolución mundial, de su desarrollo fragmentario y empírico, de un desarrollo universal y consciente. El segundo significa la derrota de la revolución mundial. La primera vía salva al género humano, preserva las posibilidades de un renacimiento de la civilización en el socialismo liberado de la angustia ante el holocausto nuclear (9). La segunda conduce eventualmente, por no decir probablemente, a este holocausto.

Importancia de las movilizaciones contra la guerra y anti-nucleares

A medida que se amplía la ofensiva del capital en dirección a la austeridad, la remilitarización ampliada y los ataques cada vez más graves contra las conquistas sociales y políticas del proletariado en los países imperialistas —al mismo tiempo que se asestan golpes cada vez más mortíferos y bárbaros

contra la revolución colonial—, el "equilibrio del terror" pierde una parte de su eficacia como obstáculo principal de la marcha hacia la 3ª Guerra Mundial. En la misma medida aumenta la importancia del movimiento contra la guerra (ante todo, contra la guerra nuclear), que se desarrolla hoy en los principales países imperialistas, y del que la manifestación del primero de junio de 1982 en Nueva York (la manifestación más grande de la historia de los Estados Unidos, por no decir de los países imperialistas, con un millón de participantes), no ha sido más que una degustación.

Los que motiva a este movimiento no es el deseo inmediato de derrocar al capitalismo, único responsable de la carrera de armamentos nucleares, o de apoyar a la revolución a escala mundial, por mucho que estas motivaciones estén presentes en numerosos participantes y que los marxistas revolucionarios deban propagar incansablemente estas ideas e incrementar su influencia en el seno del movimiento. Lo que motiva a este movimiento es fundamentalmente el *miedo al holocausto nuclear, el instinto físico de conservación*. De ahí que, para sorpresa general, las masas alemanas, que sin embargo tienen un nivel de conciencia política bastante más bajo que las masas francesas e italianas, participen en él con mucho mayor amplitud que sus hermanos y hermanas de clase en los países vecinos. Porque las masas alemanas están convencidas de que toda Alemania quedará destruida en los primeros días de una guerra nuclear, y ellas quieren vivir. Los que niegan con pedantería que estas acciones de masas tengan un impacto objetivamente revolucionario, so pretexto de que no establecen de entrada la distinción entre Estados obreros burocratizados y Estados burgueses, de que emplean a veces la jerga sobre las pretendidas "superpotencias" puestas en pie de igualdad, de que no dan pruebas de un "internacionalismo proletario" en relación con las revoluciones en curso (reproches que por lo demás son parcialmente falsos), desconocen dos aspectos fundamentales de la situación mundial:

En primer lugar, es el imperialismo, y únicamente el imperialismo, el que necesita vital y desesperadamente armas nucleares para desarrollar su estrategia militar contrarrevolucionaria. Por consiguiente, concentrar al movimiento contra las armas nucleares es golpear objetivamente al imperialismo.

En segundo lugar, estos movimientos de masas, en la medida en que abarcan a sectores crecientes del movimiento obrero organizado y de la juventud, desencadenan una *dinámica objetivamente anticapitalista,* independientemente de la fraseología utilizada por algunos de sus dirigentes. Porque tienen y tendrán el objetivo de imponer no sólo medidas concretas de desarme unilateral del imperialismo (contra la instalación de los misiles Pershing y Cruise, contra las bases de la OTAN), sino también una política económica basada en la alternativa anticapitalista a la austeridad y a la remilitarización, puestos de trabajo en lugar de bombas; escuelas y hospitales en lugar de bases militares; semana de 35 horas mediante la reducción radical del presupuesto militar, etc.

De una forma más general, la lucha contra la carrera de armamentos nucleares y contra la ofensiva de remilitarización se solapa, al menos en un aspecto fundamental, con la lucha contra la crisis capitalista y contra el capitalismo en general. *Enseña a las masas más amplias que no existe ninguna fatalidad que conduzca a la 3ª Guerra Mundial, como no hay ninguna fatalidad que conduzca a la crisis, a los 35 millones de parados en los países imperialistas, al hambre en el Tercer Mundo o a la extensión de la tortura*. Los "jinetes del Apocalipsis" pueden ser detenidos, a condición de que las masas, que los explotados y oprimidos, tomen las riendas de su destino en sus propias manos.

En estas condiciones, es deber de los marxistas revolucionarios luchar en las primeras filas del movimiento contra la guerra y contra las armas nucleares, actuar en él como elementos unitarios y federadores, arrastrar al máximo de fuerzas del movimiento obrero organizado y de los "movimientos sociales" que son sus aliados naturales, hacer descender a la calle, en todo el mundo, a millones y millones de personas. Si este movimiento se extiende y generaliza, conoceremos un camino opuesto al de 1913-1914 y de 1938-1939. En aquellas ocasiones, la guerra había ahogado a la revolución; esta vez, *la revolución impedirá la guerra*. En este marco unitario defenderemos el conjunto de nuestro programa, tanto por la solidaridad con las revoluciones en curso, como con todas las víctimas de las guerras contrarrevolucionarias "locales" del imperialismo. Los marxistas revolucionarios no subordinamos la movilización unitaria al debate ideológico, porque comprendemos el impacto decisivo de estas movilizaciones en las posibilidades objetivas de la revolución mundial.



En este mismo sentido, apoyamos resueltamente a los movimientos de masas autónomos contra la carrera de armamentos en la República Democrática Alemana (RDA) y otros países de Europa oriental. No significa que pongamos en pie de igualdad a los Estados obreros y a los Estados burgueses, o que hayamos olvidado el deber de defender, en caso de conflicto militar, a los primeros contra los segundos. Pero entendemos que en la situación mundial actual, todo lo que favorece la movilización más amplia y unitaria por el desarme unilateral del imperialismo en Europa constituye un golpe mil veces más duro contra el imperialismo, y por tanto una contribución mil veces más eficaz a la defensa de la URSS y los demás Estados obreros, que unos cuantos misiles de más o algunos conflictos disciplinarios de menos en el ejército de tal o cual Estado obrero.

Arrebatándole a la burguesía uno de sus principales argumentos políticos para dividir al movimiento contra la guerra en occidente y frenar su ascenso, el movimiento contra la guerra en el Este asesta objetivamente un golpe al imperialismo, más que a la burocracia. Al reclamar el control público y democrático de las masas sobre la política militar y extranjera, el movimiento anti-guerra autónomo de Europa oriental y en la URSS estimula allí objetivamente la revolución política antiburocrática. Esta es parte integrante de la revolución mundial, y por tanto de la lucha para salvar a la humanidad de la liquidación nuclear. Como acaban de demostrar sucesivamente los avances de la revolución política y de la contrarrevolución en Polonia (10), acarrean unas consecuencias casi inmediatas —positivas en el primer caso, negativas en el segundo— para la lucha antiimperialista y anticapitalista a escala internacional.

Nuestro debate con los pacifistas

Es falso y contraproducente emprender el debate con los pacifistas en torno a la cuestión de saber si es o no prioritario abolir las armas nucleares (del mismo modo que los ecologistas dicen que es prioritario salvar la bioesfera de la polución), antes que abolir el régimen capitalista. Invertiremos la cuestión: *es imposible eliminar la amenaza de guerra nuclear sin eliminar al*

régimen capitalista. Mientras subsistan la propiedad privada sobre los medios de producción, la competencia y la economía de mercado que de aquella se derivan, la búsqueda del beneficio individual, la producción para el beneficio y toda su lógica infernal, incluidas las frustraciones y la agresividad exacerbadas, nada ni nadie impedirán que grupos ni individuos compren máquinas y mano de obra para ganar más dinero fabricando armas potencialmente destructoras de la humanidad. Para impedir que algún grupo social se juegue la supervivencia del género humano a la ruleta rusa, hay que crear condiciones sociales y materiales necesarias para lograr este objetivo, mediante la victoria de la revolución socialista mundial, mediante la creación de la federación socialista mundial, mediante la socialización de los medios de producción, su utilización bajo el control público más amplio, exento de todo "secreto".

Por tanto, reprochamos a los pacifistas, no que "exageren" el peligro de las armas nucleares, sino que lo subestimen. Les reprochamos que se contenten con medidas temporales —la lucha por tal o cual medida inmediata que evidentemente apoyamos, como la lucha por la zona desnuclearizada en Europa, desde Portugal a Polonia—, sin ver que el peligro terrorífico subsistirá mientras subsistan el régimen capitalista y el Estado nacional soberano, es decir, la posibilidad, *para algunos*, de decidir sobre la fabricación de estas bombas a espaldas de la mayoría del género humano. Les decimos a los pacifistas radicales: la humanidad sólo se librará de la pesadilla nuclear si se apodera del derecho y del poder de decidir lo que se produce, y también lo que está prohibido producir. Esto supone la supresión de la propiedad privada, de la competencia entre individuos, entre Estados, de la economía de mercado. Si no estáis dispuestos a pagar este precio, entonces preferís correr el riesgo de ver desaparecer al género humano, antes que de cambiar el régimen social que conduce al suicidio colectivo.

Para nosotros, la causa de la lucha contra la guerra y de la lucha por el socialismo es la misma. Sólo un mundo socialista autogestionado será un mundo sin armas. Los hombres y las mujeres que habitan este planeta, una vez hayan comprendido el terrible peligro que corren, decidirán colectivamente que no se fabricarán más armas de exterminio y crearán el único régimen social capaz de hacer respetar esta prohibición.

Al mismo tiempo estamos a favor de toda lucha, de toda movilización concreta, inmediata, contra el actual relanzamiento imperialista de la carrera de armamentos, y continuaremos denunciando sin cesar la *ilusión histórica* de que es posible abolir las armas de exterminio sin destruir el régimen capitalista. Esta ilusión es del mismo orden que la de los años cincuenta o sesenta, según la cual habría sido posible impedir las crisis económicas sin abolir la dominación del capital. Corre el riesgo de conocer la misma suerte, con un resultado mil veces más terrible para el género humano.

Del mismo modo que la lucha contra la austeridad, la lucha contra la remilitarización sólo puede alcanzar toda su amplitud, y sobre todo sólo puede obtener la victoria si conduce a una ***solución anticapitalista global:*** arrebatarle el poder político a la burguesía. No existe otra salida histórica a la crisis de la humanidad —cuya carrera hacia el suicidio nuclear es la expresión más condensada— que la conquista del poder por los trabajadores y su ejercicio a escala mundial, en el marco de la democracia socialista pluralista más amplia, basada en la autogestión planificada de los productores. □

NOTAS

(1) Citemos, entre estas obras, la de un ex-presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, que se titula "La Tercera Guerra Mundial ha comenzado", y la del antiguo Jefe de Estado Mayor del ejército británico, el general John Hackett, "La Tercera Guerra Mundial". Mencionemos también el célebre artículo de Edward Thompson, "Exterminismo, la última etapa de la civilización", tomado del simposio "Exterminismo y guerra fría", publicado por New Left Review.

(2) Según el estudio Comprehensive Study on Nuclear Weapons, sometido a la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1980, se ha calculado que la explosión de 1.000 cabezas nucleares de un megatón contra la URSS y los Estados Unidos provocaría instantáneamente la muerte de 150 a 200 millones de personas en los dos países. Y actualmente existen ya más de 40.000 cabezas nucleares almacenadas en todo el mundo. Hay que tener en cuenta también las pérdidas provocadas posteriormente por los efectos secundarios radiactivos, el hambre, la contaminación, etc.

(3) Es el título del ensayo inicial del libro de Jonathan Shell, "El destino de la tierra", libro que por lo demás es flojo e inconsecuente, pero que describe con mucha fuerza de convincción las consecuencias suicidas para el género humano que tendría una guerra nuclear.

(4) *"En última instancia, sólo la victoria del proletariado en los países imperialistas más desarrollados, y ante todo la victoria del proletariado norteamericano, puede librar a la humanidad de la pesadilla de la aniquilación nuclear. Esto es, en definitiva, la solución revolucionaria socialista que opone la IV Internacional a las ilusiones utópicas de la "coexistencia pacífica" y de la "victoria" en una guerra nuclear mundial".* (Dialéctica actual de la revolución mundial documento adoptado por el Congreso de Reunificación de la IV Internacional en junio de 1963).

(5) Son numerosas las fuentes ya publicadas que reflejan los debates en los que los dirigentes del imperialismo norteamericano se habían planteado la utilización de armas nucleares, en los mencionados casos. Cuando sean accesibles las fuentes que hoy se mantienen en secreto, se verá que estas ocasiones no eran las únicas.

(6) Véase nuestro capítulo sobre la "Ideología del capitalismo de la tercera edad", en Ernest Mandel, la Tercera Edad del Capitalismo.

(7) Un objetivo paralelo del relanzamiento de la carrera de armamentos nucleares por el imperialismo consiste en agravar la crisis económica y social de la URSS. Como consecuencia del descenso de la tasa de crecimiento de la economía soviética, el Kremlin se verá obligado a tomar opciones desgarradoras si quiere aumentar considerablemente sus gastos militares, como pretende obligarle Washington. Para evitar que suceda así, deberá pagar un precio político que el imperialismo intenta incrementar.

(8) En repetidas ocasiones hemos insistido en los riesgos políticos inherentes al mantenimiento de la democracia burguesa para una democracia que practica una política de empobrecimiento sistemático de las masas trabajadoras. Por supuesto, no hay nada de automático en las victorias de la izquierda reformista en tales circunstancias; dependen de muchos factores, que varían de un país a otro y de una situación a otra.

Sin embargo, el riesgo de un desastre electoral para la burguesía, comparable al del 10 de mayo de 1981 en Francia, es real en estas condiciones. Recientemente, por primera vez en la historia, la izquierda reformista ha obtenido en la isla Mauricio *todos* los escaños parlamentarios en unas elecciones que sin embargo había sido organizadas por un gobierno de derechas.

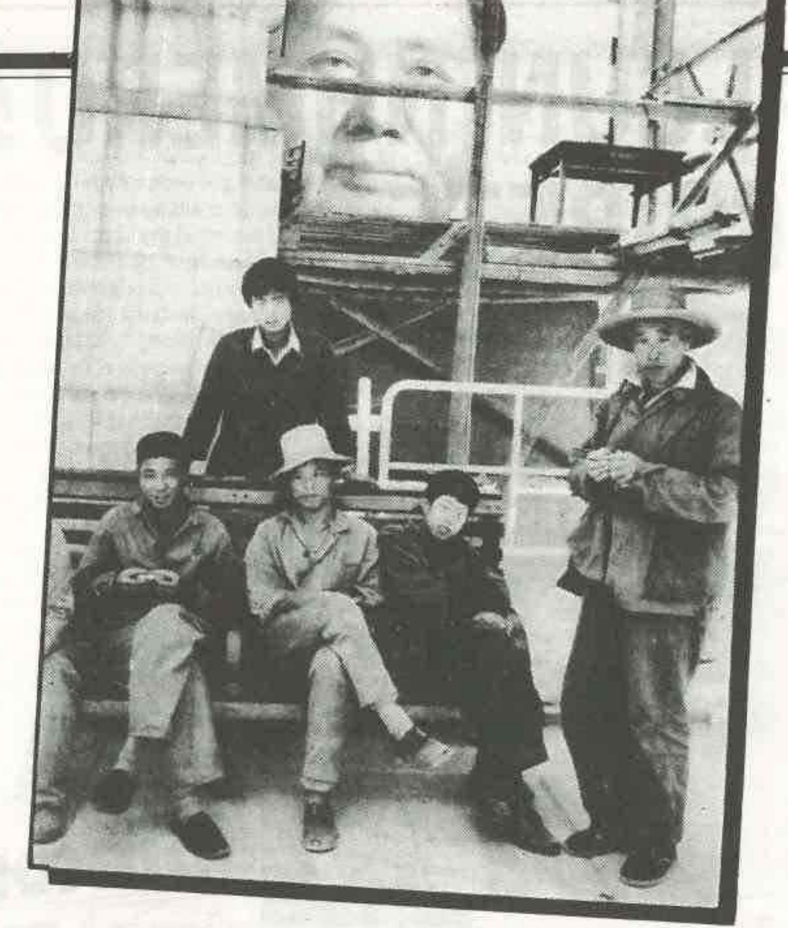
(9) Dos intelectuales anglosajones, que sin embargo no tienen nada de revolucionarios, acaban de pronunciarse por la abolición y prohibición inmediata de las armas nucleares: el británico lord Solly Zuckerman, antiguo consejero científico principal del Ministro británico de Defensa, y el norteamericano Theodor Draper, historiador socialdemócrata especializado en el estudio del estalinismo y anticomunista convencido. Pero no contestan a la pregunta de saber cuáles son las condiciones políticas y sociales necesarias para permitir esta abolición y prohibición.

(10) "Revolución política y contrarrevolución en Polonia", resolución adoptada por el Comité Ejecutivo Internacional de la IV Internacional el 27 de mayo de 1982 (véase ese número de Inprecor).

¿TE FALTA ALGUN NUMERO? SUSCRIBETE



Suscríbete a las publicaciones de la L.C.R.: Combate, Comunismo, Inprecor



EL proyecto de revisión introduce las nociones de "democracia socialista" y de "sistema legal socialista", ausentes en la Constitución de 1978. Con ellos se pretende garantizar los derechos fundamentales de los ciudadanos.

Sin embargo, en China continúan sucediéndose los procesos y las condenas. Xu Wenli, obrero electricista de 38 años, arrestado en abril de 1981, acaba de ser condenado a 15 años de prisión por "actividades contrarrevolucionarias". De hecho, era el animador de la revista "Tribuna del 5 de abril", que había fundado en 1978. Esta revista representaba un punto de vista marxista en la contestación surgida de la primavera de Pekín (1976).

El proyecto de revisión de la Constitución de la República Popular China (RPCH) fue publicado a comienzos de 1982; en dicha ocasión, el gobierno ("Consejo de Asuntos de Estado") declaró que invitaba al pueblo a dar su opinión, para que puedan introducirse modificaciones. Una vez revisado, el proyecto será entonces discutido y adoptado por la V Sesión de la Asamblea Popular Nacional. Independientemente de la manera en que la dirección va a tener en cuenta las opiniones expresadas por el pueblo, este planteamiento difiere de los procedimientos de revisión constitucional que hubo en 1975 y el 5 de marzo de 1978, cuando la "discusión" se había limitado a los círculos designados oficialmente. Esto expresa la fortísima presión ejercida por las aspiraciones democráticas de la población.

El proyecto de revisión de la Constitución en la R.P. China

La quinta sección de la Asamblea Popular China se reunirá el próximo mes de noviembre, dos meses después del Congreso del Partido en septiembre. Esta decisión ha sido confirmada por el Comité Permanente de la Asamblea, reunido en Pekín del 19 al 23 de agosto. El principal punto del orden del día de esta sección será el examen del proyecto de revisión de la Constitución, publicado el pasado mes de mayo, después de su adopción por el Comité Permanente.

En su trabajo, la Comisión para la revisión de la Constitución parece haberse inspirado en el espíritu de la Constitución de 1954. Catorce años después de la destitución de Liu Shaoqi, último Presidente de la República Popular, propone restablecer el cargo de Jefe de Estado, abolido en el texto de 1975, y que no había sido restablecido en la Constitución adoptada en marzo de 1978.

Reproducimos a continuación un artículo de análisis crítico del proyecto de revisión constitucional publicado en la revista marxista revolucionaria October Review, editada en Hong Kong (artículo fechado el 4 de mayo de 1982).

El poder de la dirección del PCCH sigue siendo el mismo

El estatuto "legal" otorgado al Partido Comunista Chino (PCCH) en los anteriores textos constitucionales ha desaparecido de los cuatro capítulos del proyecto sometido a "discusión"; particularmente las frases como: *«El PCCH es el núcleo de dirección de todo el pueblo chino. La clase obrera ejerce su poder sobre el Estado a través de su vanguardia, el PCCH. (...) La ideología dominante de la República Popular China es el pensamiento Mao Zedong. (...) El Estado defiende la posición dominante del pensamiento Mao Zedong en todas las esferas de la ideología y de la cultura».* Hasta ahora, las fuerzas armadas estaban

bajo el mando del presidente del Comité Central (CC) del PCCH; el primer ministro era elegido por la Asamblea Nacional, previa "recomendación" del CC del PCCH. En los 140 artículos sometidos a discusión, la mención "Partido Comunista Chino" sólo aparece una vez.

Al hacer esto, el PCCH trata de probar la separación tantas veces proclamada entre Estado y Partido, y de reforzar la idea de la legalidad del poder. Esto ha resultado ser necesario debido a la propia existencia de la dictadura del partido único, que coloca a un partido (o incluso a una fracción o a un dirigente de este partido) por encima de todo el pueblo trabajador y del Estado, lo que suscita un fuerte resentimiento entre los trabajadores. Y precisamente se trata de calmar este resentimiento. Las serias dificultades existentes en distintos terrenos, agravadas por el poder absoluto del PCCH, han hecho que resulte imposible, para la fracción dominante, continuar reinando arbitrariamente, como sucedió en tiempos de Mao Zedong (que murió el 9 de septiembre de 1976). Ahora debe ocultarse detrás del "poder legal". La revisión actual de la Constitución está destinada a restaurar el apoyo y la confianza del pueblo en el PCCH. Asímismo debe establecer cierto número de normas legales para facilitar su dominación.

Pero los cambios formales y literarios no cambian nada en la esencia de la dictadura del partido único, que sigue siendo la misma de antes.

Incluso en el preámbulo del proyecto —y el preámbulo constituye la base ideológica de todo texto—, aún se dice que para *«mantener los cuatro principios fundamentales es esencial adherirse a la dirección del PCCH»*, según las explicaciones dadas por Peng Zhen, vicepresidente del Comité para la revisión de la Constitución. El mantenimiento del predominio de la dirección del PCCH sobre el pueblo y sobre la Asamblea Popular muestra bien que la dictadura del partido único sigue intacta en la Constitución; el poder del Partido se impone incluso a la Constitución, y de hecho no hay ninguna separación entre Partido y Estado. Por consiguiente, el último párrafo del preámbulo que dice que *«la Constitución es la ley fundamental de nuestro Estado y detenta la autoridad legal suprema»* no es más que pura hipocresía.



Así, aunque el artículo 2 de los principios generales afirme que *«todo el poder en la RPCH pertenece al pueblo»*, y por mucho que esta frase se haya mantenido en las tres Constituciones anteriores, los 32 años transcurridos desde la fundación de la RPCH, el 1° de octubre de 1949, han demostrado que "todo el poder" pertenece al PCCH, y que el pueblo no tiene ninguno. La Asamblea Popular Nacional y sus estructuras locales no son sino cámaras de registro, pues es el PCCH el que detenta el poder supremo. Mientras no sea abolido el privilegio de dirección del PCCH, la Constitución, por bien escrita que esté, no será jamás sino una pantalla destinada a enmascarar la dictadura del PCCH, y una caricatura de democracia socialista.



Los errores del preámbulo

El preámbulo contiene otros graves errores:

1. En él se lee que *«desde la fundación de la RPCH, la sociedad ha pasado poco a poco de la nueva democracia al socialismo»*. Pero de hecho, desde 1949, el modelo de sociedad de nueva democracia, concebido en los escritos de Mao Zedong, "Sobre la nueva democracia", jamás vió la luz en China. La China no se ha convertido en una sociedad socialista con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas superior al que ya han alcanzado los países capitalistas avanzados. En su presentación del proyecto, Peng Zhen admite que *«el progreso de la sociedad socialista exige un alto desarrollo de las fuerzas productivas como base material»*. China está aún lejos de disponer de esta base material, y por tanto no puede decirse que es una sociedad socialista.

2. El preámbulo afirma que *«dirigida por la clase obrera y basada en la alianza entre los obreros y campesinos, la dictadura democrática del pueblo —es decir, la dictadura del proletariado— se ha consolidado y desarrollado»*. Establecer un paralelismo entre la "dictadura democrática del pueblo" y la dictadura del proletariado constituye un serio quebranto del marxismo. El marxismo afirma que la segunda es la dictadura del proletariado frente a la clase explotadora, la burguesía. Pero el término "pueblo" en la "dictadura democrática del pueblo" promulgada por Mao Zedong, designa "al proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional". La "dictadura" ejercida conjuntamente por las clases explotadas y explotadoras no es, por supuesto, la dictadura del proletariado. El propio Mao Zedong había señalado esta diferencia fundamental: *«Las muy numerosas formas de sistemas estatales distintos que existen en el mundo pueden reducirse a tres formas básicas, según el carácter de clase del poder político que representan: 1) los regímenes bajo la dictadura de la burguesía; 2) los regímenes bajo la dictadura del proletariado, y 3) los regímenes bajo la dictadura conjunta de varias clases revolucionarias»*. Definir el sistema estatal chino en los principios fundamentales de la Constitución como un Estado del tercer tipo refleja una traición al marxismo.

3. Cuando habla de los cuatro principios fundamentales, el preámbulo elimina sencillamente el término "dictadura del proleta-

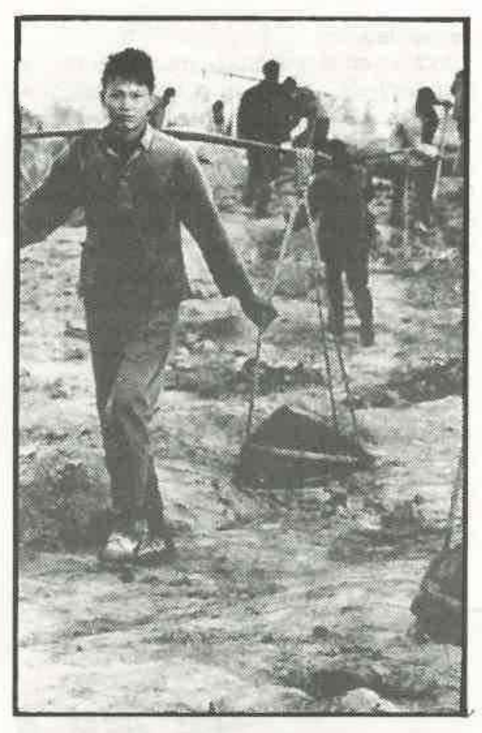
riado", y no habla sino de la "pervivencia de la dictadura democrática del pueblo". El PCCH vaciló en esta cuestión: al principio propuso "pervivencia de la dictadura del proletariado", pasando después a la fórmula "pervivencia de la dictadura democrática del pueblo". Este retroceso refleja una tendencia cada vez más derechista en la política del PCCH (con concesiones crecientes a las fuerzas capitalistas nacionales y extranjeras), y su intento de encubrir su naturaleza dictatorial y burocrática con la palabra "democrática". Al mismo tiempo, el proyecto insiste en la existencia de un "amplio frente unido" en el país, y destaca su organización, la Conferencia Consultiva Política del pueblo chino, en un intento de restablecer, hasta cierto punto, la colaboración de clases de finales de los años cuarenta, y de comienzos de los años cincuenta, y de asegurarse la colaboración de los antiguos industriales, hombres de negocios e intelectuales de categoría, para ayudar al PCCH a estabilizar su poder.

4. Cuando aborda la política exterior china, el preámbulo suprime del texto de la antigua Constitución las siguientes frases: *«Debemos apoyar el internacionalismo proletario. (...) Debemos reforzar nuestra unidad con el proletariado y los pueblos y naciones oprimidas del mundo, con los países socialistas. (...) Debemos oponernos a una nueva guerra mundial»*. Aunque estas frases hayan estado inscritas en el texto de la Constitución con una función puramente decorativa, su supresión refleja ahora una vez más la tendencia derechista de la política exterior del PCCH.

El texto de la Constitución de 1918 de la Rusia soviética, redactado bajo la dirección de Lenin, muestra de forma irrefutable en qué medida el nuevo proyecto de Constitución china traiciona al leninismo. El capítulo 2 de la Constitución de la República Soviética afirmaba: *«La tarea fundamental del Tercer Congreso panruso de los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, es la abolición de la explotación del hombre por el hombre, la abolición total de la división del pueblo en clases, la supresión de los explotadores, el establecimiento de una sociedad socialista,* **y la victoria del socialismo en todos los países»**.

Una tendencia derechista en los "principios fundamentales"

Aunque los principios fundamentales afirmen que el sector estatalizado de la economía —es decir, el sector socialista que pertenece al pueblo— es la fuerza dominante de la economía nacional, y que el Estado impulsa su consolidación y su desarrollo, se da luz verde a la economía privada y a la propiedad privada, proporcionándole



así la posibilidad de desarrollarse y de socavar el sector económico estatal. Examinemos más de cerca este peligro:

1. El proyecto declara que sólo el suelo de las ciudades es propiedad del Estado. En las aldeas y regiones suburbanas, la tierra pertenece a las colectividades, lo que ocurre también con las parcelas individuales en el campo o en las regiones montañosas. En la medida en que la propiedad también puede ser privada, las comunas y las brigadas tienen el derecho de vender o alquilar la tierra que se atribuye a su propiedad colectiva. En los últimos años, la prensa oficial ha dado cuenta de casos semejantes. Cuando el proyecto estipula que *"ningún organismo o individuo tomará, comprará, venderá o alquilará la tierra"*, no se da los medios para impedir tales transacciones. Para ello, sería necesario que la Constitución declarara que toda la tierra es propiedad del Estado y no de organismos colectivos o de individuos. Estos últimos sólo pueden tener el derecho a utilizar la tierra. Por ejemplo, la Constitución soviética de 1918 afirmaba: *"Para llevar a cabo la socialización del suelo, toda la propiedad privada de la tierra queda abolida, y toda la tierra se declara propiedad nacional"*.

2. El proyecto afirma que *"el Estado protege el derecho de los ciudadanos a contar legalmente con ingresos, ahorros, casas y otras propiedades legales"* y protege asimismo *"el derecho a heredar bienes privados"*.

En el transcurso de los últimos años, antiguos capitalistas han empezado de nuevo a recibir compensaciones de intereses por las ganancias obtenidas mediante la explotación, y propietarios de inmuebles han reobtenido el derecho de propiedad y el derecho a percibir legalmente un alquiler. La Constitución se compromete ahora a asegurar la protección de este sacrosanto principio de la propiedad privada. Esto hará que se incrementen las diferenciaciones sociales. La ávida búsqueda de la acumulación de propiedad privada individual se verá fuertemente estimulada. La práctica del PCCH, que en los últimos años estaba destinada a fomentar el enriquecimiento de los hogares sin imponer las restricciones necesarias, ha comportado un crecimiento notable del número de campesinos ricos. Estos últimos se ven ahora protegidos por el proyecto de Constitución.

3. Permite a las *"empresas extranjeras, a otros organismos económicos extranjeros o a personas particulares extranjeras, invertir en China o emprender distintas formas de cooperación económica con las empresas chinas u otros organismos económicos"*. Esto no es mas que una bofetada al apartado del preámbulo que afirma que *"ha sido abolido el sistema de explotación del hombre por el hombre"*, pues permite abrir una brecha para facilitar la entrada del capital extranjero en China, y esto abre la vía de la reintroducción de un sistema de explotación. De hecho, esta apertura ha traido más males que bienes. En 1979-81 sólo se autorizó a entrar en China a 200 millones de dólares de capitales, pertenecientes a extranjeros; esta cifra es muy baja si se compara con las sumas derrochadas todos los años por la gestión burocrática y la corrupción. Pero aquí, China hace importantes concesiones políticas y económicas.

4. El proyecto estipula que *"las unidades de la economía colectiva practican una gestión democrática, como prevé la ley; el personal dirigente debe ser elegido y revocable, y las decisiones en torno a los grandes problemas de la empresa deben ser tomadas por el conjunto de los trabajadores y empleados"*. Pero los obreros y empleados de las empresas estatales no tienen el mismo derecho, sólo pueden, *"de conformidad con la ley, participar en la dirección de sus empresas respectivas a través de la Asamblea de obreros, empleados y otros canales"*. El objetivo consiste en restringir los derechos de los trabajadores del sector estatal. Cuando impone estas restricciciones a los trabajadores, el proyecto autoriza a las empresas estatales a *"ejercer el poder de decisión al nivel de dirección, dentro de los límites especificados por la ley"*. Lo que significa de hecho otorgar un poder "autónomo" a los cuadros dirigentes de estas empresas (pero no a los trabajadores). Por consiguiente, no hace sino reafirmar el papel de los burócratas en la administración de las empresas.

En lo que se refiere a las minorías nacionales, sólo se les concede la "autonomía", y no la autodeterminacion. Los principios fundamentales afirman que son una "parte inalienable" de China, negándoles así el derecho a la separación, cosa que es contraria a la posición de principio de Lenin en torno a la cuestión de las minorías. La Constitución de la URSS, adoptada en enero de 1924, afirmaba sin equívocos el derecho a la soberanía, incluido "el derecho a retirarse de la Unión", a todas las repúblicas que la componían.

Los derechos de los ciudadanos

El nuevo proyecto de Constitución sitúa el capítulo "Los derechos fundamentales de los ciudadanos" delante del capítulo "Estructura del Estado", mientras que en la antigua Constitución venía después. Al mismo tiempo, el número de artículos relativos a estos derechos ha pasado de 12 en la Constitución del 5 de marzo de 1978 (4 en la de 1975) a 15. Los propagandistas del PCCH insisten en la importancia que da así el proyecto a los derechos de los ciudadanos, cosa que por supuesto es ridícula: un aumento del número de artículos es realmente fútil si estos no son sino proclamaciones huecas y están sometidos en realidad a la arbitrariedad de quienes detentan el poder (cosa que sucede desde agosto-octubre de 1954). Además, cuando se lee el texto se constata que estos artículos son peores que los de las tres Constituciones anteriores:

• En primer lugar, la esencia de este nuevo proyecto está de hecho en una nueva restricción de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Subraya que *"los derechos de los ciudadanos son inseparables de sus deberes. Todo ciudadano goza de los derechos prescritos por la Constitución y la ley, y al mismo tiempo tiene el deber de someterse a la Constitución y a la ley; en el transcurso del ejercicio de sus libertades y de sus derechos, los ciudadanos no deben atentar contra los intereses del Estado, de la sociedad o de la colectividad, ni contra las libertades ni derechos legales de los demás ciudadanos; los ciudadanos deben observar la disciplina en el trabajo y respetar el orden público..."* Estos artículos se han añadido con el fin de poder ser utilizados "legalmente" para negar las libertades y los derechos fundamentales de que deberían gozar los ciudadanos, para que los que detentan el poder puedan decidir arbitrariamente que los ciudadanos "atentan contra los intereses del Estado" o no cumplen con sus "deberes", liquidando así los derechos que pueden ejercer los ciudadanos con arreglo a la Constitución.



• En segundo lugar, el derecho de huelga, que estaba inscrito en las dos Constituciones anteriores, queda suprimido en el nuevo proyecto: el artículo según el cual los *"ciudadanos tienen el derecho de expresarse libremente, de dar a conocer sus opiniones, de organizar grandes debates y escribir murales"* también ha sido suprimido finalmente. Peng Zhen, vicepresidente del Comité para la revisión de la Constitución, ni siquiera mencionó esta supresión cuando explicó ampliamente el "proyecto" ante la Comisión ad hoc de la Asamblea popular nacional.

Hu Sheng, secretario general adjunto de dicho Comité, sólo pudo dar una respuesta simplista y falaz en una conferencia de prensa en la que muchos periodistas preguntaron por las razones de esta supresión. En aquella ocasión declaró que *"la experiencia de los últimos años ha demostrado que ir a la huelga no sólo es nocivo para el Estado, sino también para los intereses de los obreros* (...). *Los trabajadores pueden utilizar medios distintos a la huelga para expresar sus reivindicaciones y alcanzar sus objetivos"*. Si pueden establecerse estos "medios", los dirigentes reaccionarios de los países capitalistas podrán utilizarlos también para privar a los obreros de los derechos de huelga. Así, en un pretendido país "socialista", bajo la "dirección del proletariado", la Constitución suprime el derecho de huelga.

¿Acaso hay aquí una diferencia fundamental con la acción del Partido Obrero Unificado polaco, que ilegaliza mediante un golpe militar el sindicato que agrupa a la mayoría de trabajadores polacos? Los obreros deben tener el derecho a recurrir a la huelga cuando piensan que la huelga es el mejor instrumento para obtener satisfación. Las huelgas obreras sólo son nocivas para los burócratas en el poder, y la objeción manifestada por el PCCH con respecto a las huelgas muestra muy bien su oposición a los intereses de los trabajadores. Poco después, el Consejo de asuntos de Estado (Gobierno) promulgó una "orden sobre las recompensas y los castigos para los trabajadores de las empresas", que estipula que los obreros que "rompen la disciplina del trabajo" serán gravemente castigados.

Finalmente, la primera Constitución china de agosto-octubre de 1954 afirmaba que el Estado debía prestar los medios materiales para "garantizar el ejercicio de sus derechos por los ciudadanos", al margen de cuál haya sido la práctica real posteriormente. El nuevo proyecto ni siquiera habla de ello. Además, la dirección del PCCH reprime a los ciudadanos que luchan por ejercer sus derechos constitucionales, tachándoles de "ilegales" y "contrarrevolucionarios", deteniéndolos ilegalmente, como sucedió en 1981 con el movimiento democrático.

Sin la libertad de expresión efectiva, de prensa, de reunión, de asociación —y de formar partidos—, de manifestación y de huelga, las pretendidas elecciones democráticas seguirán siendo puramente formales y sólo servirán para reforzar al partido en el poder. Así, en estas condiciones antidemocráticas, los artículos que afirman que *"los organismos a través de los cuales el pueblo ejerce el poder estatal son la Asamblea Popular Nacional y las asambleas locales a los distintos niveles"*, o que estas asambleas son *"elegidas democráticamente, son responsables ante el pueblo y están sometidas a su control"*, también son igualmente formales.

Una revisión de dos propuestas de Mao Zedong

Mientras no se garantizan los derechos de los ciudadanos y del pueblo, siguen concentrándose y reforzándose los poderes individuales de los dirigentes. La reinstauración del cargo de presidente de la República es un indicio de esta tendencia. Mao Zedong había decidido autocráticamente suprimir este cargo, como consecuencia de lo cual Liu Shaoqi, presidente de la RPCCH desde el 27 de abril de 1959, ni siquiera pudo poner a salvo a su propia persona y murió bajo la tortura, probablemente en 1974. Hasta aquí, las Constituciones chinas no han sido sino simples ornamentos de la dictadura del partido único (y en particular de la dictadura individual de Mao Zedong). Pero la reinstauración actual del cargo de presidente de la República no viene acompañada de medidas que aseguren una separación efectiva entre el Partido y el Estado, o la subordinación del poder del Partido al

del pueblo y de la Constitución.

El proyecto afirma que el presidente representa al país en los asuntos tanto nacionales como internacionales. Esto le otorga prácticamente el poder imperial de proclamar: "el Estado soy yo". El proyecto no estipula que no se puede acumular las funciones de presidente de la República y de presidente de la Comisión militar central. Si un individuo ocupa estos dos cargos al mismo tiempo, y es además un importante dirigente del Partido, concentrará un poder enorme. Máxime cuando, según el proyecto, es el presidente el que nombra al primer ministro. Todo esto es contrario a los compromisos del PCCH de combatir la concentración de poderes. Asimismo, el paso de 35 a 45 años de la edad necesaria para ser candidato al cargo de presidente y vicepresidente de la República está en contradicción con los esfuerzos pregonados por el PCCH de cara a promover a los jóvenes dirigentes. Y si el proyecto afirma que "no servirán durante más de dos mandatos consecutivos", esto no impide que haya una reelección después de cierto periodo.

El nuevo texto abole las comunas populares, que eran las unidades de base del poder popular. Restaura los congresos populares y los gobiernos populares en las ciudades. El sistema de comunas populares, que integraba la administración gubernamental y la dirección económica, había sido establecido por Mao Zedong en 1958. Situaba a las comunas bajo una dirección superior. Todas las cuestiones relativas a la producción y distribución eran objeto de órdenes arbitrarias desde arriba, y la mano de obra, los recursos materiales y financieros podían ser confiscados sin compensación alguna. Por otro lado, los gastos para la educación y la sanidad etc., que deberían correr a cargo del Estado, fueron soportados por las comunas. Todo esto privó a los miembros de las comunas de toda autonomía, aumentando sus cargas y minando su entusiasmo por la producción. Los cuadros dirigentes de las comunas, en tanto que asalariados del aparato de Estado y representantes del régimen burocrático, eran responsables ante sus superiores y no se veían afectados en absoluto por el nivel de producción de la comuna.

Para poner fin al estancamiento de la producción agraria, el PCCH se ha visto obligado, en los últimos años, a hacer enormes concesiones a los campesinos. La abolición de las comunas es bien aceptada, pues reduce en cierto modo la intervención arbitraria de los cuadros del Estado en la vida de los campesinos y en la producción agraria.

En general, las constituciones protegen el estatuto y los intereses del grupo dirigente. Aunque algunos artículos inscritos en la Constitución son concesiones que se ven obligados a hacer los dirigentes a los trabajadores, el único medio que puede impedir que estos artículos se conviertan en papel mojado es la movilización de los trabajadores. Hoy en día, cuando China está elaborando una nueva Constitución, las amplias masas del país, en particular los elementos políticamente activos, deben dar a conocer su opinión y luchar por una Constitución democrática al servicio del pueblo trabajador. No deben permanecer pasivos y dejarse manipular.

Durante años, las masas chinas desplegaron contínuos esfuerzos por defender sus intereses y sus derechos, y han logrado efectivamente abrir brechas en el poder burocrático, y el nuevo proyecto constitucional refleja algunas de estas brechas. La creciente movilización de masas debe ampliarse. La tendencia general de la historia no debe verse bloqueada por la voluntad de los burócratas. □



Revolución política y contrarrevolución en Polonia

Resolución
del Comité Ejecutivo
de la IV Internacional

27.5.1982

I. El ascenso de la revolución política

1 Entre todas las revoluciones políticas en las que los trabajadores se han alzado contra el poder totalitario de la burocracia de los Estados obreros burocratizados, la revolución polaca de agosto de 1980 a diciembre de 1981 es sin ninguna duda la más avanzada. Aunque es incorrecto considerar que hay una progresión lineal de cada uno de los ascensos revolucionarios en los Estados obreros, ello no quita que dicha revolución señala claramente su curso ascendente, su tendencia a plantear en la práctica la cuestión del derrocamiento del poder de la burocracia.

En ninguno de los casos anteriores, salvo quizás en Hungría en 1956, los trabajadores se habían propuesto tomar en sus manos el poder económico y político directo. Jamás había habido discusiones tan amplias sobre la táctica, ni una elaboración tan extensa de los medios que permiten aproximarse conscientemente a este objetivo, como ha sucedido ahora en el caso de Polonia.

Es cierto que este grado de madurez sólo se alcanzó durante los últimos meses, o incluso, durante las últimas semanas. La dirección nacional de Solidaridad no logró adoptar una estrategia con miras a la conquista del poder por los trabajadores, ni siquiera en las horas anteriores a la proclamación del Estado de guerra. Sin embargo, los trabajadores y la dirección del movimiento de masas reconocieron abiertamente que estaba planteada la cuestión del poder e iniciaron el debate para saber cómo resolverla.

Este un rasgo distintivo de la revolución polaca, que constituye un acontecimiento de importancia histórica y expresa un salto cualitativo en el desarrollo de las revoluciones políticas en su conjunto. El movimiento de masas polaco y su principal organización –el sindicato autogestionado independiente Solidaridad– han ido mucho más allá de las adquisiciones más avanzadas de los movimientos de masas dirigidos por los comités de huelga en Alemania Oriental en 1953, por los Consejos Obreros de Hungría y Polonia en 1956, o de Checoslovaquia en 1968-69.

La revolución antiburocrática polaca de 1980-81 se desarrolló en un país caracterizado por un conjunto de rasgos, algunos de los cuales son específicos y cuya influencia en el propio curso de la revolución es inne-



gable:

a) El alto grado de desarrollo industrial y la formación correspondiente de una clase obrera cuyo papel determinante y cuya fuerza social se apoyan en la existencia de numerosas zonas de alta concentración (algunas empresas agrupan a varias decenas de miles de obreros). El desplazamiento masivo de trabajadores rurales a la industria, sin embargo, no ha hecho que la clase obrera permanezca en un eterno estado de "adolescencia" política, contrariamente a lo que podría haber esperado la burocracia, que fomentó dicho proceso, con la esperanza de que ello permitiría neutralizar esta fuerza social. Al contrario, no fue la clase obrera la que se diluyó en un medio social extraño. Fue la sociedad la que no dejó de proletarizarse, cavando así la tumba del poder burocrático.

b) La tradición y la experiencia de la clase obrera polaca en sus levantamientos contra el poder burocrático, las explosiones de protesta obrera de junio de 1956 (Poznan), de diciembre de 1970 (Gdansk y Szczecin) y de junio de 1976 (Radom y la fábrica Ursus en Varsovia) hicieron que los trabajadores polacos:

•perdieran toda confianza en la capacidad del poder burocrático o de cualquier fracción de la burocracia para defender los intereses y materializar las aspiraciones de la clase obrera. El mito del "hombre providencial", encarnado en el pasado por Wladislaw Gomulka (1956-1870), y después por Edward Gierek (1970-1980) dejó de existir,

•se convencieran, a partir de su propia experiencia, de que un movimiento espontáneo es limitado y que es necesaria la autoorganización,

•pasarán a una forma de lucha nueva: la huelga de masas con ocupación.

La experiencia de los movimientos autogestionarios de los trabajadores, de 1944-45 y de 1956-57, había dado lugar a una tradición de lucha por el control obrero sobre la producción y la gestión obrera de las empresas, lo que permitió que la revolución política, en 1981, encontrara más facilmente el camino hacia el poder de los trabajadores, tanto en las empresas como en el Estado.

c) La debilidad relativa del poder de la burocracia, que no sólo tenía que hacer frente a una clase obrera poderosa y experimentada, sino que tampoco supo imponer totalmente su hegemonía a la sociedad en su conjunto. Polonia es un país donde la colectivización forzosa no ha logrado someter al campesinado al poder burocrático. El sector principal de la agricultura sigue siendo la economía familiar campesina, lo que confiere un margen de maniobra considerable a los trabajadores agrícolas independientes y facilita la resistencia al Estado. Además, la fuerza y la influencia de la Iglesia católica han opuesto contínuamente una resistencia con la que la burocracia se vió obligada a buscar un compromiso en el marco de un equilibrio inestable, pero duradero. Esta posición de la Iglesia católica, que expresaba también los intereses del campesinado, favoreció la existencia de una pluralidad de concepciones del mundo, así como el desarrollo de un pensamiento más o menos crítico e independiente en amplios sectores de la sociedad. Sin embargo, si esta brecha en el control monolítico sobre la sociedad favoreció el renacimiento de un movimiento de masas autónomo, el papel fundamentalmente conservador de la jerarquía católica influyó en el sentido de frenar el proceso revolucionario.

d) Una asociación cada vez más estrecha de la burocracia con determinadas fuerzas capitalistas. En los años 70, la economía polaca pasó a depender mucho más de los países imperialistas, tanto desde el punto de vista financiero como tecnológico, lo que hizo que ciertos sectores de la burocracia establecieran lazos con el capital monopolista extranjero, dejándose corromper por él.

Además, algunos sectores de la burocracia tejieron en Polonia lazos con determinados sectores de la media burguesía que había acumulado importantes capitales comerciales gracias a la especulación.

La burocracia favoreció también el desarrollo de un sector capitalista en la agricultura, con el que ha establecido lazos estrechos. Se aseguró el derecho de herencia legal de algunos de sus privilegios (en 1972 se instauró una garantía de recursos y derechos de jubilación transferibles hasta la tercera generación para las "personas que cumplen tareas de dirección en el Partido y en el Estado"). Más que nunca se sometió a los valores de la cultura burguesa.

e) Una crisis económica cuya gravedad no tiene precedentes en la historia de los Estados obreros burocratizados. Se trata de una crisis del sistema de gestión burocrática de la economía, que dejó de ser un freno relativo para convertirse durante varios años en un freno absoluto del desarrollo de las fuerzas productivas. Por un lado, el carácter social de la producción no deja de aumentar, y el Estado es propietario de inmensos medios de producción y del sobreproducto social, y que lo utiliza en función de sus propios intereses. Tras un período de crecimiento desenfrenado a comienzos de los años 70, estas contradicciones se han hecho explosivas. Para salvar al país de la crisis, había que dar una solución radical a la cuestión de la gestión económica, y por tanto a la cuestión del poder.

f) La existencia de grupos de oposición, cuya actividad en el seno de la clase obrera se había visto la burocracia obligada a tolerar parcialmente tras las revueltas de 1976. Además del Comité de Autodefensa Social, el KOR, que será el grupo más conocido, hay que mencionar el papel desempeñado por periódicos obreros clandestinos como *Robotnik, El Obrero del Báltico,* etc.

2 La revolución polaca se caracterizó y distinguió cualitativamente de las anteriores revoluciones políticas incipientes en Europa del Este, por los siguientes rasgos:

•Era un movimiento de masas de dimensiones colosales. Cerca de dos millones de trabajadores participaron directamente en el movimiento huelguístico de julio-agosto de 1980. Más de diez millones de trabajadores —es decir, un tercio de la población total de Polonia— participaron activamente, en marzo de 1981, en los preparativos de la huelga general desconvocada en último momento. Además, el movimiento huelguístico en la universidad agrupó a la inmensa mayoría de la juventud estudiantil en otoño de 1981. También en el seno del campesinado se desarrollaron unas movilizaciones de masas significativas, aunque revistieran menor importancia y se vieran dispersas en el tiempo y en el espacio.

•Más allá de las fluctuaciones inevitables, la oleada revolucionaria fue de larga duración. Tan sólo al cabo de 18 meses de revolución, el poder burocrático decidió recurrir a la fuerza, con el golpe militar contrarrevolucionario.

El 13 de diciembre de 1981, la revolución no estaba derrotada y no se encontraba en fase de reflujo. Desde hacía algunas semanas, el movimiento de masas había entrado en una nueva fase ascendente de radicalización, y el país entero en una crisis política directamente revolucionaria. Los primeros días después del golpe mostraron que el potencial revolucionario del movimiento de masas estaba muy lejos de haberse agotado. La resistencia obrera a la dictadura militar adquirió las dimensiones de una huelga casi general, pese al desmantelamiento de las estructuras organizativas y de dirección de Solidaridad tras una amplia operación represiva. En numerosas fábricas, y particularmente en las minas, la policía y el ejército tuvieron que recurrir a la violencia para romper la huelga.

La composición del movimiento de masas fue ante todo obrera. La clase obrera no sólo constituyó la principal fuerza motriz de la revolución polaca, sino que también fue su fuerza dirigente. Es un hecho indiscutible y reconocido por todos los demás sectores que participaban en la revolución: los estudiantes en rebeldía, los intelectuales demócratas, la pequeña burguesía urbana y los sectores activos del campesinado. Las

zonas de alta concentración industrial constituyeron el centro del movimiento de masas, y las grandes fábricas fueron las fortalezas de la revolución. Dieron el ejemplo en lo que se refiere a las formas de lucha, las reivindicaciones, las fuerzas organizativas y los ritmos de movilización de los trabajadores, imprimiendo por ello mismo un carácter incontestable obrero a la revolución en curso. Todos los sectores no obreros del movimiento sabían que su propio éxito en la lucha dependía totalmente del apoyo de las grandes fábricas.

•El movimiento de masas tuvo un carácter organizado, aunque se hubiera alimentado ampliamente de tendencias espontáneas. Son los trabajadores asalariados los que alcanzaron el grado de organización más alto: de un total de 13 millones, 9,4 millones eran miembros del sindicato Solidaridad. Los más organizados fueron los trabajadores productivos de la gran industria. En las demás capas sociales, el nivel de organización fue claramente inferior. Sólo una minoría del campesinado y de la juventud estudiantil se sindicalizaron, si bien los estudiantes mostraron su capacidad organizativa en determinadas ocasiones, como durante las huelgas con ocupación de las universidades.

•El movimiento de masas fue independiente de la burocracia, tanto del aparato de Estado como del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), y defendió esta independencia de forma intransigente. Como muestra, la determinación con la cual Solidaridad se opuso al intento de la burocracia de utilizar el poder judicial para intervenir en la cuestión de sus Estatutos. El alto nivel de autonomía de la clase obrera se puso ya de manifiesto en la huelga de agosto de 1980. En lugar de salir masivamente de sus fábricas para reunirse en torno a los locales de los Comités Provinciales del POUP, como lo habían hecho en anteriores ocasiones, los obreros se atrincheraron en las fábricas que ocupaban, obligando así a los representantes del poder burocrático a acudir a negociar en su propio terreno. Esta autonomía se vió confirmada posteriormente al crear la organización del sindicato indepeniente —la primera y más importante reivindicación de los trabajadores.

Es cierto que durante muchos meses hubo ilusiones en el movimiento de masas y en Solidaridad en torno a la posibilidad de negociar con la burocracia, de llegar a un compromiso más o menos duradero, basado en el reconocimiento de una serie de conquistas democráticas de la clase obrera y de la sociedad en su conjunto. Es cierto que hubo ilusiones en torno a la buena voluntad de determinadas fracciones o personalidades de la burocracia. Pero los trabajadores rechazaron cualquier subordinación a este u otro sector del aparato burocrático, negándose asímismo a concederle la mínima legitimación.

3 En el transcurso del ascenso revolucionario aparecieron diversas formas de lucha y de organización que acercaban a los trabajadores a la conquista del poder. La primera de ellas fue el movimiento por la autogestión obrera, que se concretó en la formación de Consejos Obreros en las empresas, con una tendencia a la centralización progresiva a escala regional y posteriormente a escala nacional. La experiencia de control de Solidaridad sobre la distribución y el sistema de racionamiento de los productos de primera necesidad, contribuyó significativamente al desarrollo del control de los trabajadores sobre la economía, si bien quedó limitada a una única región. La puesta en tela de juicio del poder burocrático se vió reforzada por las formas incipientes de autogestión territorial de los ciudadanos, que coincidieron con la reivindicación avanzada por el movimiento de masas de convocatoria de elecciones libres a la Dieta (Parlamento), como en los Consejos Provinciales y Municipales.





Durante los días anteriores al 13 de diciembre, todas estas movilizaciones tendían a articularse con los preparativos de la huelga activa. De este modo, los trabajadores pretendieron tomar el poder de la burocracia, en primer lugar su poder económico.

II. ¿Por qué venció la contrarrevolución?

4 La respuesta de la burocracia frente al ascenso del movimiento de masas y la radicalización política de los trabajadores fue el golpe del 13 de diciembre. La contrarrevolución política desencadenada ese día debía permitirle a la burocracia recuperar el poder que se le escapaba y preservar sus privilegios de casta parásita. El recurso al ejército y al establecimiento de una Junta Militar —hecho sin precedentes en los llamados países "socialistas"—, expresó tanto el grado de parálisis del aparato administrativo central como la profundidad de la crisis del POUP. Sacudido por violentas luchas intestinas entre fracciones rivales, desangrado tras el abandono de dos millones de miembros, y particularmente de obreros, el partido, en efecto, era incapaz de desempeñar su "papel dirigente".

Tan sólo los aparatos represivos —la policía y el ejército— eran capaces aún de restablecer el orden burocrático. Esto es lo que explica el recurso a los tanques y a las bayonetas. Las detenciones y los internamientos por millares, la prohibición de viajar por el país, la interrupción de las redes de comunicación, el toque de queda, los despidos masivos y las medidas de intimidación de toda clase fueron otros tantos elementos indispensables para decapitar al sindicato e imponer el silencio a un movimiento social de 10 millones de miembros.

La pérdida de los derechos democráticos y sindicales que había arrancado la clase obrera a la burocracia, tras una lucha encarnizada de 18 meses, es un índice de la amplitud de la derrota del proletariado polaco. De la noche a la mañana, éste se vio privado del derecho de huelga. La prolongación brutal de la jornada de trabajo, la militarización de las empresas clave de la producción, la suspensión del sindicato Solidaridad —y después, de los de los estudiantes y campesinos—, así como la supresión de toda libertad de expresión, mostraron claramente la determinación de la casta en el poder a ir hasta el final en su voluntad de aplastar al movimiento de masas.

La abolición del derecho de los trabajado-



res a organizarse libremente en el sindicato que quieran —conquista que representaba sin duda alguna uno de los avances políticos más importantes en comparación con los ascensos revolucionarios anteriores en Hungría, Checoslovaquia y la propia Polonia— interrumpió el desarrollo de una situación de doble poder. De este modo, detuvo brutalmente un proceso revolucionario en cuyo transcurso la clase obrera había mostrado su capacidad para asumir la dirección de sus propios asuntos.

En este sentido, no hay que subestimar la gravedad del golpe que sufrió la revolución polaca el 13 de diciembre, cuando el carácter revolucionario de la situación desarrollada durante los últimos meses ya no daba lugar a dudas. Se trata claramente de un inicio de contrarrevolución política —una contrarrevolución cuyo objetivo estriba en aplastar al movimiento cuando aún hay tiempo desde el punto de vista de la burocracia.

5 Los acuerdos de Gdansk del 31 de agosto de 1980, que concedían a los trabajadores el derecho a construir su propia organización de masas indepen diente, fueron una grandiosa victoria para los trabajadores polacos. Pero esta victoria era al mismo tiempo un compromiso, porque el poder de la burocracia, aunque debilitado, no había sido derribado. Y los burócratas impusieron que su monopolio de poder se viera reconocido formalmente mediante una cláusula de los acuerdos, según la cual el futuro sindicato reconocía el "papel dirigente del partido en el Estado".

De todas maneras, este reconocimiento formal no podía garantizarle por sí mismo a la burocracia la salvaguarda de su dominación, en un momento en que ésta se mostraba incapaz de satisfacer las necesidades sociales planteadas por la clase obrera y ni siquiera lograba mantener la producción en su nivel anterior. Muy pronto, los trabajadores exigieron el cese de los burócratas incapaces, amenazando a todos los demás con el fantasma del "paro", es decir, la pérdida de sus status y de sus privilegios.

Por lo demás, la combinación de la extensión del movimiento reivindicativo a todas las capas de la sociedad con la multiplicación de los conflictos en las empresas, tanto en torno a cuestiones económicas como sociales, y la generalización de los Consejos de Trabajadores que empezaban a coordinarse a nivel regional y después nacional, tendía a hacer converger las luchas surgidas hacia un enfrentamiento central con el Estado. Entre el poder socavado de la burocracia y el poder naciente de los trabajadores se inició así una lucha a muerte. El choque era inevitable.

6 Lejos de abrir un periodo de estabilidad y de coexistencia pacífica, los acuerdos de Gdansk, por el contrario, dieron lugar a una proliferación de conflictos parciales y locales. El ala moderada del sindicato, apoyada por una mayoría de expertos y fuertemente respaldada por la jerarquía católica, trató de canalizar al movimiento para evitar el choque. Durante los primeros meses ejerció una influencia innegable en el seno de Solidaridad. Pero en una sociedad basada en la nacionalización de los principales medios de producción, toda cuestión económica adquiere inmediatamente una dimensión política. Toda reivindicación inmediata plantea problemas derivados de la reorganización de la producción, de la revisión del plan, de la reforma económica, etc. La pregunta planteada es: "¿Quién dirige la economía, y en nombre de qué intereses? ¿Quién ejerce el poder? ¿La clase obrera o la burocracia?".

Dada la evidente imposibilidad de reducir la actividad del sindicato al terreno de las reivindicaciones materiales, las corrientes moderadas elaboraron la estrategia de la "autolimitación" de la revolución. Según sus partidarios, era posible obtener una serie de concesiones de la burocracia política avanzando paso a paso, pero sin rebasar jamás determinados límites, y sobre todo sin poner en tela de juicio "el contexto geopolítico" en que se encontraba el país, para evitar una intervención militar de la Unión Soviética.

Según ellos, el principal peligro de choque provenía de la burocracia soviética y no de la burocracia polaca, dividida y debilitada. Si se garantizaban los intereses de la URSS, tolerando en Polonia la apariencia de un poder burocrático carente de todo contenido, se evitaría el choque. Esto equivalía a subestimar al adversario y la determinación feroz de la burocracia polaca a defender sus *propios* intereses.

Esto se vio de forma particularmente clara durante las negociaciones sobre el "acuerdo nacional", presentado como un objetivo en sí mismo por los defensores de la autolimitación. Puesto que ya no tenía nada que ceder a cambio de un nuevo compromiso, la burocracia exigió nada menos que la subordinación total de Solidaridad a un organismos que ella controlaría totalmente. El hecho de que estuviera decidida a mantener sus privilegios por todos los medios se observó claramente con el golpe del 13 de diciembre, que sorprendió y desconcertó a los mismos que esperaban que la intervención militar procedería de los soviéticos.

Además de la esperanza de evitar el choque, en Solidaridad se había extendido otra ilusión. Se basaba en la propia historia de aquellos 18 meses de lucha, durante los cuales el Sindicato había encontrado siempre la manera de arrancar nuevas conquistas a la burocracia, más allá de las vacilaciones que hubiera podido haber en un momento u otro. Así, muchos militanes pensaban que el movimiento podría alimentarse hasta el infinito de sus propias victorias, que el apoyo del que gozaba por parte de la inmensa mayoría de la población y su fuerza —diez millones de trabajadores dispuestos a la huelga general para defender el sindicato— serían suficientes para hacer retroceder al poder.

7 Estas ilusiones hicieron que el movimiento no se preparara para el choque. Es cierto que las corrientes revolucionarias favorables al desarrollo del control sobre la producción y sobre la distribución, que defendían la idea de la huelga activa y estaban convencidas de la importancia de coordinar la actividad de los consejos obreros, percibían claramente la necesidad de crear una relación de fuerzas más favorable para permitir realizar nuevos avances. Pero no tuvieron tiempo para estructurarse a nivel nacional y carecían de portavoces en el seno de la dirección nacional de Solidaridad, elegida en el I Congreso Nacional de Delegados.

Esto explica que durante las semanas decisivas del otoño de 1981, Solidaridad no tuviera ninguna visión coherente del objetivo perseguido y de los medios a utilizar. A falta de una apreciación correcta del enemigo al que hacía frente, la dirección del sindicato no supo formular a tiempo una estrategia alternativa a la de la autolimitación. Las votaciones de la Comisión Nacional (KK), a menudo contradictorias, eran inaplicables.

Colocada ante la cuestión del poder, y frente a una base cada vez más radical, la dirección vacilaba, titubeaba. La última reunión de la Comisión nacional, en vísperas del golpe, refleja muy bien las contradicciones que se expresaban en su seno. Frente a los planteamientos programáticos que expresaban un punto de vista revolucionario, formulados por los dirigentes de Lodz, Cracovia y Varsovia, se respondió con las vacilaciones de Lech Walesa o el proyecto de Jan Rulewski, que proponía la celebración de elecciones libres, sin tener en cuenta la necesidad de tomar la iniciativa en el enfrentamiento con la burocracia.

Esto le permitió al poder paralizar al movimiento de masas sin verse a su vez paralizado por la huelga general. En una revolución, al igual que en una contrarrevolución, el que toma la iniciativa se asegura una ventaja considerable. Puede utilizar su propia centralización contra la resistencia desencadenada por el adversario.



8 El fracaso del 13 de diciembre no era ineluctable. Por un lado, la burocracia sólo disponía de una tropa poco segura. La gran masa de soldados no estaba espontáneamente dispuesta a dejarse utilizar en una guerra civil, si bien tampoco estaba dispuesta a pasarse sin más del lado de los trabajadores.

Pero la confraternización de la tropa con los trabajadores debe prepararse con mucha antelación, mediante la acción del movimiento obrero a favor de los soldados. Esto pasa por una lucha implacable por los derechos democráticos de los soldados, su derecho a organizarse de forma independiente con respecto a la jerarquía militar, por una defensa de las víctimas de la represión en el seno de la institución militar, por el desarrollo de lazos estrechos entre las estructuras sindicales y los cuarteles. Tareas que más allá de algunas raras excepciones, no fueron asumidas por las direcciones de Solidaridad, dadas las ilusiones que existían en torno al ejército polaco, concebido como un aliado natural frente al enemigo soviético.

Hay que subrayar, además, que para pasarse al lado de las masas, los soldados tienen que estar convencidos de que la lucha en curso no es una simple escaramuza, de que los trabajadores están decididos a ir hasta el final y a sustituir el poder establecido por el suyo propio. Una huelga nacional, con la reanudación de la producción bajo el control de los trabajadores, habría podido crear semejantes condiciones.

Si bien algunas direcciones regionales de Solidaridad y del movimiento por la autogestión habían empezado a elaborar planes de urgencia durante el último periodo, no pudieron llevar a cabo su trabajo antes del 13 de diciembre de 1981.

Este trabajo se vio frenado evidentemente por las reticencias, y a veces por la feroz oposición, de las corrientes moderadas de Solidaridad, frente a la táctica de la huelga activa, de la que pensaban, con razón, que planteaba la cuestión del poder. Sin embargo, Solidaridad era la única estructura nacional, y a menudo incluso regional, capaz de impulsar y dirigir la huelga activa en el otoño de 1981. Los consejos obreros no existían aún en todas las fábricas, donde sólo empezaban a construirse. Las coordinadoras regionales de consejos no existían en todo el país, y sólo empezaban a estructurarse. La federación nacional de organismos autogestionarios (KFS) no había adquirido aún toda su legitimidad a los ojos de las masas.

Cuando estaba claro que el impulso en este sentido no vendría de la dirección nacional, ciertas regiones decidieron emprender sin más demora los preparativos de la huelga activa (Lodz, Silesia, Varsovia, Stalowa Wola) pero no pudieron llevarlos a cabo, por falta de tiempo. A escala nacional, el debate sólo se inició en profundidad en el seno de la dirección de Solidaridad, pocas horas antes del golpe.

Por no haber comprendido lo que estaba en ciernes, particularmente con motivo de la evacuación por la fuerza de la escuela de alumnos bomberos, diez días antes del 13 de diciembre en Varsovia, la dirección de Solidaridad no llamó a la huelga general a la que estaban dispuestos los trabajadores, por lo menos en varias regiones, y que habría permitido al sindicato retomar la iniciativa.

III. Enseñanzas teóricas generales sobre la revolución política a partir de la experiencia polaca

9 El ascenso de la revolución política en Polonia, a partir del verano de 1980, y posteriormente el golpe contrarrevolucionario del 13 de diciembre de 1981, han arrojado una cruda luz sobre la naturaleza de la sociedad dominada por la dictadura burocrática, tal como existe actualmente en la URSS y en los demás Estados obreros burocratizados, en tanto que sociedad postcapitalista. Toda la dinámica revolucionaria, la naturaleza de los conflictos políticos, económicos, sociales, ideológicos, que han desgarrado la sociedad polaca, eran cualitativamente distintas de las que caracterizan el ascenso revolucionario de los trabajadores en un país capitalista. Lo que estaba en el centro de la lucha no era el derrocamiento del poder burgués y la abolición del monopolio de gestión de la propiedad nacionalizada y del Estado, que se había apropiado una burocracia privilegiada bajo la cobertura ideológica del "papel dirigente del Partido". La cuestión central planteada por las luchas sociales y políticas en Polonia en 1980-81 no era: "capitalismo o socialismo", sino; "poder de la burocracia o poder de los trabajadores".



Ni la naturaleza de la crisis económica, ni la de las soluciones propuestas por uno y otro lado, eran las de un capitalismo cualquiera, siquiera las de un hipotético "capitalismo de Estado". No había ninguna crisis de sobreproducción de mercancías. Había una crisis de subproducción de valores de uso. No hubo despidos masivos provocados por la falta de beneficios o por la quiebra de empresas. Había penuria de materias primas, de piezas de recambio, de bienes de consumo, con un excedente relativo de medios de pago.

Todo ello se deriva de una política económica destinada a satisfacer los intereses de una casta parásita profundamente dividida, y cuyas luchas intestinas en torno al control de las riquezas sociales se habían traducido en decisiones anárquicas, imprevisiones catastróficas, comportando una auténtica desintegración del plan y no dejando otra cosa que una caricatura de planificación central. Cada vez más, los trabajadores no sólo tendían a exigir la eliminación de las injusticias sociales derivadas de las normas de distribución burguesas, sino a imponer un control social para impedir que la burocracia utilizara dichas normas para reforzar sus privilegios y dividir a la clase obrera. En su mayoría por instinto, pero en muchos casos de forma consciente, habían comprendido que los problemas de distribución estaban directamente vinculados con la cuestión del poder, y en particular con los problemas de organización, de orientación y de control de la producción.

Pese a todas las presiones, procedentes tanto del régimen como de un ala tecnocrática en el seno del movimiento por la autogestión, los trabajadores opusieron un comportamiento de clase elemental a los cantos de sirena favorables a la competencia entre empresas y entre individuos como medio para resolver la crisis. Frente a la exaltación de los pretendidos valores de la



economía de mercado, plantearon la cooperación de los productores. Frente al proyecto de competencia entre empresas individuales, empezaron a oponer la cooperación de los consejos obreros de empresa a través de un plan elaborado y adoptado democráticamente.

La salvación la buscaron en la solidaridad, en la asunción por los propios trabajadores de la gestión y de la coordinación entre empresas, en la decisión colectiva de las prioridades relativas al empleo de los recursos, en la contestación de las inversiones económicas excesivas que a menudo provocaban la duplicidad en el empleo de recursos, en la rehabilitación de las inversiones sociales y en la lucha contra la desigualdad y la injusticia en el terreno de la distribuición.

Todos estos valores clave de una reorganización radical de la planificación, de sus objetivos, de sus métodos y de su marco organizativo, son de naturaleza claramente proletaria y socialista. Confirman que en caso de una victoria de la revolución política antiburocrática, las bases socioeconómicas del Estado obrero se verán consolidadas y no destruidas o siquiera debilitadas.

10 Asimismo, el ascenso de la revolución política en Polonia, como el inicio de la contrarrevolución el 13 de diciembre de 1981, han confirmado que la burocracia no es una clase como lo es la burguesía o lo era la nobleza feudal o la clase de los propietarios de esclavos. No es portadora de un modo de producción específico. No tiene raíces propias en el proceso de producción. Hoy como ayer, su dominación no contribuye a un desarrollo mayor de las fuerzas productivas. No ejerce ninguna función económica necesaria, ni siquiera en el terreno de la acumulación. Por todas estas razones, se ve obligada a negar su propia existencia; a ocultar sus funciones detrás de las del proletariado y de su vanguardia, a continuar reclamándose del marxismo al tiempo que lo pervierte y utiliza esta versión deformada para sus propios fines.

Pero cuando se encuentra en una situación de permanente conflicto abierto con 10 millones de trabajadores, salta a la vista el carácter absurdo de estas pretensiones. La clase obrera es capaz de cumplir en su lugar las funciones de gestión que había usurpado la burocracia. Lejos de asegurar con el ejercicio de sus funciones la reproducción del sistema socioeconómico existente, aún con sus propias contradicciones, socava sus fundamentose impide su expansión según su lógica interna. En ninguna de las revoluciones antiburocraticas anteriores apareció tan claramente a los ojos de las masas la naturaleza básicamente parásita de la burocracia como cuando se produjo el ascenso de la revolución política en Polonia.

Esto no sólo se expresó en las disputas encarnizadas en torno a la gestión de las empresas, en que se enfrentaron la burocracia y los trabajadores que aspiraban a la autogestión obrera. Esto se expresó de forma aún más clara en la adhesión de los trabajadores a los preparativos de la huelga activa. *"Las empresas trabajarán durante la huelga. La producción y los intercambios proseguirán. Unicamente el poder no tendrá ya nada que decir"*, advertía Stefan Bratkowski en una carta al Comité Central del POUP en octubre de 1981, describiendo así el estado de ánimo cada vez más generalizado entre los trabajadores. La comprensión del caracter superfluo de la burocracia, como capa dominante, y de la capacidad de los trabajadores para prescindir de ella en la gestión de la economía y del Estado: esto es lo que caracteriza dicho estado de ánimo.

El hecho de que la burocracia no sea una clase, sin embargo, no implica que carezca de recursos propios, y que se torne automáticamente impotente cuando el proletariado empieza a alzarse contra ella. El poder de la burocracia reside en el control que ejerce sobre la disposión, tanto de los medios de producción como del sobreproducto social, gracias a su monopolio exclusivo de poder sobre el aparato de Estado.

Además, la burocracia es consciente de sus intereses materiales colectivos. Se aferra a este poder con obstinación, léase con la energía del desespero, incluso frente a las peores adversidades temporales. Puede dar el cambio, retroceder temporalmente, hacer importantes concesiones, ceder incluso formalmente en cuestiones de principio, mientras continúe controlando los centros de poder y siga siendo capaz de preparar una respuesta represiva.

De ahí que sea ilusoria una autorreforma del poder burocrático en un sentido democrático. Igual de ilusorias son las propuestas de someter el poder burocrático a un control social u obligarlo a aceptar la participación de representantes democráticamente elegidos por los trabajadores en las tomas de decisión fundamentales para este poder.

Estas ideas, de las que el movimiento de masas de Solidaridad se apartó progresivamente gracias a su propia experiencia en el transcurso de los sucesivos enfrentamientos con la burocracia, subyacían a las estrategias de autolimitación y del acuerdo nacional concebido como un compromiso histórico, tan caras a numerosos expertos de la dirección de Solidaridad y, casi hasta el final, a las tendencias mayoritarias de la propia dirección del sindicato. Estas ideas, en revancha, eran extrañas a la burocracia, no tanto por razones ideológicas, sino porque no puede conservar su poder ni sus privilegios si no es en condiciones de atomización y pasividad política del proletariado. Y estas condiciones dejan de existir cuando se instaura una democracia obrera mínimamente efectiva.

11 En una sociedad de transición, en la que el poder totalitario es ejercido por la burocracia, la maquinaria represiva del Estado y sus distintos aparatos son parásitos en el cuerpo de la sociedad, generados por las contradicciones internas de la misma. La tarea política fundamental de la clase obrera en una revolución política antiburocrática consiste en destruir los aparatos de dominación. Los intereses de la clase obrera, del campesinado pobre y de todas las demás capas de la sociedad oprimidas por la burocracia coinciden en esta tarea. En una sociedad de transición sometida a la dictadura burocrática, todas estas capas se unen por el hecho de que la máquina burocrática y militar las oprime, las aplasta y se apropia de su trabajo excedente. *Romper* esta máquina, *destruirla*, éste es el interés inevitable del "pueblo", en su mayoría.

La burocracia no tiene profundas raíces en el sistema socio-económico, como las tiene la clase burguesa, pero es precisamente por esta razón por la que se aferra a los aparatos que aseguran tanto su existencia como su monopolio en el ejercicio del poder. Durante la revolución política, la burocracia se ve obligada a recurrir a la represión contra los trabajadores, de forma aún más brutal de lo normal, lo que la lleva a reforzar la maquinaria estatal.

Lo que Trotsky definió como tarea de la revolución política —*"el derrocamiento violento de la dominación política de una burocracia degenerada"*— se deriva del hecho de que *"esta crisis no tiene solución pacífica. Jamás se ha visto que el diablo se corte las garras por su propia voluntad. La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin combate; el país se encamina manifiestamente hacia una revolución. En presencia de una enérgica presión de las masas, y dada la diferenciación social de los funcionarios, la resistencia de los dirigentes puede ser mucho más débil de lo que parece. Sin duda, en este terreno sólo podemos efectuar conjeturas. Pero sea como fuere, la burocracia sólo podrá ser derribada por la vía revolucionaria, y esto tendrá lugar, como siempre, al precio de unos sacrificios que serán tanto menores cuanto más enérgica y decididamente se vaya hacia ese objetivo"*.

Por lo demás, la revolución política no pone en absoluto fin por sí misma al conjunto de problemas que surgen de la

transición del capitalismo al socialismo y de la necesidad del Estado obrero que de ahí se deriva. Tendrá que reconstruir unos aparatos de Estado de nuevo tipo, mucho más integrados en el proletariado y bajo su control, particularmente en el terreno militar, jurídico, administrativo, económico, etc. La revolución polaca está llena de enseñanzas útiles en este doble sentido.

En primer lugar, la primera victoria de los trabajadores polacos sobre la burocracia se tradujo en la destrucción de uno de los aparatos del poder burocrático. La conquista por los comités de huelga de agosto de 1980, del derecho de los trabajadores a organizarse en un sindicato independiente, se transforma posteriormente, con la aparición de Solidaridad, en un combate en el que el aparato sindical del Estado queda desmantelado y en gran parte destruido (aunque no completamente, dado que se mantuvo el poder burocrático). Así el poder de la burocracia no se ve puesto en tela de juicio como tal, la autoorganización de los trabajadores tiene como contrapartida la destrucción de uno de los aparatos que forman parte de la maquinaria estatal bajo el poder burocrático.

En el transcurso del desarrollo del movimiento por la reforma económica, basada en la autogestión obrera, otros aparatos de Estado —los que aseguraban el poder económico de la burocracia— se vieron sometidos a una presión que apuntaba a su destrucción. Asistimos a una lucha a menudo encarnizada por impedir el nombramiento de los directores de empresa a partir de la *nomenklatura* del POUP, para conseguir la disolución de las asociaciones obligatorias de empresas y de los ministerios de los distintos ramos. Para sustituir los aparatos burocráticos que aspiran a destruir, los trabajadores propusieron diversas soluciones, como el concurso público para el puesto de director, organizado por el consejo obrero de la empresa, la limitación del papel de las administraciones empresariales al de simples aparatos ejecutivos subordinados a los organismos de autogestión obrera, o también la formación de asociaciones voluntarias de empresas apoyadas en los consejos obreros.

En cambio, la debilidad fundamental de la revolución polaca se debe a que no concentró todas sus fuerzas en la perspectiva de la destrucción del aparato represivo del poder burocrático. Es cierto que Solidaridad exigió que una parte del aparato policial —ante todo los edificios— fuera devuelta a la sociedad y utilizada para satisfacer las necesidades de la mayoría. Apoyó la formación del sindicato independiente de los funcionarios civiles de la milicia. Y durante los días que precedieron al 13 de diciembre, sus sectores revolucionarios llamaron a la formación de guardias obreras. Pero no se organizó ninguna lucha, dentro y fuera del ejército, por suprimir el aparato burocrático de las fuerzas armadas. Y esta es precisamente la última tabla de salvación en la que se apoyaría la burocracia para lanzar la contrarrevolución política.

12 La revolución polaca es la primera revolución antiburocrática en cuyo transcurso el movimiento de masas ha logrado dar una solución al problema de la autoorganización de los trabajadores. En todas las revoluciones políticas anteriores, como la de Alemania del Este en 1953, la de Hungría en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968-69, la clase obrera se había dotado de organismos de combate y de doble poder —consejos obreros—, pero ninguna forma de autoorganización duradera. Ahí reside la superioridad de la experiencia de la revolución polaca.

Los comités de huelga interempresas de agosto de 1980 no se transformaron en consejos obreros, sino en comités constituyentes del sindicato. La inmensa mayoría de los trabajadores asalariados, organizados en la base en secciones sindicales de empresa, se unió a este sindicato. Solidaridad no se organizó según categorías profesionales o ramos de actividad económica, sino con arreglo a un principio territorial (las regiones). La estructura horizontal predominaba totalmente sobre la estructura vertical. Si bien también existían, las secciones por ramos sólo desempeñaron un papel muy limitado. Este tipo de organización aseguró la unidad de todos los trabajadores, al margen de la profesión que ejercían o del ramo a que pertenecían. La particularidad de Solidaridad como organización sindical consistió en que no agrupaba a federaciones y uniones. Las secciones de empresa se unían en una organización regional, y las organizaciones regionales en la organización nacional.

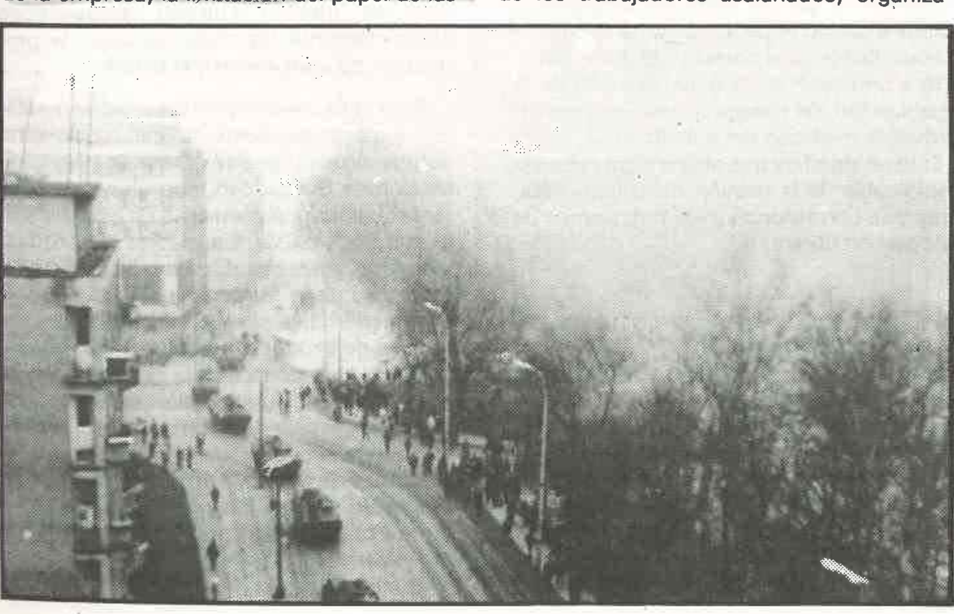
Otra particularidad de Solidaridad estriba en el hecho de que la democracia sindical presentaba rasgos parecidos a la democracia de los consejos. Gracias a ello, Solidaridad era una organización mayoritaria de los trabajadores cuyos organismos dirigentes tendían a desempeñar al mismo tiempo el papel de organismos de contrapoder.

No es casualidad que los trabajadores polacos se hayan organizado en el marco de un sindicato que asegurara la protección de sus derechos, de su dignidad y de sus intereses tanto materiales como espirituales frente al Estado, que por lo demás ellos llamaban Estado-patrón. Esto refleja la situación de los trabajadores en una sociedad de transición durante todo el periodo histórico en que subsisten el Estado, la burocracia, y los peligros de deformación burocrática que generan.

En la URSS y en los países de Europa oriental, la burocracia gestiona casi la totalidad del sobreproducto social, alimentando así sus propios privilegios. Es muy natural que los trabajadores se rebelen y organicen contra esta forma de explotación parásita. Su trabajo se reduce a ser tan sólo una fuente a menudo mediocre del salario necesario para procurarse los medios de subsistencia. Desde este punto de vista, el sindicato debe cubrir las tareas elementales de la lucha por mejorar las condiciones de trabajo y la remuneración de la fuerza de trabajo.

"El paso de las fábricas al Estado sólo ha cambiado la situación jurídica del obrero; de hecho, vive en estado de necesidad al tiempo que trabaja cierto número de horas para un salario determinado". A causa de ello, *"el trabajo asalariado no pierde, en el régimen soviético, su carácter envilecedor*







de esclavitud" escribe Trotsky. De una manera general, si bien en estos países ya no hay ninguna explotación en el sentido de explotación de clase, subsisten:

a) Una utilización de "formas de explotación" (Trotsky) para extorsionar el sobretrabajo y determinar su amplitud y utilización, sin ningún derecho de control o de veto por parte de los trabajadores. *"La diferencia de rentas,* escribe Trotsky en relación con la sociedad de transición bajo la dictadura burocrática, *viene determinada, no sólo por la diferencia del rendimiento individual, sino por la clara apropiación del trabajo de otro".* Estas formas de explotación sólo desaparecerán con un sistema generalizado de autogestión que permita a la clase obrera determinar por sí misma la amplitud y el destino de sus sacrificios;

b) Una explotación parásita en el sentido en que Marx utilizó este término, es decir, la apropiación por la burocracia parásita de una parte del sobreproducto social como fundamento de sus privilegios.

Además, es la burocracia la que decide el nivel de vida de los trabajadores en función de sus propios intereses específicos de casta, y a menudo atenta brutalmente contra las condiciones materiales de reproducción de la fuerza de trabajo. Por consiguiente, también es por esta razón por la que la fuerza de trabajo mantiene en parte un carácter de mercancía, y por la que los trabajadores necesitan un sindicato.

Al mismo tiempo, el estatuto de la fuerza de trabajo no se reduce ya al de una mercancía. Esta diferencia fundamental se traduce particularmente en un ritmo de trabajo distinto y en un cálculo distinto de los salarios de lo que impone un mercado de trabajo.

La defensa de los trabajadores en el marco de las nuevas relaciones de producción debe preservar y reforzar el hecho de que el trabajador tiene derecho a reivindicar el no ser ya un simple asalariado. Esta lógica debe traducirse también en el terreno sindical:

- luchando contra todo intento de reintroducir el derecho de despido económico: el cierre de una empresa no debe obedecer a ningún automatismo del mercado, sino a una decisión que incumbe a la unidad territorial correspondiente (municipio, región, nación) y a sus organismos de autogestión. Este cierre implica el reempleo simultáneo de todos los trabajadores, al menos al mismo nivel de cualificación que en el empleo anterior;
- planteando reivindicaciones relativas al derecho a disponer del conjunto del sobreproducto social. Evidentemente, en este terreno debe poder desarrollarse una pluralidad de opciones. Por consiguiente, las reivindicaciones "salariales" no deben separarse del resto. Esto refleja precisamente el hecho de que las funciones asumidas por la burocracia también pueden ser llevadas a cabo por los trabajadores.

Estos deben poder determinar, después de un debate público:

- la parte del sobretrabajo atribuida a los fondos de inversión productiva e improductiva y a los ramos prioritarios;
- la parte asignada a los fondos de consumo colectivo y a la extensión de los bienes y servicios distribuidos gratuitamente;
- la parte distribuible en forma de salarios, con criterios determinados a escala nacional.

También en este terreno, un debate público debe permitir unificar criterios (y modificarlos en función de la experiencia y del grado de desarrollo alcanzado), y combatir al mismo tiempo:

- los ingresos que dependen de los resultados del mercado, que agravan las desigualdades sobre una base que poca cosa tiene que ver con el esfuerzo de trabajo efectivamente realizado;
- los ingresos con arreglo a la pretendida "calidad" del trabajo, que son una forma oculta de apropiación de una parte del sobreproducto para alimentar privilegios sociales.

Además, el alcance fundamental de la revolución política antiburocrática no afecta a la esfera de la distribución sino a la de la producción. Romper el monopolio de poder de la burocracia sobre la economía no sólo implica arrebatarle el derecho a disponer del sobreproducto social, sino también a determinar su amplitud y sus límites. De ahí la necesidad de que un sindicato combativo y autogestionado implique durante todo este periodo histórico el derecho de dicho sindicato a participar en la determinación de la organización del trabajo (ritmos de trabajo, formas de medición del trabajo, etc.).

Esto no significa que el sindicato deba ser responsable de la gestión de la economía, tarea que corresponde a los organismos de autogestión obrera.

13 Una de las lecciones fundamentales de la revolución polaca es que la clase obrera puso en tela de juicio el concepto de propiedad social, tal como lo presenta la ideología del poder burocrático. Los trabajadores polacos rechazaron la identificación entre propiedad estatal y propiedad social. La consigna "que nos devuelvan nuestras fábricas", lanzada en el primer encuentro de delegados del movimiento autogestionario, el 8 de julio en Gdansk, expresa muy concretamente esta reacción, del mismo modo que la aparición del concepto de "empresa social", opuesta al concepto de empresa estatal, o la distinción entre propiedad jurídica y disposición social de los medios de producción.

Desde este punto de vista, los marxistas revolucionarios apoyan plenamente las aspiraciones de los trabajadores polacos en su lucha por la autogestión, y están de acuerdo con todos los que dicen: *"Reivindicamos una auténtica socialización de los medios de producción: esto es el socialismo".*

La transformación de los medios de producción expropiados a la burguesía en propiedad estatal es evidentemente un medio jurídico y formal de gran importancia para socializar los medios de producción. Pero del mismo modo que en el Estado obrero el poder puede ser ejercido por los trabajadores o estar en manos de la burocracia, el poder de disponer de los medios de producción puede estar en manos de la clase obrera o en las del aparato burocrático del Estado. Esto es lo que determina el contenido socioeconómico real de la propiedad.

La casta burocrática aprovecha los medios de producción estatalizados como si fuera ella su auténtica propietaria, pero no asume ninguna responsabilidaad sobre ellos. Esta doble característica de la burocracia justifica el sentimiento muy extendido en las sociedades de transición bajo dominación burocrática, de que la propiedad estatal no pertenece de hecho a nadie.

Los marxistas revolucionarios defienden la propiedad estatal en los Estados obreros frente a las tendencias internas o a las amenazas externas de restauración del régimen de propiedad privada sobre los medios de producción fundamentales. Pero al mismo tiempo están a favor de la transformación de la propiedad estatal en propiedad social. No cabe ninguna duda de que la socialización *íntegra* de los medios de producción sólo es posible cuando desaparecen completamente las clase sociales, la producción de mercancías y el Estado.

Pero la experiencia de la revolución polaca, y particularmente la del movimiento autogestionario que se desarrolló bajo la dirección de Solidaridad, contribuyen a aclarar la cuestión del momento en que se *inicia* la socialización de los medios de producción *fundamentales*. En sus críticas al poder totalitario de la burocracia, Trotsky señala claramente que la socialización de los medios de producción sólo empieza y sólo progresa cuando avanza la extinción del Estado, es decir, su absorción en una sociedad autogestionada. Afirma que la propiedad social no empieza donde termina la propiedad privada, sino donde termina la propiedad estatal. Este es el punto de vista que se ha extendido progresivamente en el movimiento de masas de Solidaridad.

Es cierto que la heterogeneidad de los

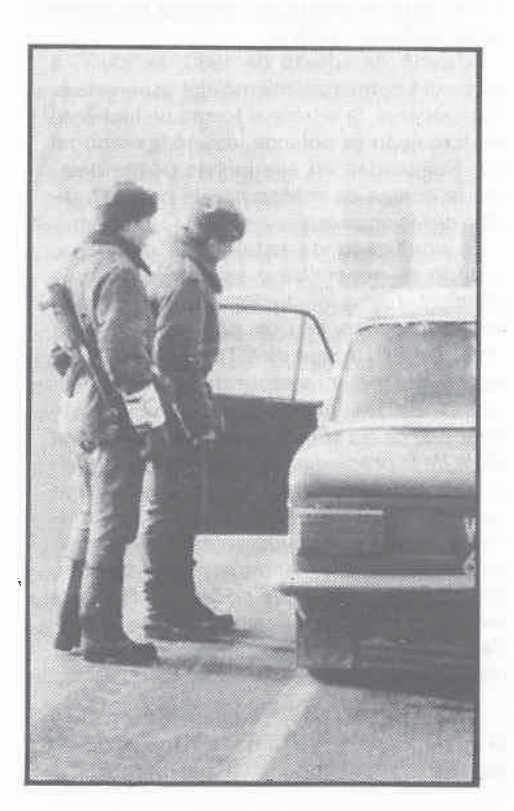
proyectos defendidos en Polonia detrás de la misma referencia a la autogesión, al igual que la experiencia yugoslava, indica los peligros de una orientación reductora de la autogestión, en que cada colectividad de trabajo gestionaría sus propios medios de trabajo, y en la que el mercado unificaría al conjunto. Para que el proceso de socialización de los medios de producción pueda avanzar, es necesario combatir desde el principio tanto su secuestro por el Estado como por el mercado. No debemos pensar que esta concepción sea evidente:

- la experiencia histórica del estalinismo lleva a rechazar toda centralización y toda planificación imperativa; sin embargo, la práctica demuestra que los planes indicativos o los fondos sociales destinados a reafirmar los grandes principios de la solidaridad, no bastan en modo alguno para contrarrestar la agravación de las desigualdades regionales y sociales, cuando la lógica de la descentralización y del mercado determina en lo fundamental los ingresos y sobre todo las inversiones;
- en los regímenes de planificación burocráticamente hipercentralizados, el mercado parece garantizar tanto cierta racionalidad económica como unas libertades pisoteadas.Esto no sólo son ilusiones, sino proyectos a los que oponemos la posibilidad de otra racionalidad: la de la democracia obrera basada en el poder de los consejos obreros. Mientras no se realice esta posibilidad en alguna parte, la fuerza de convicción de las concepciones favorables al mercado será muy importante;
- las resistencias de los trabajadores frente a las leyes del mercado son y seguirán siendo muy grandes. Pero la idea de que pueden controlar mejor lo que conocen bien (su fábrica, su taller) se opone en cierta medida a una autogestión integrada y coordinada, y lleva a algunos expertos y otros directores "competentes" a replantearse la economía de mercado. Cuando la descentralización ya es efectiva, la huelgas, aunque sean por miles, ya no bastan para reconstruir la unidad de la clase obrera.

Sin embargo la estrecha correlación establecida por el marxismo revolucionario entre el proceso de socialización de los medios de producción y el proceso de extinción del Estado, empezó a ser percibida por amplios sectores de trabajadores polacos, que luchaban simultáneamente por socializar el sector estatal de la economía como por socializar al propio Estado. La lucha por la autogestión obrera de las empresas adquirió rápidamente una dimensión más amplia. El movimiente de masas aspiraba a sustituir las instituciones burocráticas del Estado por instituciones de tipo distinto, que aseguraran la existencia y la extensión de una auténtica democracia de los trabajadores y de los ciudadanos. La construcción de una "república autogestionada" tal como se anuncia en el programa de Solidaridad, habría tendido a formar aparatos propios de un Estado en vías de socialización, es decir, que se fuende cada vez más con las masas, al estar sometido a su control directo y al asociarlas al ejercicio directo del poder. La caricatura burocrática de la planificación sería sustituida por una elaboración democrática del plan gracias a una amplia participación de los organismos representativos de los trabajadores y de los ciudadanos, y a la posibilidad de presentar y discutir proyectos alternativos.

14 La revolución polaca confirma una vez más que en todas las revoluciones obreras, tanto si se trata de revoluciones sociales anticapitalistas como de revoluciones políticas antiburocráticas, la clase obrera aspira a materializar su poder en las instituciones propias de una democracia de consejos, que combina las ventajas de la democracia directa de masas con las ventajas de la democracia representativa. Los organismos de combate por el poder (u órganos de doble poder) generados por los movimientos de masas, cuando éstos son dirigidos por la clase obrera, tienden de forma natural a adoptar la forma de consejos obreros en las empresas, y de Consejos de delegados de los trabajadores en el plano territorial —dos instituciones cuyos antecedentes históricos son los comités de fábrica y los soviets de la Revolución rusa de 1917.

Como ya hemos dicho, los organismos dirigentes de Solidaridad en las Empresas, a escala regional y nacional, eran de hecho organismos nacientes de contrapoder democrático de los trabajadores. La democracia sindical, a cuyas normas estaban sometidos dichos organismos, presentaba los rasgos de una democracia consejista. Los consejos obreros, órganos de control obrero sobre la producción y de combate por la autogestión obrera de las empresas, al apoyarse en las asambleas generales de trabajadores (o de delegados en las grandes empresas), correspondían exactamente a este nuevo tipo de institución.





Las coordinadoras regionales de consejos obreros trazaban el camino para la construcción del poder territorial de los trabajadores, y la aparición del comité fundacional de la federación nacional de la autogestión (que preparaba la convocatoria del I Congreso de delegados de los consejos) indicaba la tendencia a la centralización a escala nacional. El movimiento campesino independiente organizado en el Sindicato de agricultores particulares de Solidaridad, llamaba también a la creación de nuevas formas de poder en las zonas rurales, apoyadas en la asamblea general del municipio. Los nuevos organismos de gestión democrática que surgieron en las universidades que habían conquistado su autonomía, se asemejaban a los consejos.

La clase obrera es portadora de la tendencia a la democracia de los consejos. Pero la revolución polaca muestra que cuando aquélla ejerce su hegemonía en el movimiento de masas, el modelo de democracia y de instituciones democráticas que establece es casi copiado, aunque con modificaciones inevitables, por los demás sectores sociales oprimidos que participan en la revolución. Así fue en otras muchas revoluciones —pensemos en los consejos de campesinos pobres en la revolución rusa o en los de los soldados en las revoluciones rusa, alemana y española.

Esto no quiere decir que con la progresión e incluso con el triunfo de la revolución antiburocrática, las instituciones de la democracia parlamentaria desaparezcan inmediatamente ni que se imponga completamente la democracia de los consejos.

Las experiencias traumáticas del estalinismo y de las dictaduras burocráticas han rehabilitado sin duda alguna, en el Este, la imagen, sin embargo bastante empañada, del Parlamento. La idea de elegir un Parlamento por sufragio universal, con múltiples listas, con libertad para presentar candidatos y libertad de opción real para los ciudadanos, era muy popular en el transcurso del ascenso revolucionario en Polonia. Los marxistas revolucionarios no deben oponer-



se a lo que aparece como una reivindicación democrática legítima de las amplias masas. Pero tampoco pueden abandonar su crítica de la democracia parlamentaria y deben señalar claramente sus limitaciones.

Lo fundamental consiste en circunscribir las competencias de las instituciones de tipo parlamentario en el Estado obrero, de forma que no entran en el poder de los trabajadores, cuya legitimidad democrática se basa en un aspecto decisivo: los que crean las riquezas materiales deben tener un derecho de decisión prioritaria sobre su empleo. Una idea de viejo cuño en la historia del movimiento obrero internacional, lanzada ya en Polonia por Oskar Lange en 1956, fue retomada por Solidaridad para dar solución a este problema: se trata de la idea de una segunda Cámara de la Dieta, la Cámara autogestionaria o socioeconómica, que con arreglo a los proyectos más avanzados de Solidaridad, debía ser elegida exclusivamente por los productores directos y concentrar en sus manos todo el poder económico del Estado. Esta institución podría considerarse como una forma de transición hacia la democracia de los Consejos en una situación en que las instituciones de la democracia parlamentaria siguen existiendo.

Al mismo tiempo, no sustituye —y no está en contradicción con— un Congreso nacional de delegados de los consejos obreros o un organismo permanente surgido del mismo. En una sociedad de transición en cuyo seno se mantienen diversas formas de propiedad de los medios de producción, el sistema de autogestión obrera representa el poder, no del conjunto de los productores directos, sino de los productores del sector nacionalizado de la economía. La clase obrera, aunque hegemónica, debe asegurar la expresión democrática en los órganos de poder económico, de todos los productores directos, incluidos los campesinos y las demás capas de pequeños propietarios de medios de producción.

Tanto en la sociedad capitalista como en la sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, la clase obrera es la portadora más consecuente de la tendencia a la democracia política. Esto es así porque es portadora de un nuevo modo de producción que en su fase superior instaurará una democracia ilimitada, es decir, un Estado de democracia obrera en vías de extinción.

Al atacar al poder burocrático, la clase obrera no aspira únicamente a sustituir la dictadura totalitaria existente por la democracia de los trabajadores, sino a segurar también la democracia de todos los ciudadanos. La democracia de los trabajadores se apoya en la cooperación de los productores, y se basa fundamentalmente en los consejos obreros formados en las fábricas.

La experiencia de la revolución polaca confirma que la democracia de los ciudadanos, tal como surge en el marco de una revolución dirigida por la clase obrera, difiere profundamente de las formas características de la democracia burguesa. Sin confundirse totalmente con la democracia de los trabajadores, retoma sus rasgos. Esto se observa claramente en los gérmenes de autogestión territorial, que bajo el impulso de la autogestión obrera, aparecieron durante el último periodo del ascenso revolucionario en Polonia. La autogestión territorial naciente era una democracia de los ciudadanos, no basada en el mercado, sino en la cooperación y en la ayuda mutua de los consumidores, de los vecinos y en la solidaridad de las familias.

15 Incluso durante la revolución, la maduración subjetiva de los trabajadores es el punto de llegada de un proceso complejo, incluso contradictorio, cuyos ritmos pueden ser relativamente largos. En la revolución polaca necesitaron casi un año y medio de duros combates, durante los cuales perdieron sus ilusiones, para decidirse a asumir su propio destino. Pero hasta entonces se había producido un periodo de maduración objetiva que se expresa a través de su comportamiento, y particularmente a través de las formas de lucha. Esta es una de las grandes lecciones de la revolución polaca.

A partir de agosto de 1980, es decir, a partir del comienzo mismo del ascenso revolucionario, la principal forma de lucha de los trabajadores polacos, asumida como tal por Solidaridad en sus luchas posteriores, fue la huelga de masas pasiva con ocupación de las empresas.

El significado de esta forma de lucha, cuando se generaliza y se convierte en la principal forma de lucha, es mucho más importante que lo que parece a primera vista. Esto es lo que dice Trotsky al respecto: *"Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las empresas asesta un golpe al ídolo de la propiedad capitalista. Toda huelga con ocupación plantea en la práctica la cuestión de saber quién es dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros. Si la huelga con ocupación plantea esta cuestión episódicamente, el Comité de fábrica da a esta misma cuestión una expresión organizada"*. Bajo el poder burocrático pasa algo muy parecido.

No es el ídolo de la propiedad capitalista el que sufre el golpe, sino la disposición de los medios de producción por parte de la burocracia. La huelga con ocupación plantea en la práctica la cuestión de saber quién debe disponer de las fábricas y de sus productos: la clase obrera o la burocracia. Por la forma que tomaron los movimientos huelguísticos en Polonia, los trabajadores mostraron su capacidad para poner a disposición de toda la sociedad las fábricas que ocupaban, así como los medios de producción concentrados en ellas, y para utilizarlos en interés de todos.

Trotsky señala igualmente que con su aparición, el comité de fábrica surgido de una huelga con ocupación crea una situación de doble poder en la empresa. Las comisiones de empresa, las direcciones regionales y la comisión nacional de Solidaridad crearon de hecho una dualidad de poderes a todos estos niveles, no sólo porque habían surgido de una huelga de este tipo, sino porque se pusieron a la cabeza de nuevas huelgas con ocupación.

El paso de la madurez objetiva a la madurez subjetiva para la conquista del poder, se caracterizó por la adhesión cada vez más generalizada de la clase obrera a los preparativos de una forma superior de huelga con ocupación. Se trataba de la huelga activa, a la que llamaron las corrientes más revolucionarias de Solidaridad. Según la concepción desarrollada en el seno de Solidaridad, la huelga activa no se limitaba a plantear en la práctica la cuestión del poder económico, sino que debía resolverla mediante una acción revolucionaria de masas.

Además de declarar la huelga con ocupación, los trabajadores debían reanudar la producción bajo la dirección de los comités de huelga, según los planes alternativos elaborados por ellos. Estos plantes reflejaban las auténticas prioridades y necesidades sociales. Los comités de huelga debían ampliar el control obrero al terreno de la distribución. Al mismo tiempo, debían formar las guardias obreras de autodefensa. Gracias a la huelga activa de alcance regional, y después nacional, coordinada y centralizada por los organismos dirigentes de Solidaridad, había que arrancar el poder económico o la burocracia. Una vez tomado firmemente en sus manos por parte de los trabajadores, debía ser entregado por los comités de huelga de Solidaridad a los órganos de autogestión obrera que se habrían consolidado definitivamente en el transcurso de la huelga activa y que se habrían centralizado a escala nacional.

Con la victoria de la huelga activa, los trabajadores habrían logrado acumular las fuerzas necesarias para arrebatarle a la burocracia lo que le quedaba de poder político. Al entroncarse en las tendencias naturales y en las formas de lucha características del movimiento obrero, la táctica de la huelga activa constituye una de las contribuciones más importantes de Solidaridad a la estrategia general de la revolución política.

16 El desarrollo ulterior de la revolución, y sobre todo su orientación hacia la conquista del poder por el proletariado en su conjunto, habrían acentuado inevitablemente las contradicciones entre intereses sociales y las oposiciones en el terreno de la orientación política, ya subyacentes durante los meses anteriores al golpe del 13 de diciembre de 1981. Los intereses materiales de la mayoría del proletariado y los del campesinado independiente, de la pequeña burguesía urbana, de la inteligencia con privilegios materiales (sobre todo su ala tecnocrática), no son idénticos, ni inmediatamente ni sobre todo a escala histórica. El único debate que tuvo lugar sobre la reforma económica ya mostró divergencias claramente arraigadas e intereses sociales distintos. Pero todas estas capas están interesadas en liberarse de la tutela insoportable de la burocracia.

La clase obrera no puede diluir sus propios intereses históricos ni el poder que conquista en un ilusorio interés general de la sociedad, en cuyo seno subsiste la división de clases y la división entre trabajo manual e intelectual. Al construir el socialismo, debe asegurar su supremacía en el ejercicio democrático del poder. Pero al mismo tiempo, debe ganarse para esta tarea revolucionaria a los sectores más amplios posibles, y en primer lugar al campesinado y a los demás grupos de productores independientes, y mantener con ellos una alianza sin la que es imposible avanzar hacia el socialismo. La alianza social amplísima forjada en el combate común contra el poder burocrtico, alianza que se constituye en torno a la clase obrera durante la revolución política, es un sólido punto de partida para ir en este sentido.

La hegemonía de la clase obrera en el seno de la sociedad poscapitalista autogestionada está asegurada en la medida en que se afirmen, más allá de estas instituciones básicas del poder estatal:

- la hegemonía global de la propiedad colectiva sobre los medios de producción, lo que no excluye la existencia, ni siquiera la prepponderancia, de la propiedad privada en e seno de la agricultura y del pequeño comercio, pero que evidentemente excluye toda dinámica de expansión progresiva de la propiedad privada a otros sectores económicos;
- la hegemonía global de la planificación sobre los mecanismos de mercado;
- la limitación progresiva, sobre una base estrictamente voluntaria, de lo que subsiste de propiedad privada y de producción mercantil;
- la protección —fundamentalmente gracias al monopolio estatal sobre el comercio exterior— de la economía nacional frente a las prescripciones del mercado capitalista mundial y la coordinación creciente con la economía de los demás Estados obreros liberados de la opresión burocrática;
- la existencia de otros mecanismos económicos y políticos que impiden que la simbiosis entre el sector privado mercantil y el capital internacional lleve a una subordinación de la planificación a las leyes del mercado;
- la limitación y el rechazo sistemático de todos los fenómenos de desigualdad social;
- el predominio del principio de solidaridad sobre el de los incentivos materiales en las inversiones sociales, en el funcionamiento del Estado, en la educación oficial y, progresivamente, en la vida económica cotidiana;
- la educación y la práctica de una auténtica solidaridad internacional de los trabajadores, sin subordinar ninguna nación o nacionalidad a otra, y con una lucha sistemática contra todos los prejuicios xenófobos y racistas, frente a la exaltación de un nacionalismo insano.

La revolución política antiburocrtica, victoriosa en un país satélite de la burocracia soviética en Europa del Este, exige:

- la autodefensa contra las presiones y las amenazas de intervención militar o contra la agresión, tanto de las burocracias dominantes como en los demás Estados obreros, como en las potencias imperialistas;
- una ayuda internacionalista a todos los componentes de la revolución mundial, y en primer lugar a su aliado inmediato: el movimiento obrero de los Estados obreros donde se mantiene la dictadura burocrática.

IV. El alcance internacional de los acontecimientos de Polonia

17 La proclamación del estado de guerra asestó un duro golpe, no sólo al proletariado polaco, sino también al conjunto del proletariado internacional. La lucha de millones de trabajadores de Solidaridad había sido una de las puntas de lanza más avanzadas de la lucha del proletariado a escala mundial. Constituye una experiencia sin precedentes en la historia de la lucha contra la dictadura burocrática y en la voluntad obrera de socializar efectivamente los medios de producción y la riqueza social.

En este combate entre un gobierno burocrático y las masas, los marxistas revolucionarios han estado y siguen estando totalmente al lado de las masas. El Estado obrero no sufría ningún asalto del imperialismo con miras a restaurar el capitalismo. Ninguna fuerza social significativa en la propia Polonia quería o podía reintroducir la apropiación privada de los medios de producción.

La que era atacada era la burocracia y su dictadura, que habían usurpado el poder en el seno del Estado obrero. El proletariado tendía a poner en tela de juicio radicalmente



el poder de una minoría privilegiada, defendido por todo un aparato represivo. La eliminación de la casta burocrática sólo podía reforzar y no debilitar la propiedad colectiva, reforzar y no debilitar a la clase obrera a escala internacional.

La liquidación del poder burocrático habría demostrado en la práctica, a los ojos de las masas del mundo entero, que la economía y la sociedad pueden ser dirigidas por el conjunto de los trabjadores. Se habfría dado un paso gigantesco hacia el socialismo. Esto habría influido profundamente en la actitud de los trabajadores, tanto en la Unión Soviética y en Europa oriental como en los países imperialistas, dando un fuerte impulso a la revolución política antiburocrática, así como a la revolución proletaria. Esto es lo que explica, en sustancia, la santa alianza que se fraguó, desde Wall Street hasta el Kremlin, contra la revolución polaca.

El Kremlin sólo pudo felicitarse al ver que sus "Consejos" eran aplicados con diligencia, sin verse obligado a participar directa y masivamente en la represión. El precio de esta participación habría sido demasiado alto, tanto desde el punto de vista político como desde el material. El general Jaruzelski y los suyos, al tratar de cargarse a Solidaridad, no sólo defendían sus propios intereses como burócratas polacos, también defendían los del conjunto de los regímenes burocráticos.

El reflejo de autodefensa de la burocracia funcionó plenamente. La solidaridad de casta fue completa: esto es lo que ellos llaman el "internacionalismo proletario".

Los que por alguna razón u otra se adhirieron a las posiciones del general Jaruzelski, defendían de hecho los intereses de las burocracias contra los del proletariado. Las motivaciones, a este respecto, de los dirigentes cubanos o nicaragüenses son evidentemente muy distintas de las de los dirigentes del "Partido Comunista Francés" (PCF), por no hablar de los dirigentes del Partido Comunista Alemán (DKP) o del PC de los Estados Unidos. Pero el significado objetivo de la posición adoptada es el mismo.

El auténtico internacionalismo proletario exigía un apoyo activo y una solidaridad activa con los trabajadores polacos, contra la burocracia polaca y soviética.



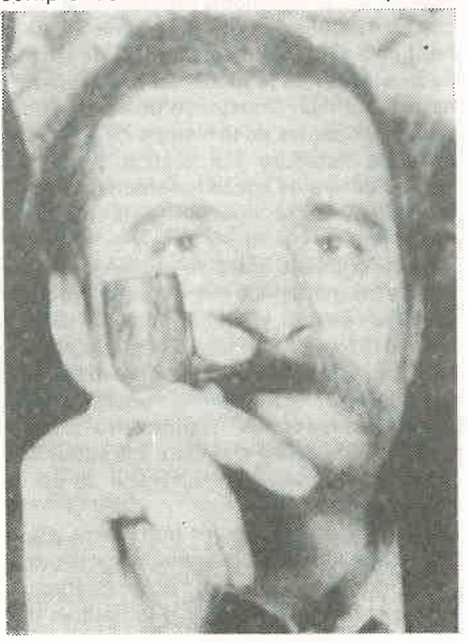
18 El interés fundamental de la burguesía internacional estribaba en que cesara el ascenso alarmante de la revolución política antiburocrática en Polonia. Máxime cuando lo que estaba en juego no era únicamente el riesgo de una extensión de las experiencias de autoorganización obrera hacia los países capitalistas, sino también la devolución de 27.000 millones de dólares de deuda, y el servicio corriente de la deuda que se deriva de aquella. De ahí que los portavoces mas representativos del imperialismo se pronunciaran, antes del golpe del general Jaruzelski, a favor del "restablecimiento del orden" y de que "los obreros volvieran al trabajo" en Polonia, como condición para ampliar el plazo de devolución de las deudas. Al día siguiente del golpe, los periódicos que hablan en nombre del gran capital, como el *Wall Street Journal*, el *Washington Post*, el *Fígaro*, así como los portavoces oficiales de los gobiernos alemán occidental y británico, repitieron unas posturas análogas: *"La mayoría de los banqueros piensan que un gobierno autoritario es bueno porque impone disciplina"*.

El cinismo de la burguesía imperialista se observa claramente en el modo en que esta opción fundamental —que corresponde a las posiciones antisindicales y antiobreras adoptadas por la burguesía imperialista en el mundo entero— está vinculada a una campaña de propaganda demagógica que hace como si condenara el golpe militar y defendiera a Solidaridad. Se trata de una burda operación mistificadora, que trata de beneficiarse, en un sentido procapitalista y anticomunista, de la repulsa natural que provoca la represión contra los sindicalistas en Polonia en el seno de amplias capas de la clase obrera internacional. Esta operación mistificadora busca objetivos ideológicos y políticos concretos:

- Washington, so pretexto de que es necesario resistir a la "intervención soviética" y al "totalitarismo", ha sacado provecho de la coyuntura internacional para incrementar su ayuda a las dictaduras sanguinarias de América Central, para reclamar la suspensión de todas las restricciones a la ayuda militar a la dictadura turca, bastión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).
- Diversos gobiernos imperialistas han lanzado una campaña para justificar sus esfuerzos en el terreno de la remilitalización, junto con los recortes presupuestarios en el terreno social. Los generales polacos, el POUP y el Kremlin les dieron la ocasión soñada para tratar de abrir brechas en las movilizaciones antimilitaristas.
- Finalmente, la burguesía imperialista no reparó en medios para intentar, con el inestimable apoyo de las burocracias sindicales y de las fuerzas reformistas y estalinistas, encerrar a los trabajadores de los países capitalistas en el dilema: o bien la austeridad en la "democracia", o bien el riesgo de una "sociedad totalitaria" que también impondría la austeridad. La burguesía ha utilizado este argumento para reforzar su propaganda antisocialista y anticomunista en general.

El concierto antiobrero de las fuerzas imperialistas era muy armónico. Pero en un contexto caracterizado por la crisis económica y el desarrollo de la revolución colonial, la crisis polaca suscitó una nueva agravación de las contradicciones interimperialistas. La burguesía alemana, a la cabeza de las potencias imperialistas europeas, se resiste a una escalada de las medidas de chantaje que pondrían en peligro sus mercados en la Unión Soviética y en Europa oriental. El imperialismo norteamericano, menos implicado en el comercio Este-Oeste (salvo en lo que se refiere a los productos agrarios), puede permitirse el lujo de agitar la amenaza del bloqueo económico. De este modo, cada uno de los socios de la alianza imperialista ha combinado la defensa general del sistema con la de sus intereses particulares.

19 Las reacciones de los partidos socialdemócratas y de los partidos comunistas frente a la derrota asestada al proletariado polaco sólo pueden comprenderse mirando a través del prisma



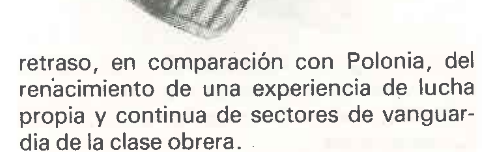
de la crisis conjunta del imperialismo y del estalinismo. Más allá de las posiciones muy diferentes frente a la proclamación del estado de guerra, los aparatos reformistas han manifestado siempre, ya sea una reticencia extrema, ya sea una oposición más o menos abierta frente al combate de los trabajadores polacos.

Poco importa el camuflaje ideológico que encubre esta oposición, un anticlericalismo primario en unos, un "campismo" simplista en otros. La base material, social, de la oposición reside en la amenaza que comporta la dinámica de la lucha y de la autoorganización de los trabajadores polacos, al menos a medio plazo, para el control burocrático que ejercen todos estos aparatos sobre sus propias organizaciuones, sobre todo en un momento en que practican una política de compromisos, léase de capitulación sistemática, ante la austeridad exigida por la burguesía. Lo que ha asustado a estos aparatos burocráticos, del ascenso del proletariado polaco, era ante todo su lucha por un movimiento sindical autogestionado, es decir, por la democracia sindical. Estas reservas y esta oposición con respecto a Solidaridad reflejaban por tanto una especie de solidaridad internacional entre burócratas.

Además, los aparatos reformistas han aprovechado la derrota de los trabajadores polacos para desaconsejar cualquier enfrentamiento central con el enemigo de clase, que según ellos desembocaría inevitablemente en un golpe a lo Jaruzelski en el propio Occidente, es decir, en la instauración de un "Estado fuerte". Así, han sacado provecho de la experiencia para justificar su política de colaboración y capitulación ante la burguesía.

Los partidos socialdemócratas de la RFA, de Gran Bretaña y Austria se alinearon básicamente con los intereses de sus propias burguesías imperialistas. Si bien rechazaron toda política de tipo "guerra fría", al mismo tiempo se negaron a toda movilización de los trabajadores en un espíritu de clase, en defensa de los derechos y de las libertades de los trabajadores polacos que pisotea el general Jaruzelski. El motivo era siempre el mismo: mantener los beneficios del comercio Este-Oeste. La misma izquierda oficial socialdemócrata (como la tendencia de Tony Benn en Gran Bretaña y la izquierda del SPD alemán) se ha mantenido en silencio en la mayoría de los casos, aceptando en lo fundamental el marco político impuesto por los aparatos dirigentes.

En Francia, la presión de los trabajadores, la capacidad de iniciativa de la extrema izquierda, las relaciones de competencia entre el PS y el PC, el impulso dado por las direcciones del PS y de la CFDT en función de unos objetivos que les son propios, han hecho que la fisonomía del movimiento de protesta haya adquirido de forma más masiva los rasgos de una movilización de clase, en apoyo a las masas trabajadoras polacas.



El auge de la revolución política en Polonia, como el desencadenamiento de la contrarrevolución burocrática, han abierto una nueva etapa en la crisis de los partidos comunistas, ya alimentada en la mayoría de países por los problemas internos de la lucha de clases. Las tendencias centrífugas en todos los PC de los países capitalistas se han exacerbado. La contradicción entre la referencia a la Unión Soviética y la inserción en la realidad nacional se ha tensado hasta el extremo. El juego de estos distintos factores —en las condiciones particulares de cada país, de la trayectoria histórica de estos PC y de sus relaciones con los partidos socialdemócratas— se ha traducido en todo un abanico de posiciones de los distintos PC.

En un extremo del abanico se encuentran las posiciones del PC francés, del PC portugués, del PC de la RFA y del de Dinamarca. Básicamente, estos partidos apoyan la proclamación del estado de guerra, que ha *"permitido a la Polonia socialista escapar del peligro mortal de la contrarrevolución"*. Paradójicamente, pero expresando en realidad la convergencia entre sus propios intereses y los del Kremlin, algunos de estos PC presentan el golpe como un mal menor en comparación con una... intervención soviética. Según ellos, toda movilización en favor de Solidaridad sólo puede "echar aceite al fuego" e impedir que el Consejo Militar de Salvación Nacional cumpla sus promesas de "liberalización"... por etapas.

En el otro extremo se encuentran las posiciones del PC italiano y del PC español, que condenan el golpe del general Jaruzelski, exigiendo la puesta en libertad de los presos y el restablecimiento de las libertades sindicales. Han llevado muy lejos sus conflicto con Moscú, y el PCI llegó a afirmar incluso que *"la fase de desarrollo del socialismo que se inició con la Revolución de Octubre ha agotado su dinámica propia"*. Pero la posición que desarrolló el PCI en torno a Polonia implicaba un llamamiento a la colaboración más estrecha con la Iglesia y las fuerzas pequeñoburguesas, no una orientación hacia un poder democrático de los obreros. Era por tanto el reflejo de la estrategia de colaboración de clases que desarrolla este partido en Italia. Desembocó en la búsqueda de una aproximación más sistemática con la socialdemocracia francesa, alemana occidental y escandinava.

Esto es lo que explica que una parte significativa de los militantes obreros combativos no hayan aprobado la orientación de su dirección en torno a Polonia. No se trataba de militantes nostálgicos del estalinismo, sino de una reacción primitiva contra lo que aparecía como una nueva concesión al enemigo de clase.

Las posiciones de los PC británico, belga, holandés y sueco, se sitúan a mitad de camino entre los dos polos, aunque con una condena explícita, al menos sobre el papel, del golpe del 13 de diciembre.

La forma y la naturaleza del ascenso de masas en Polonia, así como las contradicciones entre los PC y en el interior mismo de los PC, estimulan en el movimiento sindical, en una serie de países europeos, unas diferenciaciones análogas.

Contrariamente a lo que había sucedido cuando el aplastamiento de la revuelta de los trabajadores de Alemania del Este en 1953, de la revolución húngara en 1956 y de la primavera de Praga en 1968-69, la oposición a la represión burocrática, en el seno del movimiento obrero internacional, esta vez no se ha limitado a tan sólo a algunos países imperialistas. Por primera vez, en una serie de países semicoloniales, ante todo en América Latina (México, Brasil, Perú, Colombia, etc.), sectores significativos del movimiento obrero han manifestado su solidaridad con las víctimas de esta represión, a veces incluso manifestándose en la calle.

El intento de los defensores de la burocracia de identificar a los que se oponen a la dictadura burocrática, aunque sea la mayoría de la clase obrera de un país, con fuerzas "objetivamente proimperialistas", empieza a quebrarse en el seno del movimiento antiimperialista. Todo nuevo ascenso de la revolución mundial sólo podrá acentuar esta tendencia de fondo a volver al auténtico internacionalismo proletario.

A los militantes de los PC y de los movimientos nacionalistas revolucionarios que mantienen una actitud crítica con respecto al apoyo a Solidaridad, la IV Internacional debe explicarles que el refuerzo del dispositivo antiimperialista y anticapitalista en Occidente reclama la aplicación de una política de frente único que incluya a los trabajadores socialistas y católicos y sus organizaciones de masas. La realización de este frente único se ve gravemente obstaculizada por la negativa a lanzar una campaña de solidaridad con Solidaridad, debido a una oposición puramente ideológica al anticomunismo de los reformistas. Evidentemente, la campaña sistemática por el frente único, tanto en solidaridad con Solidaridad como en solidaridad con la revolución centroamericana, etc., se combina siempre con la defensa de todo el programa marxista revolucionario, incluida la lucha contra las ideas falsamente socialistas y contrarrevolucionarias.

20 Las repercusiones de los acontecimientos de Polonia en el conjunto de los Estados obreros burocratizados aún son difíciles de evaluar. No cabe duda que el ascenso del proletariado polaco no ha tenido ningún reflejo de masas inmediato en ninguno de estos países. Esto no es sorprendente, dado el carácter desigual del desarrollo de la crisis económica y social entre estos distintos países, y sobre todo el retraso, en comparación con Polonia, del renacimiento de una experiencia de lucha propia y continua de sectores de vanguardia de la clase obrera.

Sin embargo, en varios de estos países, como en Rumania y en la URSS, madura una crisis de abastecimientos que alimenta un amplio descontento de las masas, que no es muy distinto del que se desarrolló en Polonia a lo largo del periodo 1976-1980. Además, en otros países, como en Hungría y la RDA, se manifestan tendencias políticas de oposición entre los jóvenes y los intelectuales, que buscarán paso a paso su vinculación con los trabajadores. Los burócratas conocen perfectamente estos hechos, que les aterrorizan. En todos estos países son presas de pánico ante la sóla idea de que el "modelo polaco", es decir, una explosión de cólera de los trabajadores que desemboca en huelgas de masas y en la autoorganización obrera, pueda repetirse.

Esto se aplica incluso a la República Popular China, donde la fracción dirigente de la burocracia, después de haber apoyado primero discretamente a Solidaridad en la perspectiva de una intervención soviética y de "una lucha de liberación nacional" que esto provocaría contra aquella "superpotencia", ha cambiado de chaqueta bajo la presión del descontento y de las huelgas en la propia China, aceptando de hecho el golpe del general Jaruzelski.

La reacción de la burocracia ante este riesgo está marcada por una falta de orientación clara, que revela todo su desconcierto y su crisis. Si por naturaleza tiene a acentuar la represión contra los "disidentes políticos", vacila, sin embargo, antes de utilizar los grandes medios represivos contra las acciones obreras, diciéndose, no sin razón, que la sangre vertida en los puertos del Báltico en 1970 está en el origen de todo lo que se ha producido en Polonia. Represión selectiva por un lado, intentos de "revalorización" de la organización sindical, a la que se dejaría un pequeño margen para la acción "reivindicativa", por otro, esta parece ser la lección táctica extraida de los acontecimientos de Polonia por parte de la burocracia de varios Estados obreros burocratizados.

En cuanto a la parte mejor informada y más instruida de la clase obrera de estos Estados, no ha dejado de seguir con simpatía la acción de sus hermanos y hermanas en Polonia, aunque en la mayoría de los casos no hubiera sabido traducir esta simpatía en acciones. Pero el "modelo polaco" ejercerá



sin duda alguna una profunda influencia en el porvenir de la revolución política y antiburocrática en numerosos Estados obreros burocratizados.

V. Las tareas de los marxistas revolucionarios

21 Si el ascenso de la revolución polaca ha demostrado una vez más la capacidad de iniciativa, de acción y de autoorganización del proletariado a una escala colosal, a partir del momento en que se moviliza colectiva y unitariamente, ha confirmado también esta otra lección de la historia del movimiento obrero: los límites infranqueables de la acción espontánea de las masas.

Ni cuando se trató de definir con precisión los objetivos a alcanzar por Solidaridad —proyecto de reforma económica, es decir, de organización de la economía, distinto de los proyectos de las diversas fracciones de la burocracia o de la pequeña burguesía—, ni sobre todo cuando se trató de elaborar una estrategia y una táctica precisas de defensa de Solidaridad frente a las maniobras dilatorias de la dictadura burocrática, que finalmente desembocaron en el golpe del 13 de diciembre de 1981 (es decir, una estrategia de conquista del poder), las reacciones espontáneas de la base, más o menos articuladas por cuadros locales y regionales, no bastaron para desgajar una línea clara, por no decir una línea correcta. Así, se cometieron graves errores que a posteriori parecen ser decisivos, como la ausencia de una política en dirección a los soldados, de defensa de los derechos democráticos en el ejército y del derecho de autoorganización en su seno.

Más en general, durante toda revolución, la capacidad para tomar la iniciativa de forma centralizada constituye una ventaja esencial, ventaja que exige precisamente una dirección que desempeñe un papel de vanguardia. Lo trágico es que en Polonia no existiera tal vanguardia organizada.

Es cierto que la utilización extrema que hace la propaganda burocrática oficial del vocabulario extraido de las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero y su autentificación paralela por la propaganda burguesa occidental, provoca un rechazo instintivo de conceptos como "partido revolucionario de vanguardia", por muchísimos militantes sindicalistas. Esto reclamaba y sigue reclamando, por parte de los marxistas revolucionarios, mucha labor pedagógica con miras a convencer a estos militantes de la necesidad de construir este partido. Pero esta necesidad puede derivarse de forma muy concreta y clara, a la luz de un análisis de los propios acontecimientos que conoció Polonia a partir del verano de 1980, o incluso de la revuelta obrera de junio de 1976.

Evidentemente, se trata de un partido que debe formular de manera clara su propio papel y sus propios objetivos en relación con los de la organización de masas de los trabajadores. El partido revolucionario de vanguardia que intentan construir los marxistas revolucionarios en Polonia no sustituye al proletariado en el ejercicio del poder. Este debe ser ejercido por las instituciones de que se dotarán los trabajadores en el Estado tras el derrocamiento de la dictadura burocrática: consejos de trabajadores democráticamente elegidos y federados a nivel local, regional y nacional.

En el interior de estos consejos, al igual que en los organismos de autoorganización de masas, como Solidaridad, los militantes del partido defenderán sus posiciones con medios políticos y no con medios administrativos. Tratarán de ganarse y mantener la confianza de los trabajadores, exclusivamente sobre la base de su entrega a la clase y a su movimiento, de su espíritu de solidaridad de clase y de sacrificio por la causa común, de la corrección de su programa y de su línea política. Rechazarán toda ventaja material, todo privilegio económico, independientemente de su naturaleza. Pero serán una fuerza de vanguardia en la medida en que encarnarán la memoria colectiva de la clase obrera polaca e internacional, y el conjunto de las lecciones que se desprenden de 150 años de experiencias de luchas del proletariado polaco e internacional. Además, la existencia de este partido está en interés de la clase obrera en su conjunto. Antes del 13 de diciembre, habría facilitado la solución de muchas tareas concretas a que tenía que hacer frente el movimiento de masas.

22 Frente al temor formulado por algunos de que un núcleo, al principio relativamente pequeño, de militantes marxistas revolucionarios, sería menos eficaz que una actividad desarrollada por militantes sin delimitación organizativa alguna, con respecto a los cuadros de Solidaridad, hay que responder que la historia polaca ya ha demostrado la eficacia de los pequeños en un contexto favorable. La intervención de algunos centenares de militantes, básicamente del KOR a partir de 1976, desempeñó un papel capital para tejer los lazos entre los militantes de las fábricas, lazos que contribuyeron en gran medida al éxito de las huelgas del verano de 1980 y al surgimiento de Solidaridad como organización de masas.

Además, no se trata en absoluto de oponer de forma mecánica la formación de un partido marxista revolucionario de vanguardia al surgimiento de una dirección natural de la clase en el seno de las empresas y de los organismos de autoorganización. Los militantes que se agrupan primero sobre una base fundamentalmente programática y política sólo son un primer núcleo del partido. No se autoproclaman como "dirección de la clase obrera" mediante una operación voluntarista y sin ningún alcance práctico; se esfuerzan por ganarse la confianza de la clase mediante su intervención, y al hacerlo atraen a los mejores trabajadores que surgen en el transcurso del proceso mismo de autoorganización. Sólo se convierten en dirección efectiva (es decir, sólo pasan a ser reconocidos como tal a los ojos de las masas) en la medida en que logran su fusión con los dirigentes naturales de la clase en los lugares de trabajo.

Frente al temor, también formulado, de que la aparición de un partido dividiría a la clase obrera e introduciría grietas políticas más profundas en el seno de los organismos de autoorganización, respondemos que tales grietas son inevitables en un movimiento de diez millones de trabajadores, dada la enorme complejidad de los problemas económicos, sociales, políticos, culturales, ideológicos a que deben hacer frente, y las dificultades para dar respuestas correctas.

De hecho, esta diferenciación se produjo ya en el interior de Solidaridad durante sus 16 meses de existencia legal. Además, actualmente prosigue también en la resistencia clandestina. La aparición de un partido de vanguardia —que respete las normas de la democracia obrera en las organizaciones de masas— tendría como resultado dar mayor eficacia al combate por deducir de la multiplicidad de posiciones presentes, la que corresponde mejor a los intereses globales de la clase.

La construcción del partido revolucionario de vanguardia no se opone a la lucha por la unidad de acción y la organización unitaria más amplia y más democrática de los trabajadores. Al contrario: este objetivo es uno de los objetivos centrales que persigue el partido en toda circunstancia, inscrito como está en su programa.

Frente al temor, también formulado, de que la construcción de un partido revolucionario de vanguardia le permitiría a una minoría manipular a las masas, contestamos que la ausencia de este partido permite mucho más esta manipulación. En la medida en que las diferenciaciones en el seno de las organizaciones de autoorganización son inevitables, en torno a las respuestas que hay que formular en cada etapa sucesiva de la lucha, la opción no se sitúa entre la imposible unanimidad y las

mayorías "manipuladas" por "minorías activas". La opción está entre las mayorías manipuladas por minorías que no aparecen abiertamente, que actúan entre bastidores, en forma de camarillas sin plataformas claras o bajo la presión de líderes carismáticos, de expertos que dan su aval "científico", o de simples demagogos, por un lado, y mayorías que se constituyen mediante votos claros en torno a plataformas coherentes, que representan las distintas orientaciones entre las cuales la masa de delegados y trabajadores puede escoger con conocimiento de causa, sobre la base de informaciones honestas que circulan amplia y democráticamente por otro.

En este sentido, la segunda solución es de lejos la más democrática y la menos manipuladora, la que mantiene mejor el poder de decisión efectivo en manos de las masas obreras en su conjunto. Bajo la condición de que la existencia de un partido revolucionario de vanguardia no venga acompañada de ningún privilegio, y de que el derecho a la formación de partidos, asociaciones, corrientes y tendencias de toda clase sea garantizado a todos los trabajadores, en el seno de las instituciones y de los organismos de autoorganización. De ahí que los marxistas revolucionarios luchen resueltamente por el principio del pluripartidismo en la construcción del socialismo,



principio que está inscrito en su programa.

23 La lucha victoriosa contra la burocracia exige, al menos en la misma medida que la revolución anticapitalista, una conciencia clara de sus enemigos y de sus aliados, y esto tanto a nivel nacional como internacional. La burocracia polaca, por su parte, ha demostrado tener esta lucidez. A pesar de sus contradicciones y del nivel medio de sus funcionarios, siempre ha situado el compromiso que esta forzada a aceptar en una perspectiva estratégica clara. La experiencia acumulada del movimiento obrero internacional es un elemento indispensable para la formación de esta conciencia. Para ser útil, esta experiencia debe ser global, es decir, debe reflejar simultáneamente las luchas por el derrocamiento del capitalismo y por el derrocamiento de las dictaduras burocráticas. La IV Internacional es la única organización que materializa este doble combate. En lo que se refiere a Polonia, en la medida de sus fuerzas,

a) ha tratado de difundir la verdad sobre Polonia en los Estados obreros burocratizados;

b) ha impulsado la solidaridad de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados;

c) en los países subdesarrollados, al tiempo que se mantenía en las primeras filas de la defensa de la revolución cubana y centroamericana frente a las amenazas del imperialismo norteamericano, no dudó en oponerse a las posiciones de los dirigentes de estas revoluciones, defendiendo la solidaridad con los trabajadores polacos.

En la propia Polonia, el éxito de la difusión de *Inprekor* en polaco mostró las grandes potencialidades de desarrollo del marxismo revolucionario, a medida que ascendía la revolución.

Somos conscientes de que a la vista de las necesidades de la victoria, lo que hizo la IV Internacional fue poco. Pero los que piensan que las tareas que hemos tratado de realizar son inevitables, deben unirse a nuestras filas.

Nuestra organización internacional tenía algo que aportar a la revolución polaca, pero también tenía mucho que aprender de ella. Su papel consiste también en actuar de modo que en los nuevos ascensos de la revolución política, esta lucha extraordinaria de los obreros polacos se convierta a su



vez en una fuente de enseñanzas. Desde este punto de vista, el agrupamiento de los militantes marxistas revolucionarios polacos reviste una importancia que va más allá de Polonia. La lucha por el derrocamiento de la burocracia será larga; si estos camaradas logran mantener una actividad, independientemente de los ciclos de la movilización de masas, esto sería un paso gigantesco hacia el próximo acto.

Para los marxistas revolucionarios, la revolución y contrarrevolución en Polonia confirman, además de la validez del programa de la IV Internacional en relación con la naturaleza de los Estados obreros burocratizados y la inevitabilidad de una revolución política-antiburocrática:

- el carácter central de la clase obrera en los tres sectores de la revolución mundial, y el papel progresivamente preponderante de las formas de lucha y organización proletarias clásicas en ésta:
- la unidad de la revolución mundial y la importancia que ocupa la revolución política antiburocrática en su seno;
- la necesidad, tanto por razones históricas como por razones estratégicas y razones inmediatas, de impulsar un retorno del movimiento obrero organizado, y de la práctica cotidiana de la lucha de clases, hacia un auténtico internacionalismo proletario que defienda incondicionalmente los derechos y las libertades de la clase obrera en todo el mundo, independientemente de la fuerza social que los ataque o los suprima, y si subordinar los intereses de cualquier proletariado a los pretendidos intereses "superiores" o "prioritarios" de cualquier "bastión" o "campo". Sólo sobre la base de esta práctica de Solidaridad internacional de clase, el proletariado internacional logrará cumplir todas sus tareas históricas, incluída, en caso de agresión imperalista, la de la defensa de la URSS y de todos los Estados Obreros;
- la necesidad de construir una internacional revolucionaria y partidos marxistas revolucionarios, indispensables no sólo para impulsar estas campañas de solidaridad internacional y este retorno al auténtico internacionalismo proletario, sino también y sobre todo para alcanzar la victoria de la revolución política antiburocrática misma.

La IV Internacional se esfuerza por intervenir en el debate internacional en torno a los acontecimientos de Polonia, propagando ante todo estas ideas clave que ofrecen una salida política y organizativa a los militantes de los PC, de los PS, de las organizaciones nacionalistas revolucionarias, de los sindicatos, de las organizaciones centristas, inquietos, desconcertados o desorientados por la revolución y contrarrevolución en Polonia.

Pero no concibe esta intervención propagandística sino en relación estrecha con una intervención activa por organizar una amplia campaña de solidaridad de clase con los trabajadores y los sindicalistas polacos que sufren la represión burocrática. Además, la propaganda marxista revolucionaria misma sólo alcanzará su plena eficacia dentro de este marco.

24 Si se puede decir que el golpe del 13 de diciembre fue un éxito desde el punto de vista de sus objetivos inmediatos, la burocracia está lejos de haber alcanzado, sin embargo, su objetivo. La amplitud y las formas del movimiento de resistencia dan prueba del rechazo del proletariado polaco a aceptar un estado de cosas que le priva de las libertades conquistadas a lo largo de 16 meses de lucha. La existencia y la regularidad con que aparecen millares de boletines y periódicos clandestinos dan cuenta de la continuidad, bajo la clandestinidad, de las actividades de Solidaridad en la mayoría de las empresas, y de los primeros éxitos en el restablecimiento de coordinadoras, o incluso de direcciones regionales.

El fracaso de los intentos repetidos de las autoridades de instaurar un "diálogo" con los intelectuales es patente. La unidad que se había forjado entre los intelectuales y la clase obrera no ha podido romperse hasta ahora, pese a la política de división de la Junta, que concede un tratamiento privilegiado a numerosos líderes y expertos internados del sindicato.

Sin embargo, el gobierno hace todo lo posible por obligar a determinados dirigentes de Solidaridad a llegar a un compromiso podrido con la Junta, consciente de que esto sólo podría desprestigiarlos a los ojos de las masas. Y estas propuestas de "entendimiento nacional" encuentran un eco evidente en el seno de la jerarquía católica, interesada en el restablecimiento del "orden".

Frente a ello, la solidaridad activa de los trabajadores de los demás países es decisiva para convencer al proletariado polaco de que no está sólo en su combate.

La IV Internacional compromete todas sus fuerzas en el impulso, en el seno del movimiento obrero internacional, de la campaña de solidaridad con las masas proletarias de Polonia. Todos los que hoy en día, en las filas de la clase obrera, se niegan a impulsar esta movilización, dividen a las masas obreras, en sus propios países y a escala internacional.

Movilizarse contra la suspensión y la eventual prohibición de Solidaridad, es apoyar al mismo tiempo a los trabajadores polacos y defender los derechos políticos y sindicales de todos los trabajadores de Turquía, de Brasil, de El Salvador, del Estado español o de Rumania. Reclamar la suspensión del estado de guerra, la puesta en libertad inmediata de todos los presos, la supresión de todas las trabas impuestas a las libertades democráticas, al derecho de reunión y de organización, es defender estas libertades contra los ataques del imperialismo y de los burócratas totalitarios.

Organizar la solidaridad activa con los trabajadores polacos, hoy en día, es facilitar y preparar también el apoyo activo del movimiento obrero internacional con el combate de titanes emprendido por el pueblo salvadoreño contra la Junta Militar y el imperialismo norteamericano. Estas son las lecciones más elementales del internacionalismo proletario.

Todos los vínculos tejidos durante los meses pasados entre el sindicato independiente y autogestionado de los trabajadores polacos y el movimiento obrero de los países capitalistas, deben ser aprovechados para salvar el aislamiento en el que el general Jaruzelski quiere hundir a las masas polacas. Prestar una ayuda material, alimenticia y médica, sigue siendo una tarea actual.

Esto debe permitir reanudar los lazos, hacer circular la información y hacer saber a los trabajadores polacos quiénes les apoyan efectivamente en el mundo: sus hermanos de clase y no los banqueros imperialistas, que acogieron el golpe con alivio. Esta ayuda, que pasa por el canal de organismos independientes del Estado polaco (entre ellos la Iglesia, actualmente la única institución legal independiente), puede facilitar la reconstrucción de lazos entre militantes de Solidaridad y sectores de la población. Haciendo todo lo posible por enviar comisiones sindicales a investigar sobre la represión que se abate sobre los militantes de Solidaridad, el movimiento obrero revelará la hipocresía tanto de los burócratas que hablan de "respeto de las libertades", como de los portavoces del imperialismo que cierran los ojos ante la suerte de los militantes sindicales, tanto en Polonia como en Turquía.

En el propio movimiento obrero, los marxistas revolucionarios desarrollan una explicación sistemática de los fines y de las acciones de Solidaridad. Tanto el funcionamiento democrático del sindicato, la amplia discusión pública de las principales opciones, como los debates sobre la autogestión o las experiencias de control obrero y social, deben convertirse en patrimonio del movimiento obrero internacional. Esta es la mejor manera de minar efectivamente la "solidaridad burocrática" que se ha hecho patente tantas veces, desde 1980, ya sea en forma de una indiferencia premeditada por

parte de las direcciones sindicales, ya sea en forma de una hostilidad abierta, ya sea desvirtuando los objetivos de los trabajadores en favor de unos proyectos de colaboración de clases, defendidos por los aparatos réformistas (cogestión, "compromiso histórico").

Ampliando al máximo posible esta solidaridad obrera, en la unidad y la independencia de clase, se podrá hacer fracasar parcialmente los intentos del imperialismo de sacar provecho de los acontecimientos polacos para reforzar sus posiciones ideológicas y política.

Los marxistas revolucionarios se oponen a todas las propuestas de boicot económico contra Polonia o la URSS por los gobiernos o incluso por los sindicatos de los países imperialistas. Semejante campaña sólo puede hacerle el juego a las grandes maniobras políticas anticomunistas de un Ronald Reagan, que intenta camuflar su política criminal en América Central y otras partes. El apoyo a una campaña de "sanciones eficaces" equivaldría a reclamar a los grandes bancos y a las potencias imperialistas que estrangulen aún más a Polonia, con las consecuencias que de ello se derivarían para las masas polacas. Porque el boicot no afecta a los privilegios de la burocracia. ¿Y cómo hacer creer que la revuelta de los trabajadores se vería incrementada por una miseria aún mayor? Es más, semejante campaña de sanciones equivaldría a sembrar las ilusiones más confusas sobre la naturaleza y el papel de los bancos imperialistas, y a proponerle al movimiento obrero como objetivo el de presionar sobre los bancos para "ayudar" a los trabajadores polacos. Además, su efecto en Polonia será el de impulsar una integración aún mayor de la industria polaca en la industria soviética.

Finalmente, toda orientación de este tipo facilitaría, en última instancia, la política de las direcciones de los PC —la campaña nacionalista de la burocracia soviética juega la baza de la "ciudadela asediada"—, y comportaría el aislamiento del pueblo polaco, que es lo que precisamente busca el general Jaruzelski. La historia ha demostrado que el desarrollo del stalinismo se vió favorecido por el aislamiento de la URSS.

La IV Internacional sitúa su campaña de solidaridad con Solidaridad en estrecha relación con sus esfuerzos por estimular las movilizaciones contra la remilitarización, contra la política agresiva de la OTAN, contra las iniciativas criminales de imperialismo norteamericano, auténtico impulsor de guerras, en América Central y en el Caribe.

En este terreno, la unidad de intereses de la clase obrera a escala mundial salta a la vista. Toda reticencia frente al apoyo de los trabajadores polacos sólo puede frenar y dividir la movilización contra el rearme nuclear en Europa, por una "Europa desnuclearizada de Portugal a Polonia", y contra la agresión imperialista en América Central. En este mismo sentido, toda abstención u oposición —como se observa en las filas socialdemócratas— frente a la movilización contra la OTAN o frente al apoyo a la lucha revolucionaria de los pueblos de Nicaragua, de El Salvador y de Guatemala, sólo puede debilitar la unidad y la amplitud del apoyo al combate de la resistencia de las masas polacas.

—¡Solidaridad con Solidaridad!

—¡Abajo la Dictadura militar de la burocracia!

—¡Liberación inmediata de todos los presos políticos, sindicalistas, estudiantes e intelectuales!

—¡Restablecimiento de todas las libertades políticas, sindicales y civiles!

—¡Viva la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países con todas las luchas de liberación, en defensa de todos los explotados y oprimidos, que libran el mismo combate por el mundo socialista de mañana! □



